EL COLEGIO DE MÉXICO

CENTRO DE ESTUDIOS INTERNACIONALES

DE CANALES, PLATA E IMPERIOS:

MÉXICO DENTRO DE LA POLÍTICA EXTERIOR DEL SEGUNDO IMPERIO FRANCÉS

TESIS QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE LICENCIADO EN RELACIONES INTERNACIONALES PRESENTA

ROBERTO ANTONIO LARRAÑAGA DOMÍNGUEZ

DIRECTORA: ERIKA PANI BANO

MÉXICO, D.F. ENERO DE 2015

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN……...……9

CAPÍTULO I: UN CANAL EN AMÉRICA CENTRAL Y EL SURGIMIENTO DE UNA ECONOMÍA-MUNDO…….23

1.- Las ideas sansimonianas y el Segundo Imperio francés……25

2.- México y el proyecto de un canal transoceánico en América Central……...43

3.- Canales navegables: un instrumento para la articulación de la naciente economía-mundo……..55

CAPÍTULO II: FRANCIA EN LA CÚSPIDE DE LA LATINIDAD…….63

1.- Un imperio para la "regeneración de México"……...63

2.- Intervenir para salvaguardar la "civilización latina"……..68

3.- "Juntos pero no revueltos", o de la misión civilizadora de Francia……...77

CAPÍTULO III: LA INTERVENCIÓN Y LOS INTERESES ECONÓMICOS DE FRANCIA EN MÉXICO……....87

1.- Rasgos de la economía francesa a mediados del siglo XIX……...88

2.- Dos necesidades concretas en los albores de la Intervención francesa: el algodón y la plata…….98

a.- La industria textil y la crisis del algodón……99

b.- El sistema monetario bimetálico, el auge del oro y la escasez de la plata...101

c.- *Mythos* Sonora……..…106

3.- Un mercado para Francia…….120

a.- La Guerra de Secesión, la crisis del algodón y el inicio de una nueva experiencia imperial……..121

b.- Un mercado para Burdeos y la costa atlántica francesa……...130

CAPÍTULO IV: EL CONTEXTO INTERNACIONAL DE LA INTERVENCIÓN…….141

1.- El contexto europeo: la erosión del orden del Congreso de Viena……..143

2.- La Guerra de Secesión: una oportunidad para Europa en América…….149

3.- Aspectos de la política exterior de Napoleón III……..157

a.- Un eje franco-británico: alcances y límites……...158

b.- "La Europa de las naciones"……163

c.- La política colonial……...166

CONCLUSIONES……..173

BIBLIOGRAFÍA……195

A la Yaya,

Al Avi

I quan es va acabar tot, jo hauria volgut ser el dia abans per poder tornar a començar, tan bonic…

Mercè Rodoreda, *La plaça del Diamant,* VI, 53.

AGRADECIMIENTOS

Este escrito no sería lo que es sin la ayuda, de manera voluntaria o involuntaria, de varias personas. Quiero mostrar mi gratitud hacia algunas de ellas aunque, desde luego, no será posible expresar en unas cuantas líneas todo lo que les debo.

Le agradezco en primer lugar a Erika Pani por haberme orientado a lo largo de la elaboración de este trabajo: sin sus amplísimos conocimientos históricos e historiográficos sobre el tema de la tesis, sin sus recomendaciones bibliográficas y sin su gran paciencia, la investigación no habría ido por buen camino.

A César Martínez le doy las gracias por haberme animado a aventurarme en la historia del México decimonónico y por el interés constante que mostró por mi trabajo. Junto a él, agradezco a Gabriel, Christine, Mónica, José Luis, Marcela y a mis compañeros de El Colegio de México en general por su amistad.

Esta tesis está dedicada a mis abuelos maternos, Carmen Morales Majó y Enrique Domínguez Lucia, los *avis*, a quienes agradezco haber sido unos segundos padres y haber fundado una familia que para mí lo es todo. Doy las gracias a otros parientes y amigos que, al igual que ellos, se han ido durante el tiempo que me tomó escribir este texto (2012-2014): Mario Borao, Antonio Morales, Carlos Morales, Carmen Barretto, Esther Pérez, Agustín Larrañaga y Pato Noriega.

A mi madre, Margarita, por su esfuerzo cotidiano y por despertar en mí el interés por la historia de México; a mi padre, Roberto, a quien debo muchísimo y gran parte de mi cultura; a Asier y a Lorea por su cariño y a Tita por su apoyo. A Paula, Gérard, Ale, Valérie, Isabelle, Amelia y a todos mis amigos de *Les Chanteurs du Lycée* por estar conmigo.

INTRODUCCIÓN

La "aventura mexicana" que emprendió Napoleón III y que desembocó en el establecimiento del Segundo Imperio mexicano (1863-1867), con Maximiliano de Habsburgo como soberano, ha sido objeto de diversas interpretaciones históricas. Si se repasa rápidamente aquel episodio de la historia de Francia y de México, quedan poco claros los motivos del emperador francés para embarcar a su país en una empresa de tal naturaleza: la Intervención francesa en México[1] supuso la movilización de buena parte del ejército francés, mismo que tuvo que permanecer en el país para fungir como fuerza al servicio del gobierno de Maximiliano. No obstante, a la opinión pública francesa y a la oposición nunca les terminó de convencer el empeño personal de Napoleón III por involucrarse en la vida política de México y mantener ahí a un nuevo régimen. Y este escepticismo tenía una buena razón de ser: la incertidumbre. ¿Qué había en México que fuera tan importante para los intereses franceses, a tal punto que Francia impulsara la instauración de un imperio? La respuesta nunca quedó clara a ojos de la mayoría de los franceses, incluso si hubo quien apoyara la intervención. El trágico desenlace del Segundo Imperio mexicano se interpretó en Francia como un fracaso que significó un duro golpe para la política de prestigio internacional de Napoleón III y para el orgullo nacional.

[1] Es decir la Segunda Intervención francesa en México y no la primera, también conocida como "Guerra de los Pasteles" (1838-1839). Por cuestiones prácticas en adelante se hará referencia a ella sencillamente como "la Intervención francesa en México".

El Segundo Imperio francés y el mexicano comparten, además de la evidente relación política entre ambos regímenes, el haber sido episodios históricos que dejaron un mal sabor de boca en sus respectivos países inmediatamente después de su fin, lo que se tradujo en un menosprecio historiográfico para ambos, en particular por parte de la llamada "historia oficial". Por un lado, la derrota de Francia ante Prusia en Sedán (1870) y la consiguiente amputación del territorio francés, entre otras cosas, implicaron una valoración negativa del gobierno de Napoleón III en su conjunto, sobre todo durante los primeros años de la Tercera República francesa. Por otro lado, los republicanos triunfantes en México vieron en la historia un instrumento al servicio de su causa, de tal suerte que la transformaron en una epopeya de la victoria liberal, quedando el imperio de Maximiliano como un mero producto de la intervención extranjera y despojándosele de sus orígenes en el conservadurismo mexicano.[2] Ahora bien, otro rasgo común entre ambos imperios es el interés que han despertado durante los últimos años entre los historiadores, lo que ha tenido como consecuencia la producción de trabajos más serios, con nuevas visiones, propuestas e interpretaciones, libres de las preocupaciones políticas de otrora.

Uno de los propósitos de esta tesis es dialogar con esa bibliografía. Más precisamente, la intención es conversar con aquellas publicaciones que compartan el interés de estudiar la cuestión antes planteada, es decir, las causas que llevaron a Napoleón III a emprender la Intervención francesa en México y a apoyar el establecimiento del Segundo Imperio mexicano. Se trata de un tema que ha generado un sinfín de trabajos, de un asunto ampliamente estudiado, no cabe duda. Sin embargo, no hay todavía consenso acerca de los intereses que el emperador procuró satisfacer

[2] Para un estudio serio sobre la evolución historiográfica en torno al Segundo Imperio mexicano véase Erika Pani, *El Segundo Imperio. Pasados de usos múltiples,* México, CIDE-Fondo de Cultura Económica, 2004.

interviniendo en México y las respuestas que han dado los historiadores varían ampliamente entre sí.

Quizás la mayoría de los escritos dedicados a analizar la "aventura mexicana" de Napoleón III comparten un supuesto fundamental que hoy en día nos parece casi evidente: poner en entredicho que el emperador francés buscase simple y sencillamente castigar al gobierno de Benito Juárez ante el anuncio de la suspensión del pago de la deuda, mediante el apoyo a los proyectos de los conservadores mexicanos. Un estudio riguroso de los orígenes y del desarrollo de la Intervención permite dar cuenta de hasta qué punto la empresa de Francia en México fue una cuestión a la que Napoleón III dio una importancia de primer orden. Pero fuera de eso, las respuestas a la pregunta de cuáles fueron los intereses que Francia buscó satisfacer interviniendo en el país han sido muy variadas, cada una otorgando mayor peso a ciertos factores que a otros. Las explicaciones que se han dado hacen énfasis en cosas distintas: en la política interna francesa,[3] en la política internacional, en los proyectos del emperador, las ambiciones de la emperatriz, los intereses privados del duque de Morny, la idea de forjar un imperio latino, la posibilidad de abrir un paso transoceánico en América Central, el contrapeso al creciente poderío estadounidense… Tal vez la hipótesis que más ha cobrado importancia durante los últimos años es la de Shirley J. Black, que sostiene que la causa de mayor peso de la Intervención fue la necesidad de Francia de abastecerse de plata.[4]

[3] Véase Luis de Pablo Hammeken, *Las razones de la sinrazón. Una explicación de política interna de la Intervención Francesa en México* (Tesis de licenciatura), México, El Colegio de México, 2003.

[4] Shirley J. Black, *Napoleon III and Mexican Silver,* Silverton, Colorado, Ferrell Publications, 2000 (hay ediciones anteriores a esta).

Es, en efecto, una idea muy original y sugerente que han retomado otros historiadores a la hora de explicar las razones de la "aventura mexicana".[5]

Ahora bien, si ya hay una gran variedad de trabajos y de hipótesis acerca de los orígenes y las causas de la Intervención francesa en México, ¿qué puede aportar un nuevo estudio sobre el tema? Desde luego, la intención de la presente tesis no es el de encontrar "la" variable que explique este suceso histórico. Uno de los propósitos es más bien el de estudiar minuciosamente las principales hipótesis en torno a los motivos del involucramiento de Francia en México en aquel período, analizarlas de manera crítica, procurar reinterpretarlas, enriquecerlas y, sobre todo, buscar nexos entre ellas. Dicho de otra manera, el primer objetivo de esta investigación es el de ofrecer una perspectiva de las causas de la Intervención francesa en México, estudiar la importancia y el alcance explicativo de cada una de ellas y analizar si los motivos expuestos pueden articularse entre sí (esto es, ver si hay nexos entre dos o más motivos, si uno de ellos es en realidad la consecuencia de otro, etcétera).

Esta tesis tiene la intención de contribuir a enriquecer el estudio de las causas de la "aventura mexicana" de Napoleón III aportando varias cosas. Una de ellas es analizar de manera rigurosa cada causa estudiada, mostrando la evidencia que hay para sostenerlas y privilegiando para esto el estudio de fuentes primarias, de escritos de aquellos personajes que tuvieron que ver con el episodio histórico. Otra es interpretar los motivos estudiados, procurando situarlos en un contexto más amplio y viendo su utilidad para la consecución de los proyectos e intereses del gobierno francés. En este sentido, cada capítulo pretende aportar nuevos elementos para el estudio de esas causas: en el primer capítulo se asocia el proyecto de un canal en América Central con la

[5] Véase, por ejemplo, Jean Meyer, Jean Tarrade, Annie Rey-Goldzeiguer y Jacques Thobie, *Histoire de la France coloniale. Des origines à 1914,* París, Armand Colin Éditeur, 1991.

voluntad del gobierno imperial de poner a Francia a la cabeza de un sistema económico naciente dominado por la industria y que habría de incorporar a las distintas regiones del planeta (una "economía-mundo"). El segundo capítulo propone que la idea de salvar a la "civilización latina" no era un mero recurso discursivo para justificar la intervención, sino que era una idea que había surgido décadas atrás y que había ganado terreno en el espacio público francés con las experiencias coloniales durante la primera mitad del siglo XIX. El tercer capítulo vincula la necesidad de mercados y de materias primas, entre ellas la plata y el algodón, con el surgimiento de un nuevo imperialismo económico caracterizado, entre otras cosas, por la sintonía entre el Estado y los empresarios, y sitúa la Intervención francesa en México en el contexto de la rivalidad económica entre Marsella y Burdeos. El cuarto capítulo da cuenta del entorno internacional en que se inscribió la política exterior de Napoleón III y que hizo posible la "aventura mexicana".

Por último, este trabajo aporta una perspectiva de los varios intereses que estaban en juego para el emperador y Francia en su intervención en México. Se llega a la conclusión de que no puede hablarse de una sola causa de este episodio, ya que influyeron factores en varios ámbitos: en el internacional, en el Estado francés, en la economía gala, en la élite política del Segundo Imperio francés, en Napoleón III… Por consiguiente, se propone que para comprender las causas y toda la complejidad de esta intervención se estudie la "aventura mexicana" desde un análisis que incluya esos diversos ámbitos. En relaciones internacionales, para explicar algún acontecimiento político a nivel mundial (en este caso la intervención), se da mayor importancia a ciertos actores que a otros según los enfoques que se escojan. Por lo tanto, conviene emprender un estudio en el que se aborden los ámbitos de análisis de diferente complejidad, cada uno desde el enfoque teórico que más importancia le dé.

El método de análisis del papel de México dentro de la política exterior del Segundo Imperio francés en este estudio está inspirado en las "imágenes" de Kenneth Waltz en *Man, the State and War.*[6] En esa obra, hoy en día un clásico de las relaciones internacionales, Waltz se pregunta qué es lo que lleva a la guerra, y para responder recurre a tres herramientas analíticas que él llama "imágenes", que son las siguientes:

- el hombre/la "naturaleza humana"
- el Estado (sus estructuras internas e instituciones)
- la anarquía internacional

Este autor indaga sobre el comportamiento de los gobernantes, sobre la forma del Estado y sus características (si es liberal o no, las formas de gobierno, si hay democracia o autoritarismo, si hay unidad nacional o no, etcétera) y sobre la "anarquía internacional", es decir, la ausencia de un gobierno mundial que restrinja el comportamiento de los Estados, lo que hace que la posibilidad de una guerra entre ellos ya esté dada. Así, para explicar si hay guerra o no, uno parte del hecho de que puede haber conflicto y después pasa a ver las variaciones en cada "imagen" y dar cuenta de lo que sucede en cada una de ellas. Dicho en otras palabras, Kenneth Waltz hace énfasis en que la ausencia de un gobierno mundial que rija (y restrinja) el comportamiento de los Estados (condición que él llama "anarquía" en el ámbito internacional) hace que exista la posibilidad de que un Estado vaya a la guerra en contra de otros. Ahora bien, dado

[6] Kenneth Waltz, *Man, the State and War,* Nueva York, Columbia University Press, 1959.

que tanto la paz como la guerra se dan en esta "anarquía", para explicar cuándo sucede una y cuándo la otra, cabe hacer un análisis riguroso de todas las "imágenes".

Lo importante del trabajo de Waltz para fines de esta tesis es que brinda lo que pueden llamarse niveles o ámbitos de análisis de diferente complejidad: para explicar un fenómeno político se buscan elementos en tres planos distintos y esto abre la posibilidad de llevar a cabo un análisis que contemple la interacción de variables diferentes. Se trata de un modelo que permite explicar acontecimientos internacionales (en este caso la Intervención francesa) estudiando variaciones en cada ámbito de análisis, así como las vinculaciones entre ellos. Este modelo parece ser adecuado para alcanzar el primer propósito del presente trabajo, es decir, estudiar las causas de la Intervención napoleónica en México repasando las principales hipótesis que varios historiadores han planteado, dándoles un orden, analizando su alcance explicativo de manera crítica y buscando posibles nexos entre ellas. Por ejemplo, quizás Napoleón III tenía un interés particular en México mucho antes de la Intervención, pero ésta no fue posible sino hasta que el contexto internacional lo permitió. Y vice-versa, es legítimo para el análisis de estas hipótesis plantearse una pregunta contra-factual: ¿habría habido intervención si Napoleón III no hubiese tenido ambiciosos proyectos personales en México, aunque el entorno internacional lo permitiese? De ahí que resulte interesante estudiar cada hipótesis en su contexto y ponerla en su lugar dentro de un esquema analítico que permita conocer su articulación, sus nexos, con otras explicaciones de diferente ámbito o complejidad.

Los "ámbitos de análisis" de este estudio no son idénticos a las "imágenes" propuestas por Waltz, sino que intentan adaptarse al objeto de estudio y a las explicaciones que se han dado al tema ya planteado. Así, para emprender la investigación se proponen los siguientes tres parámetros:

- los proyectos geopolíticos de Napoleón III y de parte de la élite política y económica francesa en torno a México, varios de ellos con una clara inspiración ideológica
- las causas económicas de la Intervención
- el contexto internacional en que se desarrolló la "aventura mexicana" y ésta dentro de los principales ejes de la política exterior del Segundo Imperio francés

El primer nivel de análisis consiste en exponer diversos proyectos que tanto el emperador francés como algunos de sus colaboradores y consejeros más cercanos llegaron a pensar para México. Lo que se expondrá tiene que ver fundamentalmente con ideas acerca de un orden internacional deseable para ellos, y con el lugar de México en ese orden. En este sentido, se trata de estudiar una dimensión más imaginaria que real, más normativa que positiva. Este primer rubro es de suma importancia, ya que involucra ideas, planes y aspiraciones que, si bien no llegaron a concretarse, fungieron como inspiraciones y como motivos para intervenir en México. Lo que fueron simples posibilidades, propósitos y visiones de futuro de Napoleón III (y de unos cuantos personajes cercanos a él) tuvieron consecuencias reales, entre ellas la Intervención (pueden verse, pues, como una de las causas de la "aventura mexicana").

El segundo ámbito de análisis consiste en estudiar las hipótesis que proponen que Francia intervino en México por razones económicas. En este caso se remplaza la segunda "imagen" de Waltz del Estado y sus características por el parámetro de la economía. Este también es un rubro de suma importancia ya que, como se verá más adelante, la industrialización avanzó de manera significativa en Francia durante los años del Segundo Imperio, lo que correspondió con la búsqueda de nuevos mercados y zonas para abastecerse de materias primas por parte de las principales potencias europeas. Lo curioso es que el emperador y los empresarios franceses se apoyaron mutuamente en

este menester: el Estado procuraba presionar diplomáticamente en varios países para que se otorgasen y respetasen concesiones y privilegios a empresarios, y éstos a su vez contribuían a reforzar la presencia francesa en varias partes del mundo, ayudando a la consecución de interese políticos y económicos diversos.

El tercer parámetro de análisis tiene que ver con el ámbito internacional en que se desarrolló la Intervención francesa en México. Es un aspecto fundamental sin el cual el estudio de las causas de la "aventura mexicana" estaría incompleto. No puede comprenderse el episodio en cuestión sin dar cuenta de la evolución de los sistemas europeo y americano, sin explicar los órdenes políticos regionales y sin esclarecer qué es lo que conformó el "marco de oportunidades" que permitió a Francia embarcarse en su empresa. Dicho de otra manera, es menester aclarar por qué la intervención tuvo lugar en ese preciso momento histórico y cuáles eran las características principales del contexto internacional que "permitió" que se llevara a cabo. También es necesario repasar los ejes primordiales de la política exterior del Segundo Imperio francés y discutir hasta qué punto explican la Intervención francesa en México (o en qué medida ésta se ajusta, o no, a esos ejes).

Este estudio intentará entonces dilucidar los distintos intereses que dieron pie a la Intervención francesa en México y después ofrecer una explicación y una interpretación plausible del lugar del país dentro de la política exterior del Segundo Imperio francés. Cabe aclarar una cuestión antes de entrar en materia: ¿por qué se cambia la segunda "imagen" de Waltz, que se centra en el estudio de las instituciones del Estado y en las fuerzas políticas al interior de él, por el rubro de la economía? La razón de esto es,

primero, que ya se han hecho análisis de las razones de la intervención con base en esa imagen, estudios que repasan los debates en el congreso francés en torno a México, entre otros asuntos.[7] Además, esta tesis pretende retomar causas de la "aventura mexicana" que ya se han planteado en otros textos dedicados al tema, y una de ellas es el paradigma de los intereses económicos de Francia en México. Así pues, se partirá del supuesto de que el carácter autoritario del Segundo Imperio francés dio un amplio margen de acción a Napoleón III para emprender sus proyectos de política exterior y se entrará en una discusión acaso más interesante para los fines del trabajo: la oposición que a menudo se ha planteado entre las necesidades económicas de Francia justo al momento de la intervención y los proyectos geopolíticos a largo plazo del emperador.

El primer capítulo se centra en estudiar los grandes proyectos de Napoleón III y de personajes cercanos a él (como Michel Chevalier) en torno a México. Este apartado repasa la idea de construir un canal que comunicara el Atlántico con el Pacífico, ya fuera en Nicaragua, en Panamá, en Honduras o en el Istmo de Tehuantepec. Se intenta ver este proyecto en el contexto de la visión que tenía el emperador acerca del momento que le tocó vivir, una visión ampliamente en sintonía con las ideas sansimonianas. Napoleón III creía que el avance de la industria articularía al mundo y que la construcción de un canal transoceánico, tanto en América Central como en el Suez, pondría a Francia en la cúspide de un nuevo orden mundial. En este sentido, la política exterior del Segundo Imperio francés hacia México y la cuenca caribeña tiene que verse como un componente de una visión más amplia y ambiciosa, siendo la "política mediterránea" de Francia y la construcción del Canal de Suez la contraparte o el equivalente oriental de este proyecto geopolítico.

[7] Luis de Pablo, *op. cit.*

El segundo capítulo revisa el proyecto de establecer en México un imperio para "regenerar" al país y para fortalecer al "mundo latino" y católico ante el expansionismo de los Estados Unidos (el mundo republicano, anglosajón y protestante en América del Norte). Se discute hasta qué punto esta idea tiene fundamentos en textos históricos de la época y se llega a la conclusión de que la defensa de la "latinidad" no era un simple recurso retórico cuyo fin fuera el de justificar la intervención, sino que se trataba de una idea que había ganado amplio terreno en el espacio público francés en años anteriores.

El tercer capítulo estudia las causas de naturaleza económica de la "aventura mexicana". La primera de ellas tiene que ver con la necesidad de plata por parte de la economía francesa, debida a dos razones: al desequilibrio que causó la llegada masiva de oro en el sistema monetario bimetálico francés, y a la "hambruna del algodón" que causó la guerra civil en los Estados Unidos, misma que hizo que Francia tuviese que abastecerse de esa materia prima en otras partes del mundo, entre ellas la India, donde se exigía un pago en plata. Las ambiciones francesas relativas al estado de Sonora tienen que interpretarse en ese sentido debido a la creencia en la riqueza de sus minas. La segunda razón económica de la Intervención francesa hace referencia al contexto de industrialización y de expansión del capitalismo en Francia. Este escenario llevó a un cierto tipo de imperialismo económico que se acentuaría conforme fue avanzando el siglo XIX, es decir, la búsqueda de nuevos mercados y de zonas de abastecimiento de materias primas. Es inevitable pensar en la "teoría de la dependencia" que hace énfasis en el hecho de que las potencias europeas, al centro del sistema económico, procuraron comprar a los países aún no industrializados de la periferia de ese sistema las materias primas, de bajo precio, para elaborar productos manufacturados con mayor valor agregado y venderlos a esos mismos países. Hay evidencia que muestra el interés de varios franceses en tener una relación económica semejante con México, aunque el caso

de la intervención también presenta diferencias importantes con el imperialismo de finales de siglo XIX. Por último, esta idea de México como fuente de materias primas y como mercado para los productos franceses puede también interpretarse como un intento por revitalizar económicamente la costa atlántica francesa y sus puertos, en franco declive desde finales del siglo XVIII.

El cuarto capítulo se propone dar cuenta del contexto internacional en que se desarrolló la Intervención francesa en México. Son dos los aspectos que mejor explican la posibilidad de emprender la "aventura mexicana" desde el punto de vista del entorno mundial. El primero tiene que ver con el orden regional europeo, pues difícilmente puede entenderse la Intervención sin primero reflexionar acerca del equilibrio de poder en Europa y de la erosión del orden inaugurado en 1815. En efecto, tal configuración de las relaciones intraeuropeas, cuyo propósito original había sido el de limitar a Francia después de las guerras napoleónicas, se encontraba ya bastante desgastada, y para la década de 1860 Francia ya tenía bastante margen de maniobra tanto para tener peso en el ámbito europeo como para emprender aventuras imperiales en el resto del mundo. El segundo aspecto del sistema internacional que se estudia es el de la alteración del orden regional americano debida a la Guerra de Secesión, pues ésta impidió que los Estados Unidos pudiesen hacer respetar la Doctrina Monroe durante algunos años. Se revisan aquí los gestos de simpatía a la Confederación por parte de Napoleón III. Asimismo se exponen los principales ejes de la política exterior del Segundo Imperio francés y se ve en qué medida éstos explican la Intervención.

Finalmente, en la conclusión se hace una discusión para reflexionar si la tesis ha conseguido responder de manera satisfactoria a las problemáticas planteadas. Cabe decir que en la conclusión se repasarán muy brevemente algunas de las características de varios enfoques de relaciones internacionales para explicar en qué haría énfasis cada

uno de ellos para explicar la intervención. Los dos primeros capítulos se prestan para un análisis constructivista, el tercero para un análisis liberal y el cuarto para abordarlo desde un enfoque realista. También se argumenta cuáles han sido, a mi parecer, las aportaciones más importantes de la investigación. Por último, se intenta hacer una apreciación general sobre lo único y lo particular que fue la década de 1860 en la historia de Francia, en lo que respecta a su lugar en el orden internacional y a su presencia en América.

CAPÍTULO I: UN CANAL EN AMÉRICA CENTRAL Y EL SURGIMIENTO DE UNA ECONOMÍA-MUNDO

Aperire terram gentibus

Ferdinand de Lesseps

La llamada "aventura mexicana" que comenzó con una intervención tripartita y que desembocó en el establecimiento del Segundo Imperio mexicano, con Maximiliano I como soberano, fue un proyecto al que el emperador francés estaba personalmente apegado. La opinión pública francesa nunca terminó de comprender bien cuáles fueron los propósitos de esta empresa ni por qué se enviaron tropas a un país tan lejano al suyo. La oposición al régimen procuró deslegitimar la Intervención francesa en México vinculándola a intereses privados del duque de Morny, medio hermano del emperador, quien ocupó distintos cargos durante el Segundo Imperio francés. No obstante, Napoleón III tenía en mente varios proyectos geopolíticos ligados al surgimiento de un imperio afín a los intereses franceses en México. El involucramiento de Francia en esta iniciativa fue en gran medida el resultado de planes en torno a México a los que estaba íntimamente aferrado el emperador francés.

En no pocas ocasiones se ha hecho alusión a la expedición francesa a México como *el pensamiento más profundo del imperio,* o bien, *la gran idea del reino*.[8] Se trata de una fórmula que, aunque de origen incierto, resume bien el propósito de este primer capítulo, es decir, insistir en que la "aventura mexicana" fue un fenómeno histórico que

[8] Christian Schefer, *La gran idea de Napoleón III. Los orígenes de la Intervención francesa en México (1858-1862),* México, Secretaría de Educación Pública del Estado de Puebla/El Colegio de Puebla, 2012, p. 11.

se fundamentó en la obsesión personal de Napoleón III por los proyectos y las ideas que tanto él como ciertos personajes cercanos a él llegaron a pensar en torno a México. ¿En qué consistían estas ideas y planes?

A continuación se aborda el proyecto de construir un canal en América Central que uniese el océano Pacífico con el mar Caribe (y en consecuencia con el Atlántico). Este asunto tiene que verse como una aspiración de Napoleón III que no llegó a cumplirse bajo su reinado pero que tuvo un peso muy importante cuando el emperador decidió emprender la Intervención francesa en México. Se trata, pues, de un motivo en el corazón de la ambiciosa visión de Napoleón III, su *gran idea*.

La idea de construir un canal navegable en América Central es crucial en la visión que tenía el emperador francés, no sólo en el ámbito regional americano, sino a nivel mundial. Luis Napoleón se interesó en este proyecto desde joven y lo que comenzó siendo una posibilidad terminó siendo una gran ambición imperial. Este capítulo se centra en el tema del canal, en sus orígenes, en la evidencia que hay para sostener que fue un motivo de peso para intervenir en México y en el lugar que tenía esta idea dentro de la perspectiva imperial más general, a escala mundial.

Primero se exponen brevemente las ideas sansimonianas que influyeron en Napoleón III y en personajes cercanos a él. Se trata de un conjunto de nociones, conceptos y propuestas acerca de la industria y sus consecuencias políticas, y es importante decir en qué consistían, no sólo debido a que el emperador intentó aplicar varias de ellas en Francia, sino sobre todo porque moldearon las percepciones del soberano sobre el momento histórico en que vivó y sobre el papel que debía jugar su

país en la escena internacional. Las ideas sansimonianas son de particular interés para esta parte de la tesis a causa de la importancia que otorgaban a la construcción de medios de transporte para el desarrollo de la industria, entre ellos, los canales navegables. Después se estudia el interés del emperador y otros personajes cercanos a él en la apertura de un paso transoceánico en América Central. Destacaron tres puntos geográficos como posibles lugares para unir el Atlántico con el Pacífico: Panamá, Nicaragua y Tehuantepec (aunque algunos también mencionaban el golfo de Honduras). Lo importante es que el establecimiento de un gobierno en México afín a los intereses franceses, aunque no fuera del todo indispensable, facilitaría en gran medida la consolidación de Francia como una potencia con gran influencia en la cuenca caribeña. Si bien el interés inicial de Francia se centraba en América Central, la intervención en México abrió nuevas oportunidades y Napoleón III se fijó en Tehuantepec. Por último se analiza el lugar de esta iniciativa dentro de una perspectiva más amplia, comparándosele con la construcción del canal de Suez, también bajo dirección del Segundo Imperio. Se trató de una política cuyo fin era poner a Francia en la cúspide de la naciente "economía-mundo", en el mejor espíritu sansimoniano.

I.- Las ideas sansimonianas y el Segundo Imperio francés

A mediados del siglo XIX Europa sufría grandes cambios el los ámbitos político, económico, social y cultural. Las revoluciones de 1848 habían sacudido al viejo continente y desestabilizado a varios regímenes. Según Guy Palmade, los movimientos de 1848 tuvieron un componente romántico muy importante que hizo que la llamada "primavera de los pueblos" tuviera como consecuencia alimentar la conciencia nacional de varios pueblos en varios rincones del continente europeo, poniendo en duda la

unidad política de varios países multinacionales, como el Imperio austriaco.[9] No obstante, el nacionalismo no fue el único movimiento que ganó terreno en el ámbito de las ideas, pues también se fortalecieron simultáneamente otras corrientes ideológicas como el socialismo (precisamente en 1848 se publicó el famoso *Manifiesto del partido comunista* de Marx y Engels), el liberalismo, la democracia, el positivismo y un largo etcétera.

Una escuela de pensamiento de aquella época que tuvo un impacto considerable en Francia, en particular durante el Segundo Imperio, fue la que fundó Claude-Henri de Rouvroy, conde de Saint-Simon. Se trata de un conjunto de ideas que sirvieron como fuente de inspiración para el desarrollo de varias otras corrientes como el liberalismo, el positivismo (Augusto Comte fue discípulo de Saint-Simon) y el socialismo (tuvieron cierta influencia en Marx). Puede decirse que las ideas sansimonianas (que, como casi todas las corrientes de pensamiento, tuvieron una parte positiva para hacer inteligible la realidad y una parte normativa que daba una idea acerca de cómo *debería ser* el mundo) fueron una serie de conceptos y de propuestas cuyo interés principal fue estudiar el proceso de industrialización, así como las consecuencias de éste en la política y en la organización del mundo. Lo interesante de las ideas sansimonianas es, para efectos de este estudio, primero, que ven un vínculo esencial entre política y economía y, segundo, que hacen énfasis en la construcción de grandes obras de infraestructura para facilitar el transporte de materias primas y productos, con el fin de favorecer así el desarrollo de la industria (entre ellas, los canales navegables).

[9] Guy Palmade, *La época de la burguesía,* México, Siglo Veintiuno Editores, 2006.

Claude-Henri de Rouvroy, conde de Saint-Simon (1760-1825), fue un idealista francés que pensaba que los esfuerzos de los hombres deberían dirigirse a lograr la mejor organización de la industria. Creía que uno de los retos de su época era transferir pacíficamente el poder de la nobleza, el clero y los soldados a los manufactureros, quienes serían guiados por hombres sabios y artistas.[10] Ghita Ionescu, un estudioso de la obra del conde de Saint-Simon, sostiene que sus ideas constituyen una "teoría general de la sociedad industrial".[11] Es preciso tener presente el contexto en que este personaje desarrolló sus escritos: mientras vivó fue testigo tanto de la Revolución francesa como de la revolución industrial. Presenció profundos cambios políticos y económicos y pensó que quizás ambas cosas irían de la mano. Por consiguiente, vio en el desarrollo de la industria un fenómeno nuevo y predijo que habría de provocar amplias transformaciones en los modos de vida, en las sociedades, en sus formas de organización económica y política.

Saint-Simon se veía a sí mismo como el artífice de un sistema científico de análisis de la sociedad de sus tiempos. Fue uno de los primeros en hablar de "ciencia política" y una de sus grandes metas fue encontrar el marco institucional para la sociedad de sus tiempos. En efecto, creía que a todo gran cambio social en la historia debía seguirle una transformación de las instituciones políticas, de tal manera que la política se adaptase a la nueva realidad social. Contempló durante sus años de vida el paso de la sociedad feudal a la sociedad industrial y previó que el siglo XIX sería el siglo de la industria y que toda Europa terminaría por experimentar procesos similares.

---

[10] Arthur Louis Dunham, *The Anglo-French Treaty of Commerce of 1860 and the Progress of the Industrial Revolution in France*, Nueva York, Octagon Books, 1971, capítulo II.

[11] Para un estudio de la aportación de Claude-Henri de Rouvroy a la teoría política véase Ghita Ionescu, *El pensamiento político de Saint-Simon,* México, Fondo de Cultura Económica, 1983.

En su opinión, este cambio suponía pasar de la "política de poder" a lo que él llamó la "política de las capacidades".[12] ¿Qué quería decir con esto? Su idea era abolir la dimensión despótica y coercitiva del poder, de tal manera que la función gubernamental se limitase a construir obras de infraestructura y a administrar los recursos con miras a fomentar el progreso de la industria (y dejar de lado el "dominio del hombre sobre el hombre", las guerras, las conquistas y demás actividades que, en su opinión, eran inútiles, pues no contribuían a la organización de la industria).[13]

Ahora bien, es importante señalar que para Saint-Simon el Estado tenía que desempeñar una función central en el desarrollo de la industria. En este sentido, los gobiernos debían jugar un papel de organizadores de la producción industrial (en esto se aleja del credo neoliberal según el cual el Estado debe limitarse a cumplir funciones mínimas como el mantenimiento de la seguridad y debe dejar la asignación de recursos al mercado, regulando lo menos posible la economía). La tarea primordial del Estado para Saint-Simon era organizar con disciplina y jerarquía la industria para asegurar una producción racional y eficiente, administrar las necesidades de empresarios y trabajadores, emprender grandes obras para facilitar el transporte y así estimular el desarrollo industrial. Sin embargo, este papel fundamental no quería decir que los patrones no tuvieran que tener autonomía respecto del poder gubernamental: al contrario, las ideas sansimonianas otorgan gran importancia a la autogestión de las corporaciones. Para Saint-Simon era necesaria una estrecha colaboración entre los gobiernos, los líderes de la producción (los empresarios) y los trabajadores para

[12] Ionescu, *op. cit,* introducción.

[13] Hoy en día puede parecer inexacta esa perspectiva, ya que las guerras mundiales del siglo XX han ofrecido evidencia de que la inversión en la industria de guerra repercutió en el avance de varias otras ramas industriales y en la ciencia. No obstante, Saint-Simon vio en la industria una especie de fórmula que acabaría con varios problemas sociales y llevaría a la felicidad de la humanidad.

conseguir el desarrollo de una sociedad industrial. Dicho de otra manera, no vio el conflicto de clases que Marx observó en el capitalismo. A su manera de ver las cosas, el conflicto en la sociedad industrial se daría entre las viejas estructuras "parasitarias" (la nobleza y los militares) y las nuevas "clases productivas": los científicos, los artistas (ambos al frente de los gobiernos) y los "industrialistas", es decir, los propietarios de la industria, los inversores, los banqueros y los trabajadores. Para Saint-Simon en la "sociedad tecnológico-industrial" los científicos y artistas debían estar al frente del gobierno y colaborar con empresarios y obreros, ya que, según él, estaba en el interés de todos ellos el hacer avanzar a la industria y así eliminar a las viejas estructuras clericales y militares represoras e improductivas (lo que, según él, llevaría a una emancipación de la humanidad).[14]

En suma, las ideas sansimonianas vieron vínculos esenciales entre la política y la economía con el advenimiento de la sociedad industrial, al punto que no queda clara la separación entre ellas al tener un objetivo en común: el desarrollo de la industria, fórmula emancipadora que llevaría al progreso de la humanidad y cancelaría el despotismo al desaparecer la nobleza, el clero y el ejército. Cabe añadir que para Saint-Simon la Revolución francesa tenía que haber desembocado en el nacimiento de una sociedad industrial con las características arriba descritas, pero los jacobinos y Napoleón I abortaron la organización política que debía corresponder con ese cambio social y dieron a la sociedad posrevolucionaria una estructura profundamente militar, lo que era incompatible con el orden que Saint-Simon tenía pensado.[15]

[14] Ionescu, *ibid.*
[15] *Ibid.*

Claude-Henri de Rouvroy fue, pues, el fundador del sansimonismo, doctrina cuyas propuestas tuvieron una difusión considerable en el contexto de la industrialización en Francia en general y durante el Segundo Imperio en particular. Ahora bien, la corriente de pensamiento sansimoniana no se limitó a los escritos de su iniciador: los discípulos de Saint-Simon divulgaron sus ideas aportando novedades y a la larga conformaron un grupo relativamente cerrado de intelectuales.[16] Varios de ellos estaban involucrados en el mundo económico (como los hermanos Pereire, creadores de la entidad financiera Crédit mobilier) o vinculados al mundo de la política (Michel Chevalier, consejero de Napoleón III). En cualquier caso, los sansimonianos abogaron por que el gobierno francés impulsase el desarrollo de la industria, lo que suponía una estrecha colaboración entre el Estado y los emprendedores capitalistas para lograr una expansión económica planeada.[17] Alumnos del conde de Saint-Simon como Augustin Thierry y Auguste Comte (padre del positivismo) fundaron en 1825 (año de la muerte de Saint-Simon) el periódico *Le Producteur*, donde defendieron la idea de que la industria debería dirigirse desde la autoridad gubernamental y no desde la iniciativa individual, y promovieron medidas como la progresiva desaparición de las barreras arancelarias entre los países, el mejoramiento de los transportes y la creación de entidades bancarias.[18]

---

[16] Se ha hablado incluso de una "secta sansimoniana". Una secta es por definición un grupo generalmente religioso que se aísla del resto de la sociedad, que surge en oposición a ella y se articula habitualmente en torno a un personaje carismático. Quizás es exagerado hablar de una "secta sansimoniana", ya que el propósito del grupo no era el de aislarse y todos sus miembros mantuvieron vínculos socioeconómicos con el resto de la sociedad francesa. No obstante, el grupo adoptó tendencias sectarias al adquirir un cariz místico-religioso: algunos consideraron a Saint-Simon el sucesor de Cristo, se llamó al líder del grupo *Père* y se vio en la industria la solución a los problemas de la humanidad.

[17] William Herbert Cecil Smith, *Second Empire and Commune: France 1848-1871,* Nueva York, Longman Inc., 1985.

[18] Arthur Louis Dunham, *op. cit.,* capítulo II.

Para 1829 los sansimonianos contaban con unos 300 miembros entre los que estaban Michel Chevalier, su hermano Auguste, Gustave d'Eichthal, Le Play, los hermanos Pereire (Émile e Isaac), Talabot y Arlès-Dufour. Los dirigentes de la secta (cuando los sansimonianos habían dado ya al grupo un componente religioso) fueron Barthélemy Prosper Enfantin y Saint-Amand Bazard.[19] Varios sansimonianos creían que la capacidad de producir riqueza con el desarrollo de la industria podría servir a la humanidad en su conjunto, de ahí el carácter casi religioso que la industria adquirió para ellos.[20] Independientemente de esto, lo importante es subrayar que, en general, los sucesores de Saint-Simon hicieron énfasis en la importancia del Estado para propulsar la industrialización mediante el emprendimiento de grandes obras públicas (primero en Francia, al ser el sansimonismo una corriente esencialmente francesa, pero también en el resto del mundo), en hacer el crédito más accesible a las clases populares y en desarrollar medios de transporte como los ferrocarriles y los canales navegables, con el fin de acercar a la gente entre sí pero sobre todo para facilitar el traslado de materias primas y productos industriales.

El historiador William Herbert Cecil Smith sugiere que la filosofía dominante del Segundo Imperio francés fue el sansimonismo, ya que sus ideas tuvieron gran influencia en Napoleón III durante su juventud. Dice que su objetivo era terminar con la incipiente lucha de clases incrementando el bienestar de las clases trabajadoras y trayendo

[19] *Ibid.*

[20] Albert Guérard, *Napoleon III*, Cambridge, Massachussetts, Harvard University Press, 1943, capítulo IX.

prosperidad a los franceses en general.[21] Al emperador se le atribuye la siguiente frase: "¡Qué gobierno el mio! La emperatriz es legitimista, Napoleón-Jérôme republicano, Morny orleanista; yo mismo soy socialista. No hay ningún bonapartista salvo Persigny, pero está loco."[22] No es que Napoleón III se considerara a sí mismo como socialista en términos marxistas, sino más bien se preocupaba por el mejoramiento de las condiciones de vida de las nacientes clases obreras mediante la colaboración entre gobierno y empresarios.

En efecto, las ideas sansimonianas tuvieron un papel importante durante el gobierno de Napoleón III. El Segundo Imperio francés (1852-1870) corresponde con un período de prosperidad, desarrollo económico acelerado, progreso técnico y desarrollo de los transportes (1850-1875), y se trata de un régimen que procuró impulsar la industria lo más posible para que Francia no quedase rezagada ante el país más industrializado en aquel entonces, la Gran Bretaña.[23] El gobierno francés intentó mejorar la situación socioeconómica y la calidad de vida de las nacientes clases trabajadoras y para conseguir ese fin se valió de una política industrializadora que promovió el desarrollo de grandes obras y de los transportes, en especial en el ámbito del ferrocarril. Algunos hablan de "socialismo de Estado" durante el mandato de Napoleón III,[24] pero uno de los objetivos del Emperador era conseguir la unidad nacional, para lo cual era necesario evitar todo enfrentamiento entre obreros y capitalistas. Por lo tanto, el acercamiento del gobierno con grandes hombres de la industria junto con la promoción del bienestar social hicieron del Segundo Imperio francés un régimen cuyos elementos sansimonianos no pueden ignorarse.

---

[21] William Herbert Cecil Smith, *op. cit.,* capítulo II.

[22] Alain Plessis, *De la fête impériale au mur des fédérés, 1852-1871*, Éditions du Seuil, 1979, p. 75 (la traducción es mía).

[23] Guy Palmade, *op. cit.*

[24] William Herbert Cecil Smith, *ibid.*

¿Pero quiénes eran sansimonianos bajo el Segundo Imperio francés? En su libro *De la fête impériale au mur des fédérés*, Alain Plessis hace un detallado análisis de los hombres de mayor importancia del régimen, de gente del entorno del Emperador, ministros y legisladores. En total describe la trayectoria de alrededor de veinte personajes del Segundo Imperio pero no indica si alguno de ellos era sansimoniano, ni siquiera si recibieron alguna influencia de la doctrina.[25] La mayoría de los miembros de la élite del Segundo Imperio francés provenía de la élite de regímenes anteriores, en especial de la Monarquía de Julio (1830-1848), por lo que la mayoría era orleanista y muy pocos compartían las ideas del Emperador (lo que no les impedía serle leales). Además, si bien varios ministros estaban involucrados en el mundo de la industria y el comercio, entre ellos no habían ni grandes intelectuales ni grandes ideólogos.[26] Quienes compartían las ideas sansimonianas en el Segundo Imperio francés eran, sobre todo, el emperador, su cercano consejero Michel Chevalier y varios sansimonianos involucrados en el mundo de la industria y las finanzas (el mejor ejemplo son los hermanos Pereire, fundadores de Crédit mobilier, pero habían muchos más, como Talabot y Arlès-Dufour, involucrados en la creación de otra importante entidad financiera, Crédit lyonnais).

Luis Napoleón nunca fue miembro del grupo de sansimonianos articulados en torno al *père* Prosper Enfantin. No obstante, desde antes de llegar al poder recibió la influencia de un discípulo del mismísimo conde de Saint-Simon, Narcisse Vieillard, tutor de su hermano mayor a quien más tarde haría senador.[27] En efecto, cuando Luis Napoleón fue encarcelado en la fortaleza de Ham, después de su fallido intento por derrocar la Monarquía de Julio, se dedicó a leer y a escribir de 1840 a 1846, tiempo en el que estuvo recluso (lo que hizo que llamara a su prisión "Universidad de Ham"). Ahí

[25] Alain Plessis, *op. cit.* pp. 41-45.
[26] *Ibid.,* p. 45.
[27] Albert Guérard, *op. cit.*, capítulo IX.

pudo acercarse a las ideas sansimonianas gracias a que Vieillard le facilitó varios textos de literatura sansimoniana e incluso éste se tomó la molestia de explicarle al futuro Emperador lo que le resultara difícil de comprender.[28] En 1844 escribió un libro de clara influencia sansimoniana: *Extintion du paupérisme*, donde expresa su preocupación por el bienestar de las clases trabajadoras. En ese libro habla de la necesidad de organizar la industria y la agricultura desde el Estado para evitar la miseria de las masas.[29] Antes, en 1839, Luis Napoleón había escrito *Idées napoléoniennes* (Ideas napoleónicas). Es un texto en el que defiende el régimen de su tío, Napoleón I, de sus críticos y expone lo que a su manera de ver fueron las características y los méritos más importantes de la Francia napoleónica. Saint-Simon, creía que Napoleón I había desviado la Revolución francesa de su curso (construir una sociedad industrial); no obstante, en *Idées napoléoniennes,* Luis Napoleón parece interpretar el gobierno de su tío como uno cuyos propósitos eran similares a algunas ideas sansimonianas. Da a entender en varias partes de su texto que el Primer Imperio francés tuvo como objetivo el desarrollar la industria y contribuir al bienestar de las "masas", idea sansimoniana por excelencia:

> [...] lo que distingue especialmente a una buena administración, es […] que mejore al conjunto de las clases pobres; que ponga en actividad a todas las ramas de la industria; que establezca un justo equilibrio entre ricos y pobres; entre los que trabajan y los patrones, entre los agentes del poder y aquellos que están controlados por ellos. [30]
>
> El Emperador ayudaba con frecuencia [...] a aquellas ramas de la manufactura que, por faltarles un mercado, se encontraban en peligro de paralizar el trabajo. Era su intención ayudar a la industria mediante el establecimiento de un fondo especial para ese propósito. [31]

---

[28] http://www.napoleontrois.fr/dotclear/index.php?post/2006/03/25/8-napoleon-iii-et-les-saint-simoniens

[29] Carlos Luis Napoleón Bonaparte, *Extinction du paupérisme,* en http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k201037b/f1.image

[30] Carlos Luis Napoleón Bonaparte, *Ideas napoleónicas,* Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1947, p. 49.

[31] *Ibid.,* p. 65.

> Las *obras públicas*, que el Emperador hizo construir en tan grande escala, no fueron solamente una de las causas principales de la prosperidad interna del país, sino que contribuyeron mucho al progreso social. En efecto, estas obras, mientras multiplicaron los medios de comunicación, produjeron tres grandes ventajas: Primero, emplearon a todos los desocupados y así ayudaron a las clases más pobres. Segundo, favorecieron y estimularon la agricultura, las manufacturas y el comercio, la creación de caminos y canales nuevos, aumentando el valor de las tierras y facilitando el transporte y la venta de los productos. Tercero, destruyeron el espíritu de localidad y eliminaron barreras, tales como las que separan no sólo a las diferentes provincias de un Estado, sino a diferentes naciones, haciendo más fáciles los contactos y relaciones de los hombres y haciendo más estrechos los vínculos que deben unirlos. [32]
>
> En conclusión, repitamos que la Idea Napoleónica no es una idea de guerra, sino social, industrial, comercial, y una que concierne a toda la humanidad. Si para algunos aparece siempre rodeada por el tronar de las batallas, es debido a que se trató efectivamente de una época velada por mucho tiempo por el humo del cañón y el polvo de las batallas. Pero ahora las nubes se han dispersado, y podemos ver, más allá de la gloria de las armas, una gloria civil más grande y más duradera. [33]

Idées napoléoniennes nos habla más de la manera de ver el mundo de Luis Napoleón que de la de su tío, Napoleón I. Queda comprobada la importancia que le dio a la necesidad de disminuir la brecha entre ricos y pobres, a estimular las distintas ramas de la industria desde el gobierno, a la tarea de disminuir el desempleo y la pobreza, a la retroalimentación entre la ciencia y la industria, al desarrollo de obras públicas dirigidas desde el gobierno, al mejoramiento de las vías de comunicación y de transporte y a eliminar obstáculos entre los distintos países en favor de la humanidad en general.

La influencia de las ideas sansimonianas que recibió Luis Napoleón no sólo puede verse en sus escritos, sino además, y de manera más importante, en varias de las

[32] *Ibid*., p. 68.
[33] *Ibid.,* p. 150.

políticas y proyectos que llevó a cabo una vez instalado en el poder, ya con el nombre de Napoleón III. El Emperador creía en el Estado como un medio para promover la industrialización de Francia y el bienestar social.[34] El Segundo Imperio francés impulsó de varias maneras el desarrollo de la industria francesa, el progreso técnico y la adaptación urbana de ciudades como París y Marsella a las necesidades de la industria y del comercio.[35] Es de gran importancia señalar que la constitución de enero de 1852 dio al Emperador amplios poderes y facultades, como la iniciativa, sanción y promulgación de leyes, lo que le permitió tener un amplio margen de maniobra para llevar a cabo los proyectos que más le interesaban, como la liberalización del régimen de aduanas y el emprendimiento de grandes obras.[36]

Napoleón III impulsó una política para desarrollar grandes proyectos y ambiciosas obras públicas. Creía que éstas jugaban un papel fundamental en la promoción de la prosperidad, de acuerdo con el credo sansimoniano.[37] Entre las obras de mayor importancia del Segundo Imperio francés, el ferrocarril fue de los mayores éxitos del Emperador en su afán modernizador y de promoción del desarrollo industrial. Entre 1852 y 1860 lanzó un programa de construcción de vías férreas que no solamente facilitó el transporte de mercancías, sino que además tuvo un efecto acelerador virtuoso al estimular la economía en general, la inversión, el empleo y las industrias siderúrgicas.[38] La construcción de caminos y de medios que facilitasen el transporte era una idea central en el pensamiento sansimoniano y Napoleón III reprodujo su política de construcción de grandes obras en el ámbito internacional. Los ejemplos más significativos de esto son la construcción del canal de Suez, el primer túnel alpino bajo

[34] Alain Plessis, *op. cit.,* p. 19.
[35] Guy Palmade, *op. cit.*
[36] Alain Plessis, *ibid.*, p. 26-28.
[37] Albert Guérard, *op. cit.,* capítulo IX.
[38] William Herbert Cecil Smith, *op. cit.,* capítulo II.

el Monte Cenis y el proyecto de un canal interoceánico que uniera el Pacífico y el Atlántico en América Central.[39]

El sansimonismo del Emperador también quedó plasmado en su intento por impulsar la creación de entidades bancarias para financiar la industrialización del país. Hubo bajo el Segundo Imperio francés una notable proliferación de instituciones financieras: en 1852 se crearon Crédit foncier y Crédit mobilier (esta institución de los hermanos Pereire, ambos sansimonianos, fue de suma importancia durante el Segundo Imperio francés), en 1859 se creó Crédit industriel, en 1963 nació Crédit lyonnais y en 1964 surgió la Société générale pour favoriser le développement du commerce et de l'industrie en France.[40] El surgimiento de estas instituciones crediticias puede interpretarse como el deseo de Napoleón III de democratizar el crédito, hacerlo más accesible y hacer que los bancos estuviesen al servicio del crecimiento industrial en Francia. Se trata de un tipo particular de bancos que surgió precisamente a mediados del siglo XIX; era una novedad a la que se llamó "compañía financiera".[41] A diferencia de los bancos tradicionales, estas nuevas entidades eran corporaciones con grandes cantidades disponibles de capital cuyo objetivo central fue la inversión financiera en grandes obras como los ferrocarriles para satisfacer las necesidades de la industria. Es necesario destacar tres aspectos fundamentales de las nuevas compañías financieras: primero, que el gobierno del Segundo Imperio francés propició su surgimiento, les facilitó concesiones para la construcción de obras públicas y llegó a participar en acciones de varias de ellas (Crédit industriel, por ejemplo, se creó por decreto imperial). Segundo, otorgaron créditos a un público mucho mayor que el de los bancos más viejos;

[39] Albert Guérard, *ibid.*
[40] *Ibid.*
[41] David S. Landes, *Bankers and Pashas. International Finance and Economic Imperialism in Egypt,* Nueva York, Harper Torchbooks, 1969, capítulo II.

procuraron hacer llegar el crédito a "las masas" para contar con los capitales de nuevos ahorradores e inversionistas potenciales, lo que se llamó la "democratización del crédito". Se trataba de una nueva manera de hacer negocios, pues se tenían pequeños clientes a la vez que se concedían préstamos al gobierno para construir la infraestructura del país, reinvirtiendo constantemente los fondos en nuevos proyectos.[42] Tercero, varias de estas nuevas entidades financieras fueron fundadas, o contaron con la importante participación de sansimonianos, como fue el caso de Crédit mobilier y de Crédit lyonnais. Quizás puede verse en estas nuevas compañías crediticias una forma de banco que surgió para responder específicamente a la industrialización francesa (no tuvieron tanto éxito en Gran Bretaña, ya industrializada)[43], por lo que no resulta extraño que fuesen dirigidas por personajes que creían en una doctrina que parecía haber sido formulada también particularmente para la industrialización de Francia, el sansimonismo. Y, como reza ese credo, hubo una estrecha colaboración entre estos nuevos empresarios y el gobierno: los primeros eran un actor central en la política industrializadora de Napoleón III, a quien otorgaban préstamos, y el emperador a cambio daba concesiones (y, como se verá en el tercer capítulo, brindaba presión diplomática para que se les cediesen privilegios en países fuera de Europa).

Al objetivo de Napoleón III de industrializar Francia siempre le acompañó su deseo de aumentar la prosperidad de los franceses y el bienestar de las clases trabajadoras. Vio a la industria como una condición *sine qua non* para alcanzar el progreso social, como los sansimonianos, pero también sintió el deber de reglamentar algunas de sus consecuencias.[44] El Emperador promovió medidas como la creación de sociedades cooperativas, subsidios para ayudar a enfermos, casas para trabajadores

[42] *Ibid.*
[43] *Ibid.*
[44] Alain Plessis, *op. cit.* p. 19.

accidentados, todo para satisfacer las necesidades de las clases trabajadoras. Además, impulsó una legislación que permitió la formación de uniones comerciales y que garantizó el derecho a huelga de los trabajadores.[45] En realidad toda esta política que algunos califican de "socialismo de Estado" estaba en armonía con las ideas sansimonianas, pues el objetivo del emperador era el de erigirse como árbitro entre capitalistas y trabajadores y crear consenso dentro de la sociedad francesa para promover el desarrollo de la industria en beneficio de todos los franceses en conjunto.[46]

Finalmente, el tratado comercial entre Francia y Gran Bretaña de 1860 fue un acto de autoridad del Emperador.[47] Los propósitos de este tratado fueron dos: por una parte, se quiso obligar a la industria francesa a competir con la industria británica para que se modernizara y para que la brecha económica entre los dos países se redujera y, por otra parte, se procuró bajar los precios para abaratar el costo de la vida y para que las "masas" tuvieran mayor acceso a ciertos productos.[48] Por supuesto, fue un tratado muy impopular en Francia, pues en aquel momento prevalecían las ideas proteccionistas, además de que el tratado se negoció en secreto, pero Napoleón III tenía pensado compensar la desequilibrada competencia entre ambos países mediante sus grandes proyectos de obras públicas.[49] Fue un tratado en sintonía con la doctrina sansimoniana de reducir las barreras arancelarias y de hecho fue negociado por Michel Chevalier, consejero sansimoniano del emperador.

Guy Palmade dice: "El emperador en su tiempo es uno de los hombres de Estado más abiertos a los problemas del porvenir del siglo XIX. Tiene una gran idea económica: desarrollar la civilización industrial para difundir el progreso material y

---

[45] William Herbert Cecil Smith, *ibid.*
[46] *Ibid.*
[47] Guy Palmade, *op. cit.*
[48] Arthur Louis Dunham, *op. cit.,* introducción.
[49] Guy Palmade, *ibid.*

resolver la cuestión social." [50] Albert Guérard sugiere que Napoleón III comprendió que el mundo iba a ser esencialmente industrial[51] y Alain Plessis dice que fue un progresista que se interesó por las masas y que, al percibir los cambios de su tiempo, quiso dar respuesta a los problemas de su época.[52] El mismo Plessis advierte, no obstante, que no sirve de mucho clasificar al Emperador dentro de una escuela particular de pensamiento económico y social, pues se ha visto en él la influencia de liberales ingleses, se le llegó a designar como un "César sansimoniano" y él mismo se autodenominaba como socialista.[53] Aún así, si bien no cabe duda que él habrá hecho sus propias síntesis teóricas para llevar a cabo lo que más le interesaba, se ha intentado demostrar aquí que las ideas sansimonianas tuvieron una innegable influencia en Napoleón III y que contribuyeron a dar forma a su manera de percibir el mundo y su época. Ahora bien, si se quiere hablar del emperador y de su carácter sansimoniano, no se puede pasar por alto su excelente relación con Michel Chevalier, el más sansimoniano de los hombres del Segundo Imperio francés.

Michel Chevalier, consejero personal de Napoleón III y miembro del Consejo de Estado de su gobierno,[54] estudió en la Escuela Politécnica de París y, al interesarle la aplicación de la ciencia a la industria, trabajó como ingeniero de minas en la ciudad de Lille. En 1829 ayudó a Auguste Comte a revivir el periódico fundado por Saint-Simon en 1819, *L'Organisateur*. Chevalier fue parte de un grupo de sansimonianos que el

[50] *Ibid.*
[51] Albert Guérard, *op.cit.* capítulo IX.
[52] Alain Plessis, *op. cit.,* p. 17.
[53] *Ibid.*, pp. 18-19.
[54] Ana Rosa Suárez Argüello, *Napoleón III y William M. Gwin: el fracaso de sus planes de colonización en el noroeste de México,* Tesis de licenciatura, México, UNAM, 1980, p. 17.

gobierno encarceló un año en 1832 por discutir temas como la abolición de la propiedad privada y la liberalización del matrimonio.[55]

Al salir de prisión, el gobierno francés (Thiers, entonces Ministro del Interior) envió a Chevalier a estudiar el desarrollo del sistema de ferrocarriles en Estados Unidos, donde permaneció dos años. Aprovechó su viaje al otro lado del Atlántico para visitar México, lo que inspiró una obra de suma importancia para el presente estudio: *Le Mexique ancien et moderne* (México antiguo y moderno). En 1836, ya instalado de nuevo en Francia, participó en la *Revue des deux mondes* (Revista de los dos mundos) y en 1838 publicó *Des intérêts matériels en France. Routes, canaux et chemins de fer* (De los intereses materiales en Francia. Caminos, canales y ferrocarriles), obra donde expuso la necesidad de construir vías de comunicación por agua y tierra, entre otras cosas.[56] En 1840 obtuvo la cátedra de profesor de economía política en el Collège de France y ocupó dicho puesto durante doce años. Fue nombrado senador en 1869, ya a finales del imperio. Es importante decir que Chevalier vio la importancia de que un gobierno fuerte dirigiera las reformas económicas y sociales así como obras públicas de infraestructura, de dónde su apoyo al gobierno de Napoleón III.[57]

Precisamente uno de sus mayores logros durante el Segundo Imperio francés fue la negociación del tratado franco-británico de comercio de 1860, también llamado "Cobden-Chevalier". La celebración de ese tratado fue un acto de autoridad del emperador, quien hizo que Chevalier negociara el tratado con la máxima discreción posible. De hecho, es posible que el tratado mismo fuese una propuesta de Chevalier, quien habría convencido a Napoleón III de respaldarlo. El secretismo alrededor del

---

[55] Arthur Louis Dunham, *op. cit.,* capítulo II.

[56] Michel Chevalier, *Des intérêts matériels en France. Routes, canaux et chemins de fer,* en http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k85819f/f20.image

[57] Dunham, *ibid.*

tratado que negoció Chevalier con el inglés Richard Cobden se debió a la amplia oposición de la opinión pública a reducir los aranceles. Pero al tener el régimen un sello autoritario, bastó la autoridad del Emperador para firmar y promulgar el tratado que él quisiese. A ojos de Chevalier, era preciso combatir el arraigado proteccionismo francés para reducir la brecha que separaba el nivel de desarrollo de las industrias británica y francesa. En 1852 publicó *Examen du système commercial connu sous le nom de système protecteur,* libro que dedicó exclusivamente para criticar el proteccionismo presente en el Consejo Superior de Comercio y explicar las ventajas que obtendría Francia si se reducían las barreras arancelarias. Sobre todo, decía Chevalier, era necesario liberalizar el comercio de alimentos, materias primas, carbón, algodón, lana, cáñamo, seda y acero (principales insumos industriales). El tratado estuvo vigente hasta el año de 1882.[58]

En esta parte se ha querido demostrar que las ideas sansimonianas tuvieron amplia importancia durante el Segundo Imperio francés; puede decirse que fue la doctrina del régimen. Es relevante comprender este credo por una razón: tuvo una amplia influencia en la manera en que el emperador comprendió a su país y al mundo. Como se verá más adelante, la idea de construir un canal en América Central puede interpretarse como un intento de Napoleón III por hacer que Francia trasladase los proyectos sansimonianos a escala mundial. Se ha visto hasta qué punto las obras de infraestructura que facilitaran el transporte como los ferrocarriles y los canales eran centrales para esta corriente de pensamiento para hacer más sencillo el traslado de mercancías necesarias para el desarrollo industrial. El hacer de México un país bajo influencia gala facilitaría detener el peso geopolítico de Estados Unidos en la región, lo

[58] *Ibid.*

que allanaría la posibilidad de construir un canal en América Central o en el istmo de Tehuantepec bajo tutela francesa.

II.- MÉXICO Y EL PROYECTO DE UN CANAL TRANSOCEÁNICO EN AMÉRICA CENTRAL

A mediados del siglo XIX se multiplicaba la construcción de ferrocarriles y de canales navegables en Europa y en Estados Unidos, con el fin de favorecer el intercambio comercial y el transporte de materias primas. Esta revolución en las vías de comunicación era precisamente uno de los pilares del sansimonismo para lograr que la distancia fuera cada vez menos un obstáculo para el contacto entre personas de regiones geográficas lejanas y, sobre todo, para propulsar el desarrollo de la industria. Durante su viaje por Estados Unidos, Michel Chevalier fue testigo del funcionamiento de varios canales, como el de Erie en Nueva York (es autor de una obra que llamó *Histoire et description des voies de communication aux États-Unis*). Esto le sirvió de inspiración para escribir a su regreso *Des intérêts matériels en France. Routes, canaux et chemins de fer*, donde pugnó por la construcción de vías de comunicación en Francia, entre ellas canales navegables que uniesen las cuencas hidrográficas de los principales ríos que desembocaran en el Atlántico y en el Mediterráneo.[59] El mismo Saint-Simon había estado en Madrid en 1787 para proponer la financiación y la construcción de un canal que atravesara España[60] (seguramente uno que uniese el Mediterráneo con el Golfo de Vizcaya a través del Ebro, ya que una vía navegable más al sur sería obsoleta dada la proximidad del estrecho de Gibraltar). A continuación se estudia el proyecto de abrir un paso transoceánico en América Central durante el Segundo Imperio francés, ambición

[59] Michel Chevalier, *op. cit.*, p. 52.
[60] Ghita Ionescu, *op. cit.,* introducción.

personal de Napoleón III y de Michel Chevalier, con un claro tinte sansimoniano. La Intervención francesa en México tenía entonces un claro fin geopolítico: que el país fungiese como dique de contención al poder estadounidense, lo que permitiría a Francia llevar a cabo el canal y extender su influencia en la cuenca caribeña.

Napoleón III se había interesado en la posibilidad de unir los océanos Atlántico y Pacífico desde su juventud, bastante antes de llegar al poder.[61] Mientras estuvo recluso en la fortaleza de Ham pensó llevar a cabo su ambición en Nicaragua. Incluso en 1846 escribió un texto acerca del asunto, *Le canal de Nicaragua*. Contactó a diplomáticos centroamericanos, Francisco Castellón y José de Marcoleta, a quienes les interesó el proyecto. Ellos procuraron negociar la liberación de Luis Napoleón, después de que el 20 de abril de 1846 Marcoleta y el príncipe hubiesen firmado un contrato para concretar la obra.[62] No lo consiguieron pero el futuro emperador se escapó de Ham ese mismo año.[63] El documento que escribió Luis Napoleón tenía una claro cariz sansimoniano, pues había leído escritos de Prosper Enfantin, gran promotor del canal de Suez, y en el texto citó a Michel Chevalier.[64] Este sansimoniano, que más tarde habría de ser uno de los personajes más cercanos al emperador durante el Segundo Imperio, había escrito en 1844 un breve libro llamado *L'Isthme de Panama, suivi d'un aperçu sur l'isthme de Suez*. En él, Chevalier estudia cinco puntos geográficos de América Central donde él creía conveniente abrir un canal transoceánico: el istmo de Tehuantepec, el golfo de Honduras, Nicaragua (a través del río San Juan y el lago

[61] Albert Guérard, *op. cit.,* capítulo X.
[62] http://www.cancilleria.gob.ni/leyes/ordenes/ojm_b1.shtml
[63] Egon Caesar Conte Corti, *Maximiliano y Carlota,* México, Fondo de Cultura Económica, 2004, p. 34.
[64] Jean Meyer, Jean Tarrade, Annie Rey-Goldzeiguer y Jacques Thobie, *op. cit.* p. 389.

Nicaragua), el istmo de Panamá y finalmente el istmo donde termina América Central y comienza América del Sur, conocido como Región de Darién.[65] Después de describir las ambiciones por encontrar un estrecho en América, desde navegantes españoles y portugueses hasta Alexander von Humboldt, Chevalier habla de las ventajas de abrir un canal en la región: para los europeos, además del acceso a China, Japón y Asia en general (mismo que mejoraría con la apertura del Suez), el beneficio estaría primordialmente en una vía más rápida hacia toda la costa occidental de América, lo que beneficiaría igualmente, dice, a Estados Unidos para colonizar más rápido el entones recién adquirido oeste. Además, señala que el istmo se transformaría en un cruce de caminos donde convergerían todos los productos de América y de las Antillas, lo que tendría un alto impacto positivo en la región. Por ejemplo, sobre un canal en Tehuantepec dice:

> Una buena ruta, larga de veinticinco leguas en el istmo de Tehuantepec, entre el puerto de Tehuantepec y el Guasacoalco [el río Coatzacoalcos], ahí donde es constantemente navegable, induciría una revolución más allá del istmo. Todo el imperio mexicano sentiría su afortunada influencia; no sólo veríamos los cultivos de las tierras fértiles y salubres del interior del istmo renacer y la planicie de Tehuantepec cubrirse por segunda vez de sus ricas plantaciones que la embellecían antes de la conquista y de los bucaneros, sino todas las relaciones entre el litoral oriental y el occidental se transformarían. La corriente europea se derramaría entonces sobre el oeste de México, mismo que hoy le es inaccesible.[66]

[65] Michel Chevalier, *L'Isthme de Panama, suivi d'un aperçu sur l'isthme de Suez,* en http://fliiby.com/file/234966/i57rhaytx3.html

[66] *Ibid.,* capítulo III (la traducción es mía).

Chevalier dedica en *L'Isthme de Panama* un capítulo a cada uno de los puntos geográficos mencionados, haciendo un estudio de la topografía y de la hidrografía para señalar los pros y las dificultades de cada opción. Después de descartar tanto el golfo de Honduras como el istmo de Darién como posibles lugares para abrir un canal, debido a los inconvenientes geográficos que presentan, Chevalier se decanta por las opciones de Nicaragua y de Panamá, haciendo un llamado a la coordinación entre Francia, Inglaterra y Estados Unidos para emprender más estudios en la región y llevar a cabo la obra del canal transoceánico.[67] En sus conclusiones no hace referencia al istmo de Tehuantepec, es decir, no se inclina a favor de hacer allí un canal, pero tampoco desecha esa posibilidad. En el capítulo que dedica a este lugar habla de los potenciales beneficios de un canal en la región y se limita a concluir que el proyecto había cobrado interés en México desde que el gobierno mexicano había otorgado una concesión a José de Garay para ponerse al frente de la empresa…[68]

El proyecto mexicano por Tehuantepec comenzó en marzo de 1824, cuando "Antonio López de Santa Anna otorgó a José de Garay el derecho exclusivo para abrir una vía transoceánica por el istmo [...], con la ambición de convertir a la República mexicana en el «centro del comercio y de la navegación de todas las naciones». La ruta debía aprovechar los ríos y, cuando no los hubiera, verificarse por medio de un ferrocarril, y ser neutral y abierta para el mundo entero."[69] El señor Garay obtenía así la posibilidad de cobrar los derechos de tránsito por 50 años, el derecho de colonizar con extranjeros la zona por donde fuera a pasar el canal y otros beneficios.[70] No obstante,

---

[67] *Ibid.,* capítulo X.
[68] *Ibid.* capítulo V.
[69] Ana Rosa Suárez Argüello, *La batalla por Tehuantepec: el peso de los intereses privados en la relación México-Estados Unidos, 1848-1854,* México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 2003, p. 22.
[70] *Ibid.*

México entró en guerra con Estados Unidos y Garay no había para entonces logrado juntar los capitales necesarios para llevar a cabo el proyecto, por lo que decidió compartir sus obligaciones y ventajas con un negocio británico, Manning y Mackintosh.[71] Esta empresa negoció ceder su parte de los privilegios a Nicholas Trist, el comisionado estadounidense para la paz, quien extendió un poder para vender la concesión a Hargous Brothers de Nueva York.[72]

Garay llegó a un acuerdo con los empresarios estadounidenses de origen francés, Peter Amédée Hargous y Louis Eugène H. para formar una compañía que se encargase de colonizar el istmo con extranjeros y llevar a cabo el proyecto.[73] El ministro mexicano en Washington se percató del peligro que significaba el proyecto para México, pues invitaba a Estados Unidos a intervenir nuevamente en los asuntos mexicanos, además de la posibilidad de que los colonos fuesen a proclamarse independientes.[74]

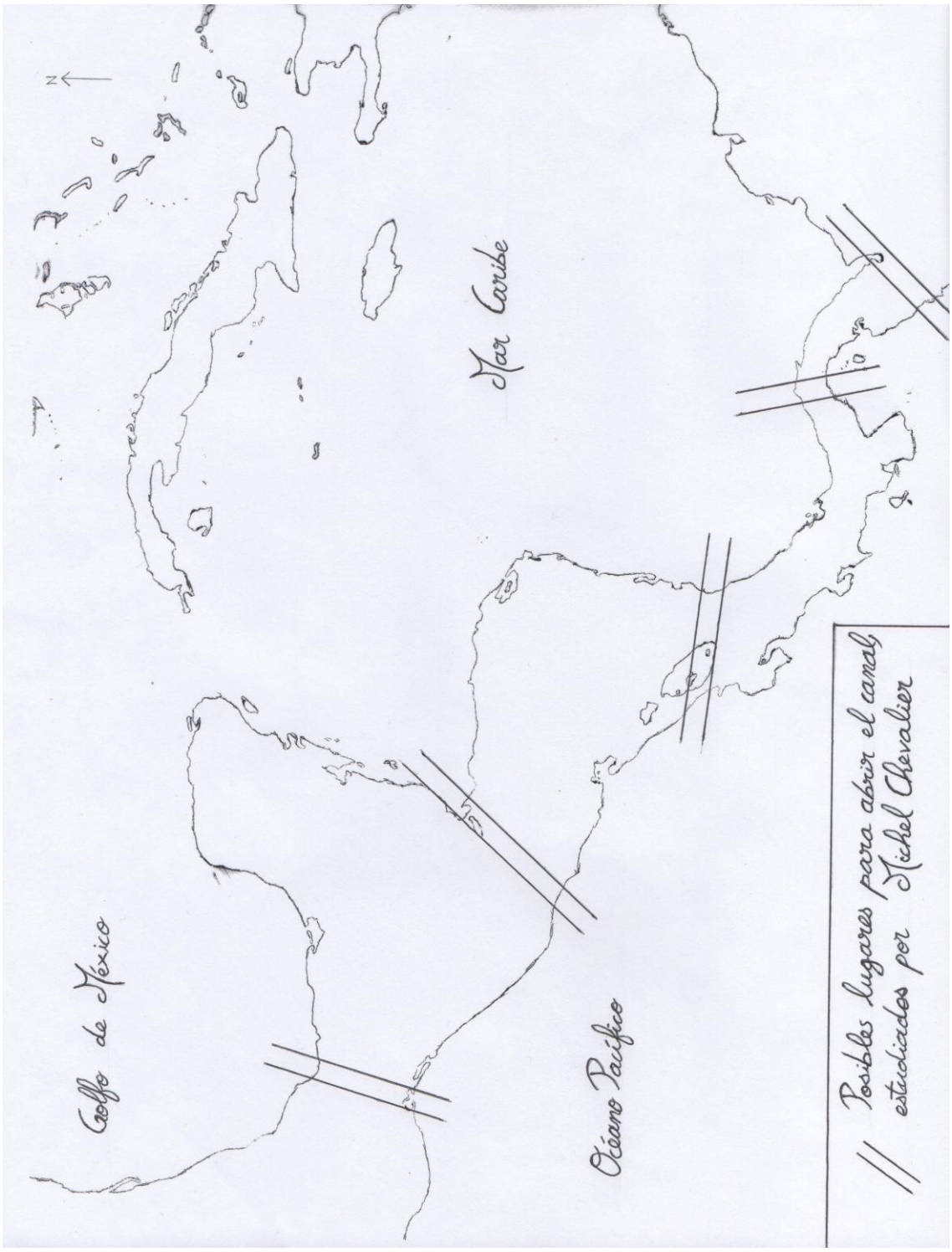
La historiadora Ana Rosa Suárez dice que "Estados Unidos se había mostrado atraído por la idea de construir una comunicación entre el Atlántico y el Pacífico desde la década de 1820, cuando tanto el gobierno como algunos particulares abrieron los ojos a las posibilidades que ofrecían Nicaragua y Panamá. Un impulso fue el deseo de incrementar el comercio con Asia, que se veía obligado a utilizar la muy larga y peligrosa ruta por el cabo de Hornos." [75] De hecho, durante la guerra el presidente estadounidense James Polk exigió que el derecho de tránsito por Tehuantepec fuese una condición para la paz, pero Nicholas Trist terminó por ceder ante la firme oposición de los negociantes mexicanos, lo que causó cierta indignación en Estados Unidos. A esto debe añadirse el hecho de que nacía entonces la fiebre del oro en California y que un

[71] *Ibid.,* p. 25.
[72] *Ibid.,* p. 28.
[73] *Ibid.,* p. 28-29.
[74] *Ibid.,* p. 30.
[75] *Ibid.,* p. 32.

paso interoceánico facilitaría la llegada a la recién adquirida costa pacífica.[76] Por supuesto, dentro de las opciones, la del istmo de Tehuantepec era la que ofrecía la ruta más corta.

Los hermanos Hargous estaban vinculados de varias formas con México. Uno de ellos, Louis Eugène, llegó a ser cónsul de Estados Unidos en Veracruz, lo que le permitió establecer nexos con la élite económica y política del país.[77] Al sumarse al proyecto de Garay y hacerse copropietarios de la concesión, los Hargous tuvieron que ganar terreno ante los proyectos rivales de Nicaragua y Panamá, que comenzaron a recibir apoyo político después de la guerra.[78]

[76] *Ibid.,* p. 35.
[77] *Ibid.,* p. 40.
[78] *Ibid.,* p. 49.



Mapa I: Puntos geográficos estudiados por Michel Chevalier en *L'Isthme de Panama* para abrir un canal transoceánico. De estos, descarta el de Honduras y el de Darién.

El proyecto de Tehuantepec comenzó a mediados de siglo a estar estrechamente vinculado con la ciudad de Nueva Orleáns, la ciudad meridional de Estados Unidos de mayor importancia en aquel entonces. Había una creciente rivalidad entre esa ciudad y el noreste de Estados Unidos, en especial Nueva York, rivalidad comercial que también se enmarcaba en la creciente adversidad entre el Norte y el Sur por extender su influencia en los territorios recién adquiridos al oeste.[79] En Nueva Orleáns surgieron propuestas para evitar que Nueva York y todo el norte opacasen su importancia comercial. Suárez dice: "Una de esas propuestas fue la de sacar el máximo partido a los mercados de la cuenca del Golfo-Caribe así como de Oregon, California y el este de Asia a través de un paso ístmico, de preferencia situado en el territorio más próximo, México, antes que Nicaragua o Panamá, áreas defendidas por una competidora poderosa como era Nueva York." [80] En pocas palabras, se llegó a la idea de que el destino comercial de la ciudad estaba ligado a la construcción de un canal o de un ferrocarril en el istmo mexicano, pues los demás proyectos los defendía la ciudad rival, Nueva York. Un personaje que promovió esta idea fue Judah P. Benjamin, senador *whig* por Luisiana quien más tarde sería secretario de Estado y de Guerra de la Confederación del Sur. Este hombre formaría con varios habitantes de la ciudad sureña el Comité Permanente de Ciudadanos de Nueva Orleáns, cuya finalidad sería asociarse con Peter Amédée Hargous y con Garay para llevar a cabo el proyecto tehuano.[81] Así nació la Tehuantepec Railroad Company.

Para no abundar en los detalles, el desenlace de este episodio puede resumirse de la siguiente manera: el presidente José Joaquín de Herrera quiso colaborar con el gobierno estadounidense para que la recién formada compañía llevase a cabo la obra,

[79] *Ibid.,* p. 59.
[80] *Ibid.,* pp. 59-60.
[81] *Ibid.,* pp. 62-63.

pero la opinión pública mexicana era profundamente adversa al proyecto, pues el recuerdo de Texas estaba muy fresco y se temió por una posible pérdida de Chiapas, Oaxaca, Veracruz, Tabasco y Yucatán.[82] A final de cuentas el gobierno mexicano consideró que la concesión de Garay había caducado desde 1848 y prohibió que se hiciese cualquier proyecto o desembarco en el istmo. Al querer mantener la soberanía pero consciente de la debilidad del país, el gobierno organizó un concurso para llevar a cabo el proyecto y en 1853 aceptó el del ciudadano de Nueva Orleáns, A. G. Sloo, pero la empresa no se concretó porque se exigía un depósito de gran magnitud. Fue un tema de fricción con Estados Unidos pero México logró salvaguardar su soberanía sobre el istmo de Tehuantepec, donde no se llevó a cabo obra alguna.[83]

La importancia de este episodio en la relación entre Estados Unidos y México para el presente estudio reside en que sentó un precedente importante para la ambición francesa de construir un canal en América Central. Muy posiblemente los ministros y cónsules franceses en México y su vecino del norte habrán informado a su gobierno sobre estos proyectos, tanto en Tehuantepec como en Nicaragua y Panamá. De hecho, aunque en Francia se daba mayor importancia al proyecto nicaragüense y al panameño, siempre se barajó la posibilidad de hacerlo en Tehuantepec. De cualquier modo, cuando estalló la Guerra Civil estadounidense y aumentaron las posibilidades de Napoleón III para intervenir en México, probablemente el gobierno francés comenzó a prestar mayor atención al proyecto tehuano.

[82] *Ibid.,* p. 75.

[83] Josefina Zoraida Vázquez y Lorenzo Meyer, *México frente a Estados Unidos. Un ensayo histórico, 1776-2000*, México, Fondo de Cultura Económica, 2006, p.76.

A un año de comenzada la Intervención francesa en México, en 1863, Michel Chevalier publicó un libro llamado *Le Mexique ancien et moderne.* Se trata de un texto de gran interés por dos cuestiones principales: la primera es que, después de repasar la historia de México e interpretarla a su manera, el autor expone las razones que considera más importantes de la intervención. Es posible distinguir ciertos prejuicios y supuestos en el documento que resultan reveladores para comprender la visión que Chevalier tenía de México. La segunda cuestión es que puede suponerse que el emperador compartía en gran medida esta visión, ya que ambos personajes tenían una relación muy estrecha. No sólo Napoleón III lo admiraba ya que había estudiado sus textos durante su estancia en Ham, sino además ambos habían desarrollado una relación de gran confianza, al haber sido Chevalier el negociador elegido personalmente por el emperador para la celebración del tratado de 1860 con Inglaterra, así como su consejero personal. No es descabellado aventurar la hipótesis de que Napoleón III hubiera encargado a su amigo sansimoniano escribir *Le Mexique ancien et moderne* para procurar explicar, a comienzos de la intervención, los motivos de ésta.

En cuanto al canal transoceánico, Chevalier dice que el istmo de Panamá ofrece depresiones pronunciadas "que parecen invitar a la industria humana a emprender, aprovechándose de estas facilidades, la unión tan deseada de los dos océanos." [84] Luego, al hablar de los privilegios de la geografía mexicana, dice que uno de ellos "es que los dos océanos se hallan muy próximos uno de otro. La anchura del continente hacia Tehuantepec en dirección de Veracruz, se reduce a 22 kilómetros." [85]

> Entre las direcciones numerosas, según las cuales se ha proyectado atravesar la calzada de 2300 kilómetros de extensión que une el continente de la América meridional con la América

[84] Michel Chevalier, *México antiguo y moderno*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983, p. 328.

[85] *Ibid.,* p. 363.

septentrional y que se llama istmo de Panamá, el pasaje por el Cuatzacoalco a Tehuantepec es el más septentrional de todos y el más asequible a Europa y a los Estados Unidos. [...] Nada sería más fácil que hacer atravesar por aquí un *camino de hierro* [un ferrocarril]. [86]

Aunado al proyecto francés de hacer un canal transoceánico en América Central, es curioso notar que a partir de esa ambición de Napoleón III y de los sansimonianos nació el interés de Francia por la entonces mexicana Isla de la Pasión, hoy en día Clipperton. El investigador Miguel González explica al respecto lo siguiente:

El origen del interés de Francia por la isla nació a mediados del siglo pasado. Hay seguramente más de una causa para el apetito de tener a Clipperton como territorio propio, y entre ellas el antiguo interés de los franceses por abrir una ruta marítima en el istmo centroamericano. Dentro de este propósito, en efecto, Clipperton es un punto relativamente cercano a la ruta del posible canal. [...] Evocando este objetivo original, un escritor francés escribía a principios de este siglo: «Un pequeño islote que va a desempeñar un importante papel cuando quede concluido el canal de Panamá –razón por la cual las potencias se lo disputan desde ahora- es nuestra pequeña colonia de Clipperton, perdida en el Pacífico [...]. Todo el valor de Clipperton –agregaba-, está en su situación estratégica porque este islote es, por lo demás, pobre.» [87]

El historiador de la Isla de la Pasión dice que un negociante de El Havre, Lockhart, reveló a Napoleón III la ubicación de la isla a cambio de que se le permitiese explotar exclusivamente los depósitos de guano que ahí habían, y así el 22 de noviembre de 1858 el teniente Victor Le Coat De Kerwéguen tomó posesión de la isla en nombre del Emperador. Después de este fugaz acontecimiento, Francia no mostró interés por la Isla de la Pasión sino hasta cuarenta años después.[88]

[86] *Ibid.,* p. 363.
[87] Miguel González Avelar, *Clipperton, isla mexicana,* México, Fondo de Cultura Económica, 1992, pp. 19-20.
[88] *Ibid.,* pp. 20-21.

Por último, no queda más que aportar evidencia de la importancia que otorgaba el propio Napoleón III a la cuestión del canal. En su carta al general Forey, fechada el 3 de julio de 1862, el emperador expone parte de los intereses franceses en México. Entre ellos, cita uno de gran contenido geopolítico:

> Está en nuestro interés el que la república de los Estados Unidos sea poderosa y próspera; pero no está en nuestro interés el que se apodere de todo el golfo de México, domine desde ahí las Antillas y América del Sur, y sea la única dispensadora de los productos del Nuevo Mundo. Ama de México, y por consiguiente de América Central y del paso entre los dos mares, no habría entonces otro poder en América más que el de Estados Unidos.[89]

Más adelante, el emperador explica que si Francia llegara a salvaguardar la independencia de un México bien gobernado, aseguraría así su influencia en América Central, misma que irradiaría tanto hacia el norte como hacia el sur, lo que beneficiaría a la industria francesa.[90]

La antepenúltima carta que envió el emperador mexicano, Maximiliano I, a Napoleón III (o por lo menos de las últimas que se han encontrado de ese intercambio epistolar), fechada el 28 de agosto de 1866 (cuando el Segundo Imperio mexicano se veía inmerso en dificultades económicas y militares) también da cuenta la enorme prioridad que tenía el paso transoceánico en América Central para el emperador francés:

> Señor mi hermano,
>
> Compañías americanas [estadounidenses] solicitan la concesión del canal y del ferrocarril de Tehuantepec. Quieren, entre otras cosas, colonizar seis millas de acres que se encuentran a caballo sobre la comunicación. Podría sacar de las concesiones por hacer unos cuarenta millones de francos, para las necesidades de mi gobierno. Antes de decidir, me ha parecido indispensable consultar a Su Majestad. Hay un gran interés europeo, sobre todo francés, en

[89] http://musee.sitemestre.fr/6001/html/histoire/texte_lettre_a_forey.html (la traducción es mía).

[90] *Ibid.*

> la posesión de Tehuantepec; quizás podríamos dejarlo en manos francesas en las condiciones ofrecidas. Otorgo a esa concesión una importancia inmensa, y ruego a Su Majestad decirme lo que piensa al respecto. Negociaré con las compañías americanas, si Europa no quiere abrir Tehuantepec como abrió el istmo de Suez. Soy de Su Majestad
>
> el buen hermano
>
> Maximiliano.[91]

Esta carta muestra que Maximiliano I sabía que el paso transoceánico, en este caso en Tehuantepec, era un interés europeo en general y francés en particular en México. También comprueba la alta importancia que tenía el proyecto para Napoleón III, pues es razonable pensar que si era un motivo fundamental de la Intervención francesa en México, el soberano francés muy probablemente habría tratado el asunto con Maximiliano en otra ocasión. Por eso pide el emperador mexicano al mandatario francés su opinión, porque sabe que es un asunto que le interesa mucho.

III.- CANALES NAVEGABLES: UN INSTRUMENTO PARA LA ARTICULACIÓN DE LA NACIENTE ECONOMÍA-MUNDO

El proyecto de construir un canal en América Central, tan codiciado tanto por Napoleón III como por su amigo y consejero Michel Chevalier, puede interpretarse como el traslado de la política sansimoniana del emperador al ámbito mundial. Ahora bien, la Intervención francesa en México y la ambición del paso transoceánico deben verse como un elemento dentro de una política más amplia, cuya contraparte fue la llamada "política mediterránea" del Segundo Imperio francés y la apertura del canal de Suez en

[91] Carta citada del apéndice de Egon Caesar Conte Corti, *op. cit.*, pp. 679-680 (la traducción es mía).

Egipto. La construcción de estos dos canales navegables forma parte de un mismo proyecto geopolítico de clara inspiración sansimoniana, es decir, la articulación de las distintas zonas geográficas del mundo en un sistema económico mundial organizado según las necesidades de la industria.

El Segundo Imperio francés tuvo una política exterior especialmente importante en la cuenca del Mediterráneo, acaso por la idea napoleónica de hacer de ese mar un "lago francés".[92] Hubo en particular una cierta rivalidad con el Imperio otomano, pues Constantinopla dominaba entonces el Mediterráneo oriental, el Levante y buena parte del norte de África (además de la península balcánica). Napoleón III no sólo prosiguió con la colonización de Argelia, iniciada en 1830, sino además intervino en el Levante (sobre todo en el Líbano) con la excusa de proteger a la comunidad cristiana maronita y procuró hacer de Túnez un área de influencia francesa.[93] No obstante, el centro de esta gran política mediterránea, o su pieza más importante, fue la apertura del canal de Suez.

Cabe decir que, aunque la unión del Mediterráneo con el Mar Rojo fue una anhelo desde la Antigüedad y a pesar de que Francia se interesó en esa posibilidad desde tiempos de Luis XIV,[94] los primeros en querer llevar a cabo la obra fueron los sansimonianos. Un grupo bajo la dirección del *père* Prosper Enfantin, y posteriormente de los Talabot, emprendió estudios en la región para abrir ahí un canal. En 1846 este grupo regresó a París para formar una Sociedad de estudios para el canal de Suez y hacer propaganda a favor de su idea, con el fin de conseguir apoyo de los medios políticos y financieros.[95] No obstante, la crisis de 1848 puso fin a esta asociación.

---

[92] Jean Meyer, Jean Tarrade, Annie Rey-Goldzeiguer y Jacques Thobie, *op. cit.,* p. 443.
[93] *Ibid.,* pp. 442-477.
[94] *Ibid.,* pp. 444-445.
[95] *Ibid.*

Esto cambiaría en 1854 con la sinergia entre un gran emprendedor, el sansimoniano Ferdinand de Lesseps, y el propio Napoleón III. El emperador, quien años antes ya se había interesado en el canal centroamericano durante su estancia en Ham, propuso a Lesseps convertir la vieja Sociedad de estudios para el canal de Suez en una Compañía universal que reuniera a hombres de Estado, negociadores y banqueros.[96] Sin embargo, el esfuerzo conjunto de Napoleón III y de Lesseps tuvo que hacer frente a la oposición turca e inglesa al proyecto[97] (Egipto era entonces un virreinato del Imperio otomano y a Gran Bretaña le preocupaba la expansión francesa en el Mediterráneo, en particular si el canal facilitaría a Francia el acceso a las indias, dominadas en gran medida por los ingleses). A pesar del desacuerdo de Londres y de Constantinopla, Ferdinand de Lesseps consiguió, gracias a su amistad con Sa'id Pasha, valí de Egipto (es decir, el virrey), una primera concesión de tierras en el istmo de Suez en 1854. Además, Lesseps combinó sus habilidades diplomáticas con sus ambiciones de visionario para emprender una gran campaña a favor de la construcción del canal, promoviéndola en Egipto, en Constantinopla ante el Sultán e incluso en Inglaterra ante el primer ministro, Lord Palmerston.[98] Cabe añadir que Napoleón III se involucró personalmente en este esfuerzo diplomático al ser el canal un asunto que ambicionaba, recurriendo a su propia autoridad para lograr llevar a cabo el proyecto.[99]

Hubo una muy buena sintonía entre estos dos personajes, pues ambos compartían una visión: la compañía de Lesseps servía a los intereses del emperador y éste le brindó todo su apoyo político y diplomático. En 1855 quedó establecida la Compañía universal del canal de Suez, con un consejo de administración que incluía al

---

[96] *Ibid.,* p. 445.
[97] David S. Landes, *op. cit.,* pp. 179-181.
[98] *Ibid.,* p. 176.
[99] Jean Meyer, Jean Tarrade, Annie Rey-Goldzeiguer y Jacques Thobie, *op. cit.,* p. 445-448.

viejo grupo de sansimonianos que habían hecho estudios preliminares. El 19 de mayo de 1855 el virrey Sa'id dio su visto bueno a que la compañía llevara a cabo los trabajos y que el Estado egipcio cediera los terrenos.[100] La construcción del canal de Suez era tan trascendental para el emperador francés que incluso la apoyó por dos vías: mediante la diplomacia oficial y una diplomacia informal y secreta en la que él intervenía personalmente.[101] Hubo una cierta tensión entre Lesseps y el sucesor de Sa'id, Ismail Pasha, y éste aceptó que Napoleón III liderara en 1864 una comisión de arbitraje para revisar las concesiones otorgadas al empresario francés. Ismail no podía permitirse ser radical en sus exigencias, pues sabía que los intereses del propio emperador estaban en juego.[102] En su arbitraje, Napoleón III naturalmente optó por dar continuidad al proyecto, intentando conciliarlo con los intereses egipcios.[103] Ismail no quedó satisfecho pero siguió otorgando privilegios a Lesseps (por ejemplo, exención de impuestos en productos consumidos por sus trabajadores) como manera de complacer indirectamente al emperador. La apertura del canal de Suez resultó ser un éxito de la política exterior de Napoleón III, pues se llevó a cabo la obra a pesar de la oposición de otras potencias gracias a la intensa actividad diplomática del emperador, pues era un anhelo personal. El primer desfile de barcos en Suez tuvo lugar en noviembre de 1869.[104] Después del triunfo del Suez, y ya varios años después del fin del Segundo Imperio francés, Ferdinand de Lesseps se interesó en la apertura del istmo de Panamá y formó una compañía con ese fin. No obstante, ésta quebró en 1889 y el canal en América Central no se llevaría a cabo sino hasta 1914 bajo la tutela de Estados Unidos, en Panamá, lo

[100] *Ibid.,* p. 446.
[101] *Ibid.,* p. 477.
[102] David S. Landes, *op. cit.,* p. 187.
[103] Jean Meyer, Jean Tarrade, Annie Rey-Goldzeiguer y Jacques Thobie, *op. cit.,* pp. 478-479.
[104] David S. Landes, *op. cit.,* p. 317.

que le permitió a Washington hacer lo que Napoleón III había querido para Francia años atrás: extender su influencia y sus redes financieras en toda América Central y el Caribe.[105] En cierto sentido, la historia dio la razón al emperador y a Chevalier: la empresa del canal en el continente americano estaba en el interés de toda Europa, pues si Estados Unidos resultaba ser la potencia que dirigiera la apertura del paso ístmico terminarían por hacer valer la doctrina Monroe y alejar la presencia europea en América…

Una de las ambiciones de los sansimonianos a escala internacional había sido la unión progresiva entre el Oriente y el Occidente en un mundo industrial.[106] Prueba de ello es el entusiasmo de varios de ellos, como Prosper Enfantin, con la colonización de Argelia. En ese territorio ven la posibilidad de poner en práctica varias de sus ideas, como la formación de corporaciones industriales regidas por el principio de asociación entre trabajadores y patrones, así como la construcción de grandes obras. El propósito era en parte hacer que Argelia entrase en el circuito económico moderno mediante la construcción de carreteras, ferrocarriles, la implantación del crédito y del libre intercambio.[107]

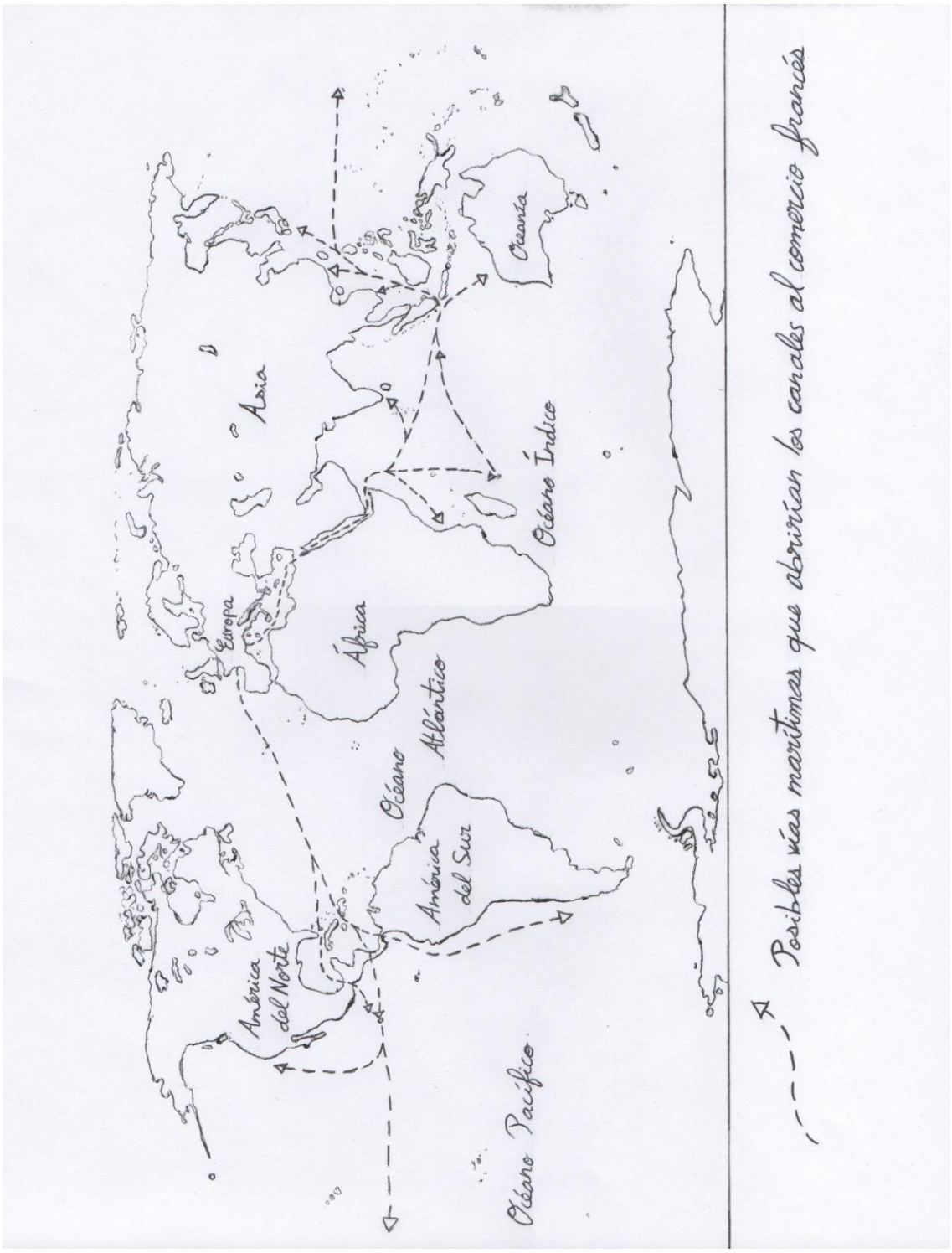
En este sentido, la construcción de los dos canales, el de Suez y el de América Central, tenía un objetivo similar a la de la "unión de Oriente y Occidente", es decir, el articular al mundo entero en ese circuito de producción industrial, en una economía-

[105] Jean Meyer, *Francia y América. Del siglo XVI al siglo XX,* Madrid, Editorial MAPFRE, 1992, p. 169.
[106] Jean Meyer, Jean Tarrade, Annie Rey-Goldzeiguer y Jacques Thobie, *op. cit.,* p. 387.
[107] *Ibid.,* p. 389.

mundo. Napoleón III quiso que Francia liderase este proceso para que el corazón del nuevo mundo industrial fuese París, cuya influencia habría de irradiar en el mundo entero. La producción industrial del planeta debería llevarse a cabo racionalmente con base en la técnica y el *savoir-faire* de los franceses.[108] Así Francia rivalizaría con el poderío británico, con una amplia presencia comercial en todos los mares y continentes.[109] La voluntad de hacer de París el centro del nuevo mundo, regido por la industria, se vio reflejada en las múltiples exposiciones universales que tuvieron lugar en París y en la política de prestigio del emperador[110] (misma que se expondrá en el tercer capítulo).

Se trata de un proyecto de evidente influencia sansimoniana, pero en el ámbito mundial. La cuestión era que Francia ejerciera una dominación simétrica en el Mediterráneo y en América.[111] La Intervención francesa en México, la construcción de un canal navegable en América Central o Tehuantepec y la voluntad de establecer en México y en el Caribe una zona de influencia francesa pueden verse como "la política americana" del Segundo Imperio francés. La contraparte fue la "política mediterránea", cuya pieza central fue el canal de Suez. Esta visión fue muy probablemente el elemento más importante de "la gran idea" de Napoleón III y un motivo central de la expedición a México. El Mapa II da una idea de la visión del emperador.

[108] *Ibid.,* p. 455.
[109] *Ibid.,* p. 460.
[110] *Ibid.,* p. 480.
[111] *Ibid.,* pp. 483-484.



Mapa II: Rutas marítimas que la construcción del canal de Suez y el de América Central abrirían para Francia. Estas vías permitirían a Francia tener mayor acceso a nuevos mercados e impulsarían el nacimiento de la economía-mundo.

CAPÍTULO II: FRANCIA EN LA CÚSPIDE DE LA LATINIDAD

La segunda gran cuestión que aborda este trabajo es la idea de latinidad. Gran parte de la bibliografía dedicada a estudiar los orígenes de la Intervención francesa en México habla del proyecto de fortalecer México para que el país fungiera como una barrera de contención a la expansión de Estados Unidos que representaba al "mundo anglosajón y protestante" en el continente americano. Según esta hipótesis, Francia emprendió su expedición a México para proteger al "mundo latino" en América, también mayoritariamente católico. Hay quien inclusive sostiene que la expresión "América Latina" tuvo su origen precisamente durante ese episodio, por el afán del Segundo Imperio francés de diferenciar entre la América hispánica y lusitana frente a la anglosajona. A continuación se estudia la evidencia que hay para sostener que la defensa de la latinidad (junto con la catolicidad) fue un motivo de la Intervención francesa en México. También se hace una interpretación crítica de esta idea, procurando situarla en el contexto de la naciente colonización en el siglo XIX y de la imagen que parte de la sociedad francesa tenía de sí misma.

I.- UN IMPERIO PARA LA "REGENERACIÓN DE MÉXICO"

Uno de los argumentos, o por lo menos uno de los recursos retóricos que más se repiten en el discurso de los intervencionistas es el de la "regeneración de México". Según su razonamiento, hacía falta intervenir porque el país había sido la imagen del caos y de la

anarquía casi desde su independencia, habiéndose visto sumergido en constantes guerras por el poder. La falta de consolidación de México como nación y la debilidad del Estado mexicano habían hecho que el país hubiese sido una presa fácil del expansionismo estadounidense durante la guerra de 1848. La idea de estos intervencionistas era, entonces, fortalecer a México para evitar que Estados Unidos siguiese apoderándose de territorios a expensas de la América hispánica, pero al no ser Francia un país hispano, se hablo del carácter "latino" de los países hispanófonos del continente y de Brasil. Por supuesto, no se trató de un mero altruismo por parte de Napoleón III, sino que este discurso latinista tiene que entenderse en el contexto de la voluntad del Segundo Imperio francés de instaurar una zona de influencia en el Nuevo Mundo. Para varios intervencionistas franceses esa "regeneración de México", entendida como ordenamiento y fortalecimiento del país, pasaba por el establecimiento de un régimen de carácter monárquico, con el pretexto de que la república había causado el desorden político en México, idea probablemente proveniente del discurso de los conservadores mexicanos…

El primero en recurrir a ese discurso fue el propio Napoleón III. En su conocida carta al conde de Flahaut, entonces embajador en Londres, en octubre de 1861, el emperador explica los motivos de su interés en México. Entre otras cosas, dice:

> Es inútil que abunde acerca del interés que tenemos en Europa en ver a México pacificado y con un gobierno estable. No solamente ese país, dotado de todas las ventajas de la naturaleza, ha atraído muchos de nuestros capitales y de nuestros compatriotas cuya existencia se encuentra amenazada sin cesar, sino además, a través de su regeneración, formaría una barrera infranqueable ante las usurpaciones de América del Norte […]. El examen de sus diversas ventajas, así como el espectáculo de uno de los países más bellos del mundo librado a la anarquía y amenazado por una ruina próxima son las razones que siempre me han hecho interesarme en el destino de México. Desde hace ya varios años, personas importantes de aquel país han venido a verme para describirme su estado

> desafortunado y para pedirme mi apoyo, diciendo que sólo una monarquía podría restablecer el orden en una comarca desgarrada por las facciones […]. Como bien veréis, mi estimado Señor de Flahaut, no tengo en esta cuestión más que un objetivo: el de proteger y salvaguardar los intereses franceses en el futuro mediante una organización que salvaría a México de una devastación india o de una invasión americana [estadounidense].[112]

Ese mismo discurso puede verse en una de las primeras cartas que el emperador escribió al entonces archiduque de Austria, Fernando Maximiliano de Habsburgo:

> A mis ojos, jamás una obra habrá sido más grande en sus resultados. Porque se trata de salvar a todo un continente de la anarquía y de la miseria; de dar el ejemplo a toda América de un buen gobierno, con el fin de levantar ante utopías peligrosas y desórdenes sangrientos la bandera monárquica fundada en una libertad sabia y en un sincero amor al progreso.[113]

La idea de "regenerar" México con un imperio también está presente en el libro que escribió Michel Chevalier, *Le Mexique ancien et moderne*. Después de sugerir que tras el fin del imperio de Iturbide quedaron en México varios partidarios de la monarquía, dice:

> Con el nombre de república, México no ha tenido más que una anarquía deplorable con todo lo que forma su triste cortejo: la falta de seguridad para las propiedades y las personas, los compromisos del Estado violados, la industria languideciendo o aniquilada, los caminos explotados tranquilamente por los bandoleros, la moral de la nación depravada, su ilustración en decadencia, y sus pocos establecimientos desorganizados, produjeron una corrupción vergonzosa en la administración y en los tribunales de justicia.[114]

Chevalier sugiere que desde que Santa Anna abandonó México, "el país es la imagen del caos, no habiendo ahí más que una nación, un Estado, una sociedad que hacer desde abajo a arriba" y que, de no cambiar las instituciones políticas del México

---

[112] Carta citada de Egon Caesar Conte Corti, *op. cit.,* pp. 601-602.
[113] *ibid.,* p. 603.
[114] Michel Chevalier, *op. cit.,* pp. 315-316.

independiente, Estados Unidos podría ocupar el país permanentemente en una segunda invasión.[115] A la hora de exponer los motivos de la intervención, Chevalier anuncia sin reparos: "La expedición tiene un fin declarado, pretende ser el punto de partida de la regeneración de México".[116] Prosigue:

> La Francia no oculta que su objeto es provocar la organización de México bajo un régimen político estable y en armonía con las ideas de la civilización moderna, lo que según las aserciones del gobierno francés, o por mejor decir, según la opinión de todos los que se interesan por la suerte de México, es la condición *sine qua non* de la existencia de aquél Estado. En una palabra, el gobierno francés interviene descubiertamente en los negocios interiores [internos] de México; pero atened a que hace una declaración, cuya sinceridad nadie tiene derecho de poner en duda; «que no lleva ningún proyecto de engrandecimiento y de conquista». En vez de querer debilitar a México, o desmembrarle, como lo han hecho los Estados Unidos en todas sus guerras, no tiene más fin que preservar estas bellas comarcas de una ruina inminente y levantar a su civilización de una postración casi completa, fundando en México, con el libre concurso de los mexicanos, un Estado floreciente que se gobierne por sí mismo con plena independencia.[117]

Y en cuanto a la conveniencia de instaurar un imperio en México, Chevalier concluye:

> El afecto que la gran mayoría de los mexicanos tenga a sus instituciones republicanas, no puede ser muy ferviente; al contrario, todos los datos que poseemos autorizan a decir que no es más que templado: las han experimentado lo bastante para haber comprobado su impotencia y su peligro. Todo, pues, hace creer que los mexicanos no han de hacer sacrificios indefinidos para defender y perpetuar este régimen, pues debe serles evidente que no puede dar a su hermoso país los elementos más indispensables para el orden social y la prosperidad pública. […] en México no existe ley alguna; no reina en él más que el capricho, la vanidad, la ignorancia y la rapacidad de un puñado de jefes militares que hacen

[115] *Ibid.,* pp. 321-324.
[116] *Ibid.,* p. 387.
[117] *Ibid.,* pp. 389-390.

> por turno efímeras apariciones en el poder, hollando con sus pies los derechos del pueblo. […] Hasta hay motivo para suponer que todos los mexicanos que piensan, desean el establecimiento de una monarquía, con tal que sea representativa y liberal y que consagre la independencia de la nación. El curso de los acontecimientos no ha podido dejar de fortificar las opiniones monárquicas que se manifestaron tan frecuentemente durante la lucha de la Independencia.[118]

Una carta fechada el 27 de diciembre de 1865 de Maximiliano I a Napoleón III en la que le transmite su enorme preocupación por la mala situación de su gobierno debido a las malas finanzas y a la sangría constante del tesoro mexicano por operaciones militares contra los juaristas da cuenta de que "regenerar México" había sido un motivo de la intervención, al menos en el discurso:

> Con esos procedimientos militares y financieros la gran idea de la regeneración de México se perderá; sin orden y sin economía en las finanzas, con un déficit siempre naciente, no puedo gobernar.[119]

Por último, cabe citar una carta que la emperatriz Carlota escribió a Maximiliano justo cuando ella salía de la Ciudad de México para encaminarse a Europa y pedir ahí apoyo para el imperio de su esposo. Después de animarle para que no abdicase, Carlota le dice:

> Partir como civilizadores, salvadores y regeneradores y volver con la pretensión de que no hay nada que civilizar, nada que salvar y nada que regenerar y todo esto en íntimo acuerdo con Francia que siempre fue considerada como una nación de espíritu, reconocerá usted que, tanto para unos como para otros, sería el mayor absurdo que haya bajo el sol. Espero poder hablar este lenguaje al otro lado del mar.[120]

---

[118] *Ibid.,* p. 425.
[119] Fragmento citado de Egon Caesar Conte Corti, *op. cit,* pp. 671-672.
[120] Carta citada de Konrad Ratz, *Correspondencia inédita entre Maximiliano y Carlota,* México, Fondo de Cultura Económica, 2004, pp. 296-297.

II.- INTERVENIR PARA SALVAGUARDAR LA "CIVILIZACIÓN LATINA"

La idea de la "regeneración de México" mediante la instauración de un imperio tenía amplia presencia en el discurso intervencionista. Por supuesto, es necesario ser crítico con ese discurso y considerar que esa "regeneración", entendida como un fortalecimiento del país, tenía que ver con otros intereses del Segundo Imperio francés, ya que se llevaría a cabo mediante el establecimiento de un régimen afín a París. El proyecto de poner un alto a la expansión estadounidense (tanto en términos territoriales como de influencia política y comercial) mediante el refuerzo de México a menudo se justificaba con otra idea: la del deber de Francia de proteger al mundo latino y católico en el continente americano y en el mundo en general. No se trataba tampoco de un mero altruismo, sino de un proyecto geopolítico de gran calado, es decir, poner a París al frente de una comunidad de países que serían su área de influencia natural, según el discurso intervencionista. En esta idea también hubo sintonía entre Napoleón III y su consejero Michel Chevalier y, varios sugieren, la emperatriz Eugenia fue su gran promotora. Quizás puede verse en este propósito un segundo gran componente de la llamada "gran idea".

Parte del sentimiento "latinista" de Napoleón III puede verse reflejado en la política del Segundo Imperio hacia Italia. Durante su intervención en la península se alió con los patriotas italianos, quienes estaban resentidos con la presencia austriaca en el norte de Italia.[121] El reino de Piamonte (cuyo primer ministro era Camillo Benso, conde de Cavour) tenía pensado anexar Lombardia y Venecia y, al ser Austria el principal adversario en la región, los intereses franceses y piamonteses coincidieron. No obstante, la posibilidad de que estallase en Italia una revolución de carácter republicano

[121] William Herbert Cecil Smith, *op. cit.,* capítulo III.

y unionista incomodó a Napoleón III, pues daría pie a una mayor intervención de Austria en la península, justo como había pasado en 1848.[122] El Emperador intentó convencer a Cavour de que llevara una política diplomática pacifista con Austria, pero no lo logró y el piamontés provocó a ese país desde Turín. Francia se vio obligada a intervenir ante la reacción austriaca, ganando las batallas de Magenta y Solferino pero, muy a pesar de Cavour, firmó un armisticio con Viena en 1859. Así, Cavour terminó ayudando a los movimientos revolucionarios que antes había combatido.[123]

A Napoleón III le interesaba promover la unificación italiana para obligar a los austriacos a marcharse de ahí, pero al no cumplir con este objetivo los nacionalistas del *Risorgimento* no le reconocieron su ayuda[124] (cabe decir que quizás otra causa de esta insatisfacción fue el carácter dual de la política del emperador francés hacia Italia, pues por una parte propugnaba el surgimiento de una Italia unida y por otra apoyaba al Papa, contrario a la unificación de la península por significar una amenaza a la propiedad papal de sus provincias, incluida Roma). Sin duda alguna habrán pesado en el "asunto italiano" razones estratégicas, económicas y geopolíticas, pero no puede descartarse la vertiente ideológica "latinista" de aquel episodio. Además, Napoleón III promovió una unión monetaria con varios países de cultura latina, llamada la "Unión Latina". Se firmó en 1865 y sus países miembros fueron Francia, Bélgica, Suiza e Italia.

Uno de los sueños de Napoleón III era precisamente construir un "bloque latino" a la cabeza del cual estaría Francia; soñaba con un mundo latinoamericano cuya capital espiritual fuera Roma y cuya capital cultural fuera París.[125] Creía que Maximiliano

[122] *Ibid.*
[123] *Ibid.*
[124] Albert Guérard, *op. cit.,* capítulo X.
[125] *Ibid.*

podría llegar a ser para México lo que su pariente "Dom Pedro" era para Brasil, es decir, el líder de un segundo gran imperio "latino" en América.[126]

La Emperatriz Eugenia tuvo también su importancia a la hora de promover el "latinismo" y es posible que haya influido en el Emperador en este sentido. Según algunos historiadores, Eugenia, de origen español, decepcionada en su vida matrimonial, buscó un lugar en la política imperial y le atrajo el proyecto mexicano y la idea de fortalecer un bastión hispano y católico ante el mundo anglosajón y protestante.[127] Es necesario destacar aquí la influencia que tuvo el discurso de los conservadores mexicanos cuando buscaron la ayuda de la pareja imperial. Al buscar el involucramiento de las cortes europeas en el establecimiento de un imperio en México, José María Gutiérrez de Estrada buscó primero propagar un cierto miedo ante un posible "agrandamiento de la ambiciosa República Norteamericana", arguyendo que la preponderancia de Estados Unidos en América se haría a costa de Europa.[128] Este diplomático mexicano había regalado un escrito suyo, *México y Europa*, al rey francés Luis Felipe, a Metternich y al primer ministro británico, lord Palmerston, texto donde defendía el involucramiento europeo en México precisamente para implantar una monarquía católica que salvaguardase la independencia del país ante Estados Unidos.[129]

Otro diplomático conservador que procuró influir en la pareja imperial fue Don Manuel Hidalgo y Esnaurrízar. Este personaje había estado en Madrid como primer secretario de la representación diplomática mexicana ante España por intervención de Gutiérrez de Estrada. En España, Hidalgo había frecuentado a la condesa de Teba,

[126] *Ibid.*
[127] *Ibid.*
[128] Egon Caesar Conte Corti, *op. cit.,* pp. 27-28.
[129] *Ibid.*

madre de Eugenia de Montijo, a quien conocía muy bien.[130] Más tarde, en 1857, habiéndose negado a reconocer la constitución liberal de Juárez, fue trasladado a la embajada mexicana en París. Hidalgo y Esnaurrízar coincidió en Biarritz, en la costa vascofrancesa (uno de los lugares donde la pareja imperial solía vacacionar), con Eugenia, a quien expuso su idea de establecer una monarquía en México para "salvar a la raza latina y el catolicismo en el Nuevo Mundo".[131] El hecho de que hablara de "raza latina" en lugar de "hispánica" (los conservadores mexicanos se caracterizaban por su hispanofilia) fue un gesto astuto por parte del diplomático, pues Eugenia era ya en aquel entonces emperatriz de los franceses y sabía que probablemente hablaría del asunto con Napoleón III.[132] A la emperatriz le interesó profundamente el proyecto, pues también se enteró de ciertas pretensiones estadounidenses de apoderarse de la Cuba española, por lo que recomendó al emperador declararle la guerra a aquella república, sugerencia que rechazó el emperador. Más adelante, en otoño de 1858, Eugenia invitó a Hidalgo al palacio de Compiègne para que hablara con el soberano francés.[133] Napoleón III, a pesar de señalar las dificultades que conllevaba el proyecto, se mostró interesado, así que Hidalgo "se esforzó en pintar al emperador en vivos colores el peligro en que se encontraba México a consecuencia de la política de Estados Unidos que amenazaba terminar con toda influencia latina en América […]."[134]

En una carta que la emperatriz Carlota escribió a Eugenia el 8 de diciembre de 1846 puede verse hasta qué punto la cuestión de la religión católica y la salvación de la "raza" española (latina para Napoleón III) eran dos cosas que en el discurso iban de la mano:

---

[130] *Ibid.,* pp. 29-32.
[131] *Ibid.,* p. 58.
[132] *Ibid.*
[133] *Ibid.,* pp. 59-61.
[134] *Ibid.,* p. 61.

> […] El seudo-catolicismo formado por la conquista, a partir de la mezcla con la religión india, ha muerto con los bienes del clero, que eran su base principal. Pero como el pueblo necesita una religión, muchas personas tendían al protestantismo por ser más cómodo y sobre todo por ser menos costoso, ya que los sacramentos costaban mucho; quizás también por la previsión de un futuro que parecía cercano: la absorción [de México] por la raza anglo-americana. Siendo así las cosas, el reconocimiento de la religión católica como religión de Estado consiste, en efecto, en remplazar el catolicismo del siglo XVI por el del siglo XIX, con sus luces, su caridad y sus bondades, e *introducir* un culto nuevo, depurado. Esto es indispensable desde el punto de vista político para conservar la raza española en América, pues es lo único capaz de detener la invasión de las sectas americanas [estadounidenses].[135]

Es preciso destacar el gran esfuerzo de cabildeo de los conservadores mexicanos en Europa por convencer en varias cortes, en especial la francesa, acerca de la conveniencia de emprender el proyecto, recurriendo a la idea de la amenaza de la "república norteamericana" para los intereses de Europa y para la supervivencia del "mundo latino". Napoleón III se mostraba reticente porque no sabía cómo emprender esa acción, pero esa reticencia fue disipándose progresivamente ante el inicio de la Guerra de Secesión en Estados Unidos.[136] La idea de salvar a la "civilización latina" le había seducido, y pronto el propio emperador expresó su interés a su embajador en Londres, el conde de Flahaut, y a Leopoldo, rey de Bélgica y padre de Carlota, para que ambos hicieran gestiones ante la corte inglesa con el fin de promover la intervención en México.[137]

[135] *Ibid.,* p. 636 (la traducción es mía).
[136] *Ibid.,* p. 77.
[137] *Ibid.,* pp. 84-85.

Michel Chevalier también mostró en varios de sus textos la idea de que Francia estaba naturalmente vinculada con los países de cultura latina y de que París debería liderar a ese grupo de naciones. Por ejemplo, en *Des intérêts matériels en France,* es decir, veinticinco años antes del inicio de la Intervención francesa en México, escribe:

> En Francia no pueden abandonarse los estudios clásicos. No podemos renegar de nuestra filiación; un pueblo que cuenta con catorce siglos de existencia no puede romper con el pasado sin sacrificar su futuro. Las tradiciones de la antigüedad de las cuales somos los herederos conforman la mitad de nuestro poderío en Europa. Los pueblos europeos del sur derivan, por su lengua, por sus leyes, por sus costumbres, por sus mores y por su religión católica y romana, de la civilización latina asociada a la de Grecia; [los franceses] cesaríamos de ser los corifeos [los dirigentes] de Europa del Sur, caeríamos de nuestro rango, si dejásemos de ofrecer el reflejo de los bellos días de la civilización griega y romana.[138]

La idea de tender una barrera al expansionismo estadounidense en América para proteger al mundo latino es una de las justificaciones que ofrece Michel Chevalier en *Le Mexique ancien et moderne* a la Intervención francesa en México:

> Dos motivos de política general pueden asignarse a la expedición, considerada como teniendo por objetivo la constitución en México, tan sólidamente como sea posible. El uno es de interés europeo, universal, pues sería oponer una barrera a la invasión inminente de los Estados Unidos en el resto del continente americano: el otro, consecuencia de la política francesa, sería garantizar y salvar de una ruina irreparable, no solamente a México sino también a todo elemento español de la civilización latina en el Nuevo Mundo. [139]

Chevalier, a la hora de explicar el primer motivo que expone, critica el hecho de que se haya cambiado el sentido original de la Doctrina Monroe en Estados Unidos. Dice que el verdadero significado de esta doctrina era garantizar la independencia de las antiguas colonias americanas de España y de Portugal, no impedir que Europa dejase de intervenir definitivamente en los asuntos americanos, como se pretendía en su época.

---

[138] Michel Chevalier, *op. cit.,* pp. 16-17 (la traducción es mía).
[139] Michel Chevalier, *op. cit.,* p. 391.

Además, vincula esta vertiente antieuropea de la Doctrina Monroe con los esclavistas del Sur quienes, ansiosos por ganar influencia por su rivalidad con el Norte, habían querido expandirse a toda la cuenca caribeña y a América Central.[140] Después Chevalier pasa a justificar la Intervención con el argumento latinista:

> Entre las ramas que componen la civilización occidental o cristiana, hay una bien distinta, que se conoce por la denominación de raza latina. Tiene su asiento en Francia, en Italia, en la península hispano-portuguesa y en las comarcas que las naciones francesa, italiana, española y portuguesa han poblado con sus vástagos, y que se halla caracterizada por la preponderancia numérica, o bien por la dominación exclusiva del culto católico. No constituye ella sola todo el catolicismo, pero le da más particularmente su savia y su esplendor. Sin tratar de rebajar a nadie, puede decirse que Francia es, no solamente el alma, sino también el brazo. Sin ella, sin su enérgica iniciativa y sin el respeto que imponen sus luces, sus sentimientos elevados y su poder militar, el grupo de las naciones latinas estaría reducido a hacer una triste figura en el mundo, y aun al cabo de cierto tiempo, acaso se viera completamente eclipsado. Es para estas naciones una hermana mayor, cuya autoridad les sirve de salvaguarda. No solamente forma la entidad principal del grupo latino, sino que es su única protectora, desde que España ha descendido de su antiguo rango. [141]

Entre los intereses franceses, dice, "no hay ninguno tan directo ni tan grande como el de sostener al grupo latino, centinela avanzado de las naciones católicas." [142]

> [...] si las naciones latinas desapareciesen algún día de la escena del mundo, la Francia se hallaría en la irremediable debilidad que determina el aislamiento: sería como un general sin ejército, casi como una cabeza sin cuerpo. [143]
>
> Así es, que conviene a la Francia y es de su mayor interés que la España sea una nación fuerte, sólidamente constituida, provista en abundancia de recursos, dotada de iniciativa, y en una palabra, que se halle en estado de pesar en la balanza del mundo; que la Italia lo sea también; que Portugal renazca, cuando lo permita la exigüidad de su territorio, a importantes destinos; que la

[140] *Ibid.,* pp. 400-401.
[141] *Ibid.,* pp. 402-403.
[142] *Ibid.,* p. 403.
[143] *Ibid.,* p. 404.

Bélgica, tan industriosa, tan liberal y tan cuerda, excepto cuando gasta su dinero en fortificar a Amberes, siga en su estado floreciente, y que las naciones fundadas por España y Portugal en el Nuevo Mundo, aumenten su cultura intelectual y moral, su riqueza y su población, en lugar de ser devoradas por la anarquía que las aniquila casi a todas desde que se hicieron independientes.[144]

Para justificar el argumento de que Francia intervenía en México para proteger a la "raza latina", Chevalier sostuvo que se trataba de una "civilización" amenazada, frágil, en franco declive y, al tratarse de un conjunto de países en cuya cúspide habría de estar Francia, era su deber intervenir:

Ahora bien, cuando se echa una mirada sobre el mapa del mundo y se comparan en él, en un intervalo de dos siglos próximamente, en el espacio ocupado por las naciones católicas, y sobre todo por las latinas, con aquel en que se han asentado y fuertemente consolidado con los grandes atributos del poder y de la civilización, las naciones cristianas disidentes, protestantes de diversas comuniones y griegos, se queda uno sorprendido al contemplar todo lo que las primeras han perdido y lo que las segundas han ganado y ganan cada día. [...] Las naciones católicas, las latinas todavía más que las otras, parecen amenazadas de ser sumergidas por un mar cuyas aguas van subiendo siempre. [145]

Este balance comparado de los Estados católicos y de los pueblos cristianos que profesan otros cultos, es propio para inspirar sombrías reflexiones a los hombres de Estado, que consideran no sin razón que los destinos de la Francia y el aumento de su autoridad se hallan subordinadas a los azares del porvenir de los Estados católicos en general y de la raza latina en particular. Este es el más poderoso argumento que puede hacerse en favor de la expedición a México. [146]

[144] *Ibid.,* pp. 404-405.
[145] *Ibid.,* p. 407.
[146] *Ibid.,* p. 415.

Finalmente, es curioso mencionar que muy posiblemente el origen del nombre "América Latina" haya sido la ideología "latinista" de Napoleón III y de otros hombres del Segundo Imperio francés. Ya se vio que Michel Chevalier compartía plenamente esta idea "latinista" con el Emperador, y es posible que el término "América Latina" haya sido una consecuencia, acaso inesperada, de ese discurso. Un historiador argentino señala:

> La aventura francesa tuvo un aspecto de significación cultural: Napoleón III impulsó por medio de propagandistas, periodistas y publicistas un movimiento en favor del cambio de la denominación tradicional de Hispanoamérica, o Iberoamérica a esta parte del continente que perteneció a España. Esta campaña culminó años más tarde, cuando el colombiano José Joaquín Torres Caicedo publicó en 1865, en París, su libro *Cultura latinoamericana,* como concreción de una fórmula que más tarde recibió el apoyo de otros intelectuales y políticos.[147]

La fórmula "América Latina", de origen napoleónico, se consolidaría años más tarde durante la guerra hispano-estadounidense de 1898, pues, debido a la hispanofobia del momento, Estados Unidos prefirió impulsar el nuevo nombre ante la tradicional "América Hispánica". El objetivo original de Napoleón III habría sido involucrarse legítimamente en el continente y difundir ahí la cultura francesa.[148] Después de la derrota de Sedán surgió en Francia el mito de la decadencia de la *raza latina,* mito que se exportó a la vecina España y que se vio reflejado en el pesimismo que permeaba en las obras naturalistas de la época.[149]

---

[147] Enrique Zuleta Álvarez, "Napoleón III y sus pretensiones imperialistas en América. Ambiciones francesas en el Río de la Plata" en Patricia Galeana (coordinadora), *Imperio napoleónico y monarquía en México,* México, Senado de la República, Gobierno del Estado de Puebla, Siglo XXI Editores, 2012, p. 187.

[148] *ibid.,* pp. 188-189.

[149] Jon Juaristi, *Historia mínima del País Vasco,* Madrid, El Colegio de México/Turner Publicaciones, 2013, p. 264.

III.- "JUNTOS PERO NO REVUELTOS", O DE LA MISIÓN CIVILIZADORA DE FRANCIA

La "regeneración de México" para que el país fungiese de barrera al expansionismo estadounidense y la idea de una Francia redentora de la "civilización latina" (y católica) son dos aspectos presentes en el discurso intervencionista de aquel entonces, como se ha visto. Desde luego, es imprescindible tomar una cierta distancia crítica y establecer los límites de ambas propuestas. Quizás se trataba en gran medida de una retórica cuyo fin era el de encubrir otros intereses franceses, menos heroicos. Por ejemplo, llama la atención el intento de distanciarse de los mexicanos por parte de varios intervencionistas. ¿Qué no pertenecían franceses y mexicanos a una misma comunidad latina y católica? Émile Ollivier, ministro liberal del Segundo Imperio francés, lo negaba: "para construir un imperio latino, hubiera sido necesario tener latinos".[150] Además, varios intervencionistas franceses sentían una profunda hispanofobia (siendo América Latina principalmente hispana), pues se compadecían de los indígenas que habían sido subyugados por "bárbaros": aseguraban que si los indígenas de México no vivían en mejores condiciones se debía a la tiránica colonización llevada a cabo por los españoles[151] (es decir, aquellos que habían llevado a esta parte de América el elemento latino…). También la pareja imperial mexicana, a pesar de haber sido invitada a gobernar México por conservadores hispanófilos, sentía gran antipatía hacia lo español.[152]

En cuanto a lo de la defensa del catolicismo, también es preciso establecer reparos, como el hecho de que en Francia los católicos fueron críticos hacia la "aventura mexicana" (y otras expediciones en otras partes del mundo) y se distanciaron de la

[150] Citado de Erika Pani, *op. cit.,* p. 37.
[151] *Ibid.,* pp. 37-39.
[152] Véase, por ejemplo, Konrad Ratz, *op. cit.,* pp. 162, 209 y 210.

política exterior de Napoleón III.[153] Henri Loizillon, un oficial del ejército francés, pensó que resultaba absurdo haber venido a México a establecer "lo mismo que hemos abolido en Francia".[154] Asimismo, unos cuantos clérigos franceses criticaron al cuerpo eclesiástico mexicano tachándolo de conservador y reaccionario.[155]

Ahora bien, los necesarios matices fijados anteriormente no quitan validez a los proyectos de "regenerar México" para contener la expansión estadounidense y así defender al "mundo latino y católico" en América, como motivos de la Intervención francesa en México. En la sección anterior se ha dado suficiente evidencia para demostrar que era una causa que llegaron a compartir los conservadores mexicanos que buscaban apoyo en las cortes europeas, la pareja imperial francesa y el consejero del emperador, Michel Chevalier, quien tenía amplia influencia en Napoleón III. Quizás se entienda mucho mejor el argumento latinista a la luz del imaginario colectivo surgido en el espacio público francés a raíz de la experiencia colonial de Francia en años anteriores.

Un análisis de las aventuras coloniales en las que se involucró Francia durante las décadas anteriores a la Intervención francesa en México puede ser muy revelador para comprender mejor las ideas o argumentos que se han estudiado en esta parte del capítulo. Esto se debe a que esas experiencias en otras latitudes, con el contacto entre franceses y otras poblaciones no occidentales que suponían, crearon en el espacio

[153] Jean Meyer, Jean Tarrade, Annie Rey-Goldzeiguer y Jacques Thobie, *op. cit.,* p. 449.
[154] Erika Pani, *op. cit.,* p. 41.
[155] *Ibid.*

público francés un imaginario colectivo que tenía que ver básicamente con el rol que debía jugar Francia en el mundo. El elemento que más destacó de la imagen que tenía la sociedad francesa de sí misma, permeable en discursos, debates, medios, literatura, etcétera, fue la misión civilizadora que tenía Francia, su deber de exportar su cultura y ciencia a otros sitios "incivilizados".

Es preciso tomar en cuenta el contexto en que surgió esta percepción. La colonización cumplió con un objetivo hasta cierto punto emocional para la opinión francesa: borrar la humillación que había sufrido debido al fracaso en Europa después del final de las guerras napoleónicas y reconstruir el orgullo nacional. Desde luego, Francia no podía permitirse aspirar a ser una gran potencia colonial durante la primera mitad del siglo XIX, sobre todo para que Inglaterra no la percibiera como rival. No obstante, pudo emprender ciertas experiencias coloniales que tuvieron en la opinión el efecto arriba descrito.[156]

La primera gran aventura colonial que tuvo Francia a comienzos de siglo fue la conquista de Argelia, en 1830, con la toma de Argel por parte de la naciente Monarquía de Julio. Esta conquista, que quedó casi totalmente concluida en 1847, tuvo el efecto de dar importancia al ejército, pues destacó por sus victorias y así el "ejército de África" se convirtió en un modelo a seguir para los militares galos.[157] Lo importante es que esta ocupación creó en los medios franceses la imagen del héroe colonial, pues el militar que iba a África terminó por encarnar el derecho a civilizar, el orden ante la anarquía, el occidente ante lo exótico. Sobre todo, se atribuyó al militar francés el estereotipo de llevar la libertad a Argelia, pues liberaba al "bárbaro" del peso de la feudalidad y de la

[156] Jean Meter, Jean Tarrade, Annie Rey-Goldzeiguer y Jacques Thobie, *op. cit.,* p. 347.

[157] *Ibid.,* pp. 359-361.

"anarquía tribal".[158] Ahora bien, la misión de civilizar del francés no sólo tuvo que ver con el ejército: desde la Restauración (1815) hubo un gran impulso misionero, no sólo para evangelizar a los revolucionarios en Francia, sino sobre todo para llevar el catolicismo a los pueblos "paganos, bárbaros". Así fue imponiéndose también en la opinión pública francesa la imagen de una Francia bondadosa para con los demás, hija de la Iglesia católica (no había distorsión entre la fe y la patria, mediante ambas el francés creía civilizar a los demás).[159] Además, es curioso notar que Francia apoyaba enérgicamente a las misiones católicas en aquellos lugares donde pudieran rivalizar con las misiones anglosajonas y protestantes, en especial en las islas del Pacífico. El efecto fue que la fe de los franceses tuvo un nuevo auge, pues les ofrecía la imagen de una Francia en una cruzada humanitaria que exportaba a la vez la religión católica y la "civilización francesa" (quizás se veía a la primera como un componente esencial de la segunda), para hacerla universal.[160] Esto representa un antecedente histórico de la idea de Francia como defensora del catolicismo ante la expansión del protestantismo anglosajón, idea muy presente en los discursos en torno a la intervención en México, como ya se ha visto.

Lo importante, pues, del episodio de la conquista de Argelia es el surgimiento de una "gesta colonial", desde luego plagada de prejuicios y a menudo maniquea, misma que se reprodujo en varios ámbitos, como la literatura y las artes, que hicieron del exotismo su tema central. Se trataba de retratar la victoria del valiente francés, portador de la civilización superior, de la lealtad y del cristianismo, ante la barbarie del árabe que vivía en la anarquía y representaba al Islam.[161] Por supuesto, de acuerdo con este

[158] *Ibid.,* pp. 363-364.
[159] *Ibid.* pp. 378-380.
[160] *Ibid.,* p. 381.
[161] *Ibid.,* pp. 390-393.

discurso, el francés iba a liberar al "buen salvaje" de su mundo tribal, su misión era civilizarlo (se podría decir que casi le estaba haciendo un favor). Para Victor Hugo se trataba de "exportar Europa" a África; poco a poco se implantó un debate en el espacio público francés entre colonialistas y anticolonialistas para discutir los pros y los contras de esta experiencia. Los primeros hacían énfasis en el carácter humanitario de la colonización y los segundos denunciaban el sometimiento y la matanza de poblaciones indefensas. En cualquier caso, las aventuras coloniales, principalmente la de Argelia, dieron a la opinión francesa en general un sentimiento de grandeza y de superioridad cultural al crearse una epopeya sobre la misión civilizadora de Francia.[162]

La Segunda República y el Segundo Imperio nutrieron el imaginario descrito. El primer régimen abolió la esclavitud en las colonias francesas y optó por la asimilación de los espacios coloniales, declarándolos territorio francés, Argelia incluida. La abolición de la esclavitud reforzó en la conciencia nacional la imagen de una Francia colonial, humanitaria y liberadora.[163] El Segundo Imperio también contribuyó a reforzar el discurso sobre la misión civilizadora de Francia. En 1860 viajaron a Argelia Napoleón III y Eugenia, y el emperador dijo: "La Providencia nos ha llamado esparcir en esta tierra las ventajas de la civilización".[164] Cabe decir que las misiones católicas fueron un elemento importante de la política colonial de Napoleón III, pues su defensa brindaba un pretexto para expandir a la marina francesa por varios océanos, en particular en el Pacífico.[165] Otro episodio en el que Francia procuró fungir como defensora de la cristiandad fue su intervención en el Líbano en 1860 ante la matanza de

[162] *Ibid.,* pp. 404-409.
[163] *Ibid.,* pp. 411-418.
[164] *Ibid.,* p. 430.
[165] *Ibid.,* pp. 439-440.

varios maronitas por disputas con los drusos.[166] Durante el Segundo Imperio avanzó la asimilación de las colonias a la Francia continental; por ejemplo, Napoleón III declaró ser emperador tanto de los árabes como de los franceses e insistió en que Argelia no era ninguna colonia sino un "reino árabe". Este discurso provocó una viva reacción por parte de los colonos franceses en Argelia, quienes se veían a sí mismos (en general) como civilizadores de poblaciones salvajes. Fue esta posición la que más caló en la opinión francesa y es curioso ver cómo en el ideario francés se mezclaron humanitarismo y racismo.[167] Los colonos eran los principales opositores a la idea de asimilación de los indígenas, se trataba para ellos de civilizarlos, mas no de mezclarse con ellos.

La experiencia colonial de Francia anterior a la Intervención francesa en México constituye un precedente fundamental para comprender buena parte del discurso intervencionista. La opinión pública francesa tenía muy presente el ideario según el cual Francia era heredera e hija predilecta del catolicismo y que su misión era exportar su civilización, su cultura y su religión por el mundo. Ya se vio que Napoleón III comulgaba con la idea de esta misión y que la defensa del catolicismo en América por parte de Francia tenía precedentes importantes en otras partes del mundo (no era una novedad extravagante la defensa del catolicismo, ya que la religión había ganado terreno en el ámbito público a partir de la Restauración). En el caso del discurso en torno a México también es posible notar varias semejanzas con el imaginario surgido a

[166] *Ibid.,* pp. 443-444.
[167] *Ibid.,* pp. 465-367.

partir de la previa experiencia colonial. La idea de defender a un conjunto de naciones con las que se comparte una cultura, en este caso la latina, está muy estrechamente entrelazado con la misión civilizadora que se atribuía buena parte de la sociedad francesa, incluida la pareja imperial. Francia buscaba bajo el Segundo Imperio tener una mayor presencia en el mundo (en el último capítulo se estudian varios rasgos de la política exterior francesa durante ese período) y al emperador le llamó la atención la idea de hacer de las naciones latinas, tanto europeas como americanas, una comunidad de países que, creía, sería un área de influencia natural para Francia. Al constatar que se trataba de un conjunto frágil y en retroceso, parte de los intervencionistas, entre ellos Napoleón III, creyeron que París debía ponerse al frente de estos países. Por supuesto, según el imaginario, perceptible en los escritos de Michel Chevalier, Francia debía infundir su civilización en este conjunto cultural para darle orden, organización y salvarlo de su caos, su anarquía, su decadencia…

La hipótesis según la cual Francia intervino en México para defender la "raza/civilización" latina cobra importancia desde la óptica del enfoque constructivista de relaciones internacionales. Según esta perspectiva, con una amplia influencia sociológica, para comprender los acontecimientos que suceden en el ámbito de la política internacional es necesario hacer énfasis en cuestiones como la construcción social de los intereses, los significados que se dan a los sucesos, las ideas compartidas, las identidades, las creencias, las memorias colectivas, la retórica, las convicciones, las interpretaciones históricas y las expectativas que resultan de todo lo anterior.[168] Se trata de un enfoque que sostiene que los llamados "intereses nacionales" de los Estados no son ni objetivos ni evidentes, sino que se construyen a partir de un proceso colectivo,

[168] Ian Hurd, "Constructivism", en Christian Reus-Smit y Duncan Snidal (editores), *The Oxford Handbook of International Relations,* Oxford, Oxford University Press, 2008, pp. 298-316.

social. Los intereses, desde esta óptica, son ideas acerca de necesidades, pues éstas no son automáticamente claras. Es por eso que tiene que analizarse la producción social de intereses, para lo cual es muy útil el estudio de su construcción histórica.[169] Un concepto central para el enfoque constructivista de relaciones internacionales es el de "identidad". Ciertamente cada país tiene su propia identidad nacional, misma que lo diferencia del resto de países. No obstante, las relaciones entre Estados también son relaciones sociales en las que la socialización y las interacciones entre los países y su entorno crean significados e identidades colectivas. En otras palabras, a pesar de que cada país puede tener su propia identidad nacional, distinta del resto de las demás, las interacciones que hay en el ámbito internacional pueden crear identidades colectivas, un sentido de comunidad compartida entre varios Estados, una distinción entre un *nosotros* y un *ellos*, entre países *amigos* y *enemigos.*[170] El participar de la política mundial da a los países un entendimiento determinado acerca de su papel dentro de ella, así como expectativas de sí mismo y de los demás.

El repaso que se ha hecho de la política colonial francesa previa a la intervención en México da una amplia idea acerca precisamente del rol que los franceses tenían entendido que debían jugar en el contexto internacional: civilizar y exportar la cultura francesa al mundo "incivilizado". La idea de latinidad y de catolicidad es, desde esta óptica, mucho más que una extravagancia o un discurso retórico. Francia se veía a sí misma como heredera de Roma (léase "civilización latina"), como puede apreciarse en los escritos del consejero del emperador, y de la Iglesia. La humillación de 1815 aportó un terreno fértil para el surgimiento de tesis identitarias en las que la sociedad francesa no sólo pudiera mirarse a sí misma y tener

[169] *Ibid.*
[170] *Ibid.*

un referente con el cual identificarse, sino además que contuvieran elementos de grandeza que simbolizasen una futura gloria para Francia. Ante el duro golpe que sufrió el orgullo nacional después de las derrotas de las guerras napoleónicas, el nacionalismo francés buscó elementos que definieran a su nación. De ahí que no resultara sorprendente el resurgimiento del catolicismo en el espacio público y de la actividad misionera. Además, si en este imaginario social Francia se veía a sí misma como heredera directa de la "civilización romana" y la misión que se atribuía era la de "civilizar al mundo", la idea de defender al mundo latino aparece como una consecuencia lógica de ese ideario. También resulta lógico que, si bien Napoleón I encontró resistencia a su política en países latinos como España e Italia, pero al haber sido Austria e Inglaterra las principales potencias responsables del arreglo de 1815 (mismo que se estudiará en el último capítulo), la idea de latinidad cobrara fuerza como criterio para distanciarse de Viena y Londres. La latinidad representó para varios un principio que conformaba una comunidad de naciones, cada una con su propia identidad nacional pero con una identidad compartida, caracterizada por las lenguas romances, una religión mayoritaria y, según Chevalier, costumbres en común. El "mundo latino" marcaba un *nosotros* y un *ellos,* una comunidad de naciones amistosas entre sí, pero amenazada por otras potencias, en el caso americano, por Estados Unidos (léase la república expansionista, anglosajona y protestante). Correspondía entonces a Francia, según estas ideas presentes en la sociedad francesa, articular al "mundo/raza/civilización latino/a" y hacer de París su cúspide.

Desde luego, y como ya se ha estudiado, Napoleón III participaba de este credo colectivo. El emperador, francés, con un apellido proveniente de una variante del italiano, con esposa española, era además heredero de la leyenda napoleónica, de la grandeza de Francia. Muy probablemente el emperador ya comulgaba desde temprana

edad con ideas panlatinistas, al haber leído con interés las obras de Chevalier, que reflejaban este pensamiento varios años antes de la Intervención; pero en todo caso fue un gesto muy astuto por parte de Hidalgo y Esnaurrízar (y otros conservadores mexicanos) movilizar el tema católico y latino (en lugar de hablar de hispanidad), quizás porque sabía que estaba tocando fibras sensibles que tenían ya varios años de estar presentes en la opinión francesa.

Chevalier habla de esos asuntos como la razón de mayor importancia para la Intervención en un libro cuyo fin era explicar el interés de Francia en México, muy probablemente habiendo consultado a su amigo el emperador (si no es que éste le encargó personalmente la redacción del escrito). En cualquier caso, la noción de latinidad iba muy bien con las aspiraciones de grandeza francesa, con la voluntad de París de ejercer un contrapeso al poderío estadounidense y establecer en América un área de influencia, así como con la misión de civilizar, de exportar la cultura francesa con ese fin, de poner orden en una parte del mundo con la que se suponía había una afinidad cultural. Los límites a la idea de latinidad y catolicidad, de los que se habló al comienzo de esta parte, surgieron más bien cuando el ideario tuvo que confrontarse con la realidad mexicana, pero eso no quita validez a que en la visión del emperador la defensa del mundo latino constituyera un motivo importante de la Intervención francesa en México.

CAPÍTULO III: LA INTERVENCIÓN Y LOS INTERESES ECONÓMICOS DE FRANCIA EN MÉXICO

El propósito de este tercer capítulo es estudiar las causas de la Intervención francesa en México desde una perspectiva económica. Hay historiadores que sugieren que la decisión de Napoleón III de involucrarse en una impopular expedición al otro lado del Atlántico respondió a necesidades muy concretas de la economía francesa, antes que a razones de otra naturaleza o a proyectos ambiguos. En este sentido, el establecimiento del Segundo Imperio mexicano encabezado por Maximiliano de Habsburgo podría interpretarse como un intento de Napoleón III por establecer un poder en México que estuviera relativamente subordinado al gobierno francés y, sobre todo, que estuviera dispuesto a hacer grandes concesiones para satisfacer los intereses económicos de Francia. Es, sin duda alguna, una idea muy sugerente que, sin quitarle toda la importancia a otras explicaciones de las causas de la Intervención, supone que el factor económico pudo haber sido una condición *sine qua non* de la "aventura mexicana". Así, este capítulo intenta responder a las siguientes interrogantes: ¿Cuál era la situación de la economía francesa a mediados del siglo XIX? ¿Cuáles eran las necesidades específicas de Francia en el ámbito económico? ¿Por qué México era tan importante para satisfacer esos intereses? ¿Hay alguna relación entre el desarrollo industrial capitalista en Francia y la Intervención en México? ¿Representa este episodio histórico un antecedente al imperialismo que se desarrollaría a lo largo de las últimas décadas del siglo XIX y a comienzos del XX?

Después de un breve estudio acerca de la economía francesa en el siglo XIX se abordan dos temas centrales. El primero tiene que ver con la necesidad de plata y de algodón por parte de la economía francesa, tanto por la "hambruna del algodón" que sufrió la industria textil ocasionada por la Guerra de Secesión en Estados Unidos, como por los desequilibrios que sufrió el sistema monetario bimetálico ante la llegada masiva de oro y la fuga de plata. La intervención en México puede interpretarse en este sentido como un intento del Segundo Imperio francés por superar estas dificultades, apropiándose de la plata mexicana. La creencia en la abundancia de metales preciosos en Sonora dio a este estado mexicano una importancia particular dentro de los motivos de la expedición. El segundo gran tema se centra en la voluntad francesa de controlar el mercado mexicano. En un contexto de industrialización, México, famoso por sus recursos naturales, podía brindar a la economía francesa materias primas y a la vez ser el destino de productos manufacturados hechos en Francia. Es entonces inevitable pensar en que quizás la Intervención francesa en México representó un antecedente importante para el imperialismo europeo que habría de prosperar poco después, con una lógica económica de centro-periferia (aunque, desde luego, también cabe señalar las diferencias entre la "aventura mexicana" y ese imperialismo). Por último, y aunado a esto, se propone que esta posible apropiación del mercado mexicano estaba acaso pensada para revitalizar la economía del litoral atlántico de Francia, en especial de Burdeos, en decadencia comercial desde hacía varias décadas.

I.- RASGOS DE LA ECONOMÍA FRANCESA A MEDIADOS DEL SIGLO XIX

En los últimos tiempos han surgido varios trabajos académicos cuyo propósito ha sido el de revisar y reinterpretar la historia de la industrialización. Uno de los supuestos que

esta "nueva historia económica" ha puesto en duda es el que ha tendido a ver a la revolución industrial inglesa como "el" paradigma o "el" modelo de la industrialización.[171] Por consiguiente, el debate actual en torno a la revolución industrial ha puesto en entredicho la idea de que el crecimiento económico en Francia estuviera "atrasado" en el siglo XIX (en comparación con Inglaterra y más tarde con Alemania), y se ha propuesto que fue un modelo alternativo de industrialización, de acuerdo con las características y posibilidades del país.[172] Se ha llegado a nuevas interpretaciones y conclusiones; por ejemplo, que el crecimiento podía conseguirse en escenarios económicos y sociales muy diferentes al inglés y que incluso las tasas de crecimiento llegaron a ser mayores en Francia que en Inglaterra a lo largo del siglo XIX (lo que impide hablar de un "retraso francés"). Las ventajas del caso inglés fueron la abundancia de yacimientos de carbón y ramas como la metalurgia, los ladrillos, el vidrio y el cemento. En cambio, las fortalezas en el caso francés estaban más bien en las secciones terminales del proceso de producción, como los alimentos, la industria textil y la mecánica (aunque el sector textil fue importante en la industrialización en todos los países en general). La industria francesa se orientó a satisfacer la demanda de productos refinados, de un alto valor agregado.[173] La diferencia entre ambos casos no supone, sin embargo, que haya un modelo superior al otro.

La experiencia francesa en el ámbito económico en el siglo XIX fue, en efecto, *sui generis*: a comienzos del siglo XX Francia era un país a medio camino entre la Gran Bretaña y la Europa mediterránea, industrializado pero con un gran peso del sector

[171] Santiago Rex Bliss (compilador), *La Revolución Industrial: perspectivas actuales*, México, Instituto Mora, 1997, introducción.
[172] *Ibid.*
[173] *Ibid.*

agrícola.[174] En general, los rasgos más característicos del desarrollo económico francés son que no hubo una aceleración espectacular sino un proceso de industrialización gradual que abarcó un gran período iniciado desde finales del siglo XVIII, y que hubo fases de desaceleración pronunciada.[175]

En la evolución económica a lo largo del siglo XIX pueden distinguirse dos puntos de inflexión: 1860 (se pasó de un crecimiento fuerte a una fase de desaceleración) y 1896 (este año marcó la ruptura entre un período de estancamiento y un crecimiento acelerado). [176] Así, se constata que el Segundo Imperio estuvo "a caballo" entre dos períodos: la primera mitad del régimen, es decir la mayor parte de la década de 1850, correspondió con un período de desarrollo económico fuerte, y la segunda mitad (década de 1860) coincidió con el principio de una desaceleración. No obstante, es necesario precisar que hubo una cierta continuidad en todo el siglo en el ámbito económico, continuidad que contrasta con la inestabilidad de los regímenes políticos. En efecto, el año de 1860 es uno de cambio de tendencia en el crecimiento de la economía, pero no fue una ruptura brusca ni fue percibido como tal; se trata de un año particularmente importante en la historia arancelaria, pues da inicio con el tratado franco-británico de comercio a un período librecambista.[177] El crecimiento francés en el siglo XIX se caracterizó, pues, la continuidad y por el desarrollo gradual y progresivo de la industrialización, sin una aceleración pronunciada y sin rupturas intensas en los momentos de cambio de tendencia. Quizás esta trayectoria explique la naturaleza "dual"

[174] Jean-Charles Asselain, *Histoire économique de la France du XVIIIe siècle à nos jours. 1. De l'Ancien Régime à la Première Guerre Mondiale*, París, Éditions du Seuil, 1984, p. 9.
[175] *Ibid.,* pp. 12-13.
[176] *Ibid.* p. 130.
[177] *Ibid.* pp. 129-131.

de la economía francesa a comienzos del siglo XX[178] (y en cierta medida hasta nuestros días): la industrialización ciertamente impulsó grandes cambios en las estructuras socioeconómicas, pero el sector agrícola, las viejas estructuras, la producción artesanal y la "pequeña industria" conservaron un peso de suma importancia en el país y convivieron, sin desaparecer, con estructuras y técnicas más modernas.[179]

Uno de los problemas del desarrollo industrial en Francia fue la falta de carbón en el territorio galo con las fronteras posteriores a la caída del Primer Imperio. Esta fue una desventaja ante algunos países vecinos, como los territorios que más tarde habrían de conformar Alemania, ricos en yacimientos de este insumo. La escasez del carbón fue un serio problema, pues la extracción en el norte era costosa y tuvieron que importarse grandes cantidades a un alto precio. Si a eso se añade que durante toda la primera mitad del siglo XIX el transporte era rudimentario, al no haber aún una red ferroviaria como la que habría de construirse durante el Segundo Imperio, se llega a la conclusión de que la falta de abastecimiento de carbón pesó en la economía francesa al traducirse en un alto costo energético, lo que afectó a la industria metalúrgica de base y al desarrollo de la industria en general. De hecho, el esfuerzo por invertir en la modernización de los transportes durante el mandato de Napoleón III puede verse en gran medida como un intento por aliviar las necesidades de abastecimiento de carbón.[180] Pero, como ya se ha sugerido, esta carencia al final no significó un impedimento al proceso de

[178] *Ibid.* p. 9.
[179] Alain Plessis, *op. cit.*, p. 123-125.
[180] Asselain, *op. cit.,* pp. 133-134.

industrialización, pues Francia se centró en industrias que no estaban directamente vinculadas con el alto consumo energético, como los productos de lujo y los textiles.

Después de la caída del Primer Imperio comenzó una etapa de crecimiento económico relativamente fuerte, mismo que se intensificó a lo largo de la década de 1840. Hubo dos fuerzas principales que impulsaron el desarrollo industrial: la agricultura y los transportes. Sobre la primera, cabe señalar la gran importancia del sector agrícola en Francia: a pesar de la urbanización creciente, la población agrícola representaba hacia 1860 el doble de la población activa industrial.[181] El segundo factor de impulso al crecimiento económico y al desarrollo industrial en los años anteriores al establecimiento del Segundo Imperio fue la renovación y el avance de las redes de transporte. En 1842 una ley dio inicio a la gran política de Estado de construcción de ferrocarriles, misma que se intensificaría bajo el Segundo Imperio; la Monarquía de Julio procuró establecer una red ferrocarrilera que radiara desde París para conectar a la capital con varias ciudades de importancia (el Estado tomó responsabilidades en el gasto de las infraestructuras necesarias, como sucedería con Napoleón III).[182]

Finalmente, es preciso señalar que durante el período (de 1815 a la década de 1840) la industria de bienes de consumo conoció un gran desarrollo. No obstante, sin duda la industria más importante y dinámica en los albores del Segundo Imperio era, por mucho, la industria textil, sector clave en la industrialización de todos los países hasta aquel entonces. En Alsacia hubo una gran difusión del tejido mecánico y otras innovaciones que beneficiaron en particular a la industria algodonera.[183]

---

[181] *Ibid.* p. 138.
[182] *Ibid.* p. 142.
[183] *Ibid.,* pp. 144-145. Los productos de calidad eran importantes en las exportaciones francesas, pues los textiles finos y los llamados "productos de París", de lujo, se beneficiaban de una gran demanda en Inglaterra, Bélgica y EEUU.

En suma, durante la primera mitad del siglo XIX hubo en Francia un período de crecimiento y desarrollo industrial. A pesar de problemas como la falta de carbón y el consiguiente alto costo energético, hubo dos motores principales que impulsaron el desarrollo durante los años anteriores al establecimiento del Segundo Imperio: la agricultura y la construcción de ferrocarriles. La industria comenzó a desarrollarse en varios ámbitos, pero fue particularmente importante en el sector de productos de consumo y, sobre todo, en el sector textil.

El Segundo Imperio aparece como una época de prosperidad, de desarrollo económico, de progreso técnico, de avances en los transportes y de cambios en las estructuras socioeconómicas. La primera mitad del régimen se caracterizó por un desarrollo industrial pronunciado, a diferencia de la segunda mitad, que a pesar de seguir siendo un período de prosperidad y de industrialización marcó el inicio de la larga desaceleración del siglo XIX en la economía francesa. La década de 1850 fue especialmente importante ya que correspondió con el apogeo de la prosperidad agrícola (sector promotor del desarrollo industrial), con el nacimiento del sector bancario moderno, con la era de los grandes proyectos de renovación urbana y con la fase decisiva de la revolución ferroviaria.[184]

Cabe destacar la importancia del papel que desempeñó el Estado francés en el ámbito económico. El historiador Alain Plessis asegura que el Segundo Imperio fue el primer régimen en Francia en dar prioridad a los objetivos de naturaleza económica:

[184] *Ibid.* p. 146. En opinión de Asselain, el crecimiento en esa década se caracteriza más por un cambio de naturaleza que por una nueva aceleración.

Napoleón III dio enorme importancia al desarrollo de la industria y para eso creyó que era necesario facilitar de manera excepcional el préstamo de capitales.[185] Durante los primeros años del régimen los nuevos bancos (cuya proliferación favoreció el gobierno) otorgaron grandes préstamos debido a la idea de "gasto productivo", idea moderna defendida por el emperador en *l'Extinction du paupérisme.*[186] En efecto, el régimen presumió de haber concedido grandes créditos para favorecer gastos productivos y en su propaganda oficial exaltó el "sufragio universal de los capitales" y la "democratización del crédito público". El gobierno de Napoleón III procuró inspirar confianza en los hombres de negocios de tal manera que no dudasen en invertir sus capitales, así como propiciar el espíritu de empresa propio del capitalismo. De hecho, el gobierno fungió como promotor, organizador y coordinador de la colaboración entre el Estado, el gran patronato y los banqueros. Por ejemplo, en el Consejo Superior de Agricultura, Comercio y Trabajos Públicos se sostuvieron importantes reuniones entre altos funcionarios, ministros (como Rouher y Baroche), economistas (Michel Chevalier), patrones, representantes del mundo financiero y grandes empresarios (como el ingeniero Ferdinand de Lesseps). El gobierno procuró adaptar la legislación al apogeo del capitalismo e intentó no obstaculizar las actividades empresariales con reglamentos rígidos. Ahora bien, la participación activa del fuerte Estado con Segundo Imperio en la economía francesa fue particularmente notable en el decreto de varios grandes proyectos de utilidad pública, tal como el desarrollo del ferrocarril.[187]

Desde la década de 1840 la Monarquía de Julio había emprendido políticas orientadas a la creación de una red ferroviaria que conectara París con otras grandes ciudades francesas. No obstante, el auge del ferrocarril tuvo lugar entre 1856 y 1863, en

[185] Alain Plessis, *op. cit.,* pp. 85-86.
[186] *Ibid.* p. 87.
[187] *Ibid.* p. 90.

pleno Segundo Imperio:[188] por ejemplo, Francia no superaría la cantidad de locomotoras construidas en 1857 sino hasta 1909.[189] Entre 1850 y 1860 el kilometraje de vías férreas construido en Francia superó al de Gran Bretaña y al de Alemania, y de hecho para 1860 ya estaba terminada la construcción de la mayoría de las grandes vías.[190] En este sector la intervención del Estado fue decisiva, ya que otorgó grandes concesiones de explotación y propició la fusión de empresas.[191] La revolución ferroviaria fue crucial para el crecimiento económico y en el desarrollo industrial al demandar gran cantidad de productos metalúrgicos, por una parte, y por otra al favorecer la articulación de un mercado nacional. Los trenes unieron París con todas las fronteras, hicieron que el precio del transporte disminuyera, terminaron las penurias alimentarias locales, bajaron los precios de producción, facilitaron el transporte del carbón y abrieron a Francia al comercio exterior.[192] El historiador Jean-Charles Asselain dice que el impacto del ferrocarril durante el Segundo Imperio fue tal que durante la década de 1850 casi ningún aspecto de la vida económica y social se escapó de su influencia.[193]

En cuanto a la industria en sí, puede decirse que durante la década de 1850 el centro de gravedad en la economía de Francia pasó de la pequeña industria a la gran industria.[194] En efecto, los primeros años del Segundo Imperio marcan el triunfo de la gran industria moderna que se caracterizó por un desarrollo acelerado de la producción, una reducción del precio de los productos y un equipamiento creciente de máquinas. Fue una década de gran innovación y de mecanización en la producción, esto en gran parte favorecido por el desarrollo de la máquina de vapor, el reemplazo progresivo de la

---

[188] Guy Palmade, *op. cit.,* Capítulo II.
[189] Asselain, *ibid.,* p. 147.
[190] *Ibid.* p. 142.
[191] Alain Plessis, *op. cit.* p. 113.
[192] *Ibid.* pp. 116-118.
[193] Asselain, *op. cit.,* pp. 149-150.
[194] Alain Plessis, *op. cit.,* p. 126.

fundición con madera por los altos hornos y los descubrimientos científicos en general.[195] Los sectores de mayor crecimiento durante los años cincuenta, los motrices de la economía francesa, fueron las industrias directamente vinculadas con la construcción de ferrocarriles y con la marina (la siderurgia y las construcciones mecánicas), así como las industrias de bienes de consumo, en particular los textiles (esta industria se benefició de una gran productividad debido a la mecanización de la producción, especialmente en la región de Alsacia).[196]

El año de 1860 representa en la historia económica de Francia el inicio de una desaceleración relativamente prolongada. Como ya se ha mencionado anteriormente, se trató de un cambio de tendencia y no de una ruptura brusca: la producción siguió aumentando y la industrialización continuó desarrollándose, pero los precios tendieron a estancarse o a bajar y, por consiguiente, los beneficios de las empresas comenzaron a peligrar. Así, pues, el régimen de Napoleón III fue incapaz de reproducir el crecimiento y la dinámica de la década de 1850.[197] Los emprendedores recurrieron menos al crédito, hubo crisis en el comercio y en la industria,[198] la expansión se hizo irregular, el comercio dejó de ser un gran promotor del crecimiento económico y la incertidumbre comenzó a ganar terreno. Fue en este contexto que tuvo lugar la Intervención francesa en México. Los orígenes de la crisis en la década de 1860 son varios: en el ámbito de la industria textil, la guerra civil en Estados Unidos interrumpió la llegada de algodón y la

[195] *Ibid.* p. 119.
[196] *Ibid.* pp. 120-125.
[197] *Ibid.* p. 97.
[198] Las crisis que estudió Clément Juglar, que se repetían cada seis años, aproximadamente.

pebrina limitó la producción de seda; la industria vitícola se vio afectada por plagas de filoxera; y, finalmente, la red de ferrocarriles ya estaba casi totalmente terminada, por lo que la construcción de vías férreas en Francia fue escasa durante esa década.[199]

El hecho de que el inicio de esta crisis en Francia se identifique con el año de 1860 ha llevado a suponer que una de las causas de la depresión fuera el Tratado franco-británico de comercio de ese mismo año, al dar fin al "sistema protector" e iniciar una etapa de librecambismo relativo. No obstante, conviene señalar que ese tratado fue en realidad de mayor provecho para el comercio francés que para el británico, pues Inglaterra importó gran cantidad de productos franceses industriales y de alto valor agregado. Ahora bien, el comercio exterior francés sí se vio afectado en general, en especial por el proteccionismo de varios países europeos, en especial el de los que habrían de conformar Alemania pocos años después. Conforme fue avanzando el siglo la desaceleración y el estancamiento de la economía francesa fueron acentuándose, particularmente debido a tres factores: la derrota de 1870 (que supuso una amputación territorial y la pérdida de una de las regiones más industrializadas de Francia), una profunda depresión agrícola y un cierto envejecimiento de la población francesa.[200]

Con base en todo lo anterior, y para fines del presente estudio, cabe resaltar dos características de gran importancia para comprender en qué condiciones económicas se encontraba Francia a la hora de intervenir en México. La primera tiene que ver con la industrialización del país: Francia tuvo un modelo propio de desarrollo económico en el siglo XIX que se centró en los productos de lujo y en los textiles (la industria textil fue crucial para la industrialización de todos los países hasta entonces, pero en otras partes habían otras industrias en las que Francia no pudo especializarse, como la del carbón).

[199] Asselain, *op. cit.* pp. 152-155.
[200] *Ibid.* pp. 155-163.

La segunda está relacionada con la coyuntura: en 1860 inicia un cambio de tendencia económica, un lento estancamiento. Ciertamente la causa de este enfriamiento económico tuvo que ver con varios factores, como la crisis en el abastecimiento de algodón para las industrias textiles francesas que provocó en estallido de la Guerra de Secesión en Estados Unidos en 1861. No obstante, también puede sugerirse que la década de 1850 había sido de gran expansión de la industria y del mercado interno y que para el decenio siguiente las oportunidades económicas al interior de Francia fueron más limitadas (por ejemplo, lo esencial de la red de ferrocarriles ya estaba construido). A partir de los años sesenta Francia se volcó hacia el exterior en busca de nuevos mercados, como muestra el tratado comercial con Inglaterra, negociado por Michel Chevalier y, acaso también la Intervención francesa en México…

II.- Dos necesidades concretas en los albores de la Intervención francesa: el algodón y la plata

Una de las razones económicas de la Intervención francesa de mayor envergadura fue la crisis en el abastecimiento de algodón ocasionada por la Guerra de Secesión (1861-1865), así como los problemas que trajo consigo la llegada masiva de oro proveniente de grandes yacimientos descubiertos a mediados del siglo XIX. A continuación se estudia el argumento según el cual la necesidad de plata fue un motivo que llevó a Francia a emprender su intervención en México para aliviar dos problemas de naturaleza económica: la "hambruna del algodón" y los desequilibrios que había sufrido el sistema monetario bimetálico francés pocos años antes de la "aventura mexicana". La plata era necesaria para pagar a los productores de algodón de la India y para contrarrestar la fuga de ese metal en Francia, ocasionada por la gran entrada de oro.

México era reconocido por su gran producción minera y además la creencia en la abundancia de metales preciosos en el estado de Sonora, territorio cercano a California, hizo de la expedición a México un proyecto ambicioso para el gobierno francés. En este sentido, el hecho de que la Intervención francesa culminase con el establecimiento del Segundo Imperio mexicano puede interpretarse como un intento de Napoleón III por instalar un gobierno que estuviera dispuesto a hacerle grandes concesiones para satisfacer las necesidades de la economía francesa (propósito que no fue un fracaso total pero que se enfrentó a las reticencias de Maximiliano a ceder ante las exigencias francesas que pusieran en entredicho la soberanía nacional).

A.- La industria textil y la crisis del algodón

En la parte anterior se describió el sector textil como una de las ramas más dinámicas de la economía francesa. En realidad la modernización fue lenta y gradual, ya que los talleres artesanales prevalecieron en la producción de textiles,[201] pero sin duda fue la industria de mayor importancia durante los años del Segundo Imperio francés: los textiles no sólo representaban el sector que mayor ocupación laboral creaba, sino además eran la industria que mayor valor agregado aportaba a la economía francesa: la industria textil, junto con industrias relacionadas como la confección, daba trabajo a 2,100,000 de franceses, es decir, al 48% de la población activa industrial de Francia bajo el mandato de Napoleón III. Además, los textiles aportaban casi el 40% del valor agregado de la producción industrial total de Francia al iniciarse la década de 1860, seguido por la metalurgia, que aportaba cerca del 24%. Por lo tanto, puede decirse que

[201] Plessis, *op. cit.* p. 125.

era la rama de la industria de mayor importancia durante el Segundo Imperio, tanto en términos de ocupación laboral como de creación de riqueza.

Cabe señalar que dentro de la industria textil el insumo de mayor peso era el algodón. Si bien los tejidos hechos a base de lana y de seda aumentaron su importancia durante el Segundo Imperio, tuvieron que hacer frente a problemas como una enfermedad que redujo la población de gusanos de la seda (la pebrina). Además, estos dos materiales se utilizaban sobre todo para la elaboración de tejidos de lujo, mismos que aportaban un alto valor agregado pero cuya producción era bastante menor comparada a la de tejidos hechos a base de algodón. Así, pues, la industria algodonera era la más dinámica dentro del sector textil al iniciar la década de 1860.[202]

No obstante, un acontecimiento externo redujo drásticamente el abastecimiento de algodón: la Guerra de Secesión. En efecto, la gran mayoría del algodón que Francia necesitaba para satisfacer las necesidades su industria textil se importaba, y el 93% de estas importaciones provenía del sur de los Estados Unidos.[203] Al estallar la guerra civil entre la Unión y la Confederación del Sur en abril de 1861, Washington impuso un bloqueo al comercio de los estados secesionistas para asfixiarlos económicamente, lo que tuvo serias consecuencias para la industria más importante de Francia. La interrupción del comercio algodonero entre ambos países ocasionó una seria escasez de ese insumo en los talleres de textiles galos, dando como resultado lo que se conoció como *la famine du coton* ("la hambruna del algodón").[204]

Así, pues, al iniciar la Intervención francesa en México la industria textil francesa se encontraba en medio de una grave crisis de abastecimiento de algodón. La falta de esa materia prima causó el cierre de varios centros de producción de tejidos y

[202] *Ibid.* p. 123.
[203] Shirley J. Black, *op. cit.*, capítulo III.
[204] Asselain, *op. cit.* p. 155.

esto a su vez ocasionó un aumento en el desempleo. Por supuesto, para un régimen que se jactaba de su prosperidad se impuso la necesidad de prevenir el desempleo, fuente de descontento social y de posible inestabilidad política. Como se verá más adelante, una de las razones económicas de la Intervención francesa en México fue la escasez de algodón, pues el norte del país, cercano geográficamente a los estados de la Confederación, se prestaba para el desarrollo de plantaciones algodoneras…

B.- El sistema monetario bimetálico, el auge del oro y la escasez de la plata

La otra materia prima que el gobierno de Napoleón III intentó llevar a Francia desde México fue la plata. Este metal precioso era necesario por dos razones: para comprar algodón y para contrarrestar la escasez de plata originada por la llegada masiva de oro al sistema monetario francés.[205] México era (y es hasta la fecha) el primer productor mundial de plata y la economía francesa necesitaba desesperadamente del metal para aliviar la crisis de los textiles, así como un problema monetario serio. No obstante, esta no podía ser una razón que se expusiera públicamente ni que justificara la Intervención, pues Napoleón III se ganaría la hostilidad de Inglaterra y de Estados Unidos, también interesados en la riqueza mineral mexicana. Por lo tanto, el abastecimiento de plata fue un asunto que el gobierno francés manejó con gran discreción.[206] Asimismo, el proceso de extracción de la plata suficiente para satisfacer las necesidades francesas requirió de la instalación de un gobierno afín a los intereses franceses, más allá de una mera intervención...

[205] Shirley J. Black, *ibid.*
[206] *Ibid.,* introducción.

Así, pues, una de las razones por las que la economía francesa requería de plata está estrechamente vinculada con la necesidad de algodón para evitar la decadencia de los textiles, la industria de mayor importancia en Francia. En efecto, ante la imposibilidad de adquirir algodón proveniente del sur de los Estados Unidos por la Guerra de Secesión y por los intentos de Washington por ahogar económicamente a los estados de la Confederación, Francia no tuvo más remedio que buscar nuevos proveedores. Ya se sugirió que el gobierno francés vio en México la posibilidad de desarrollar plantaciones algodoneras, pero en realidad esa opción únicamente rendiría frutos a mediano plazo y la industria textil no podía esperar. Así, Francia vio en la India la posibilidad de abastecerse de algodón mientras durara la Guerra de Secesión.[207] Ahora bien, los vendedores de algodón de la India exigían que se les pagase con plata, el metal más común en las transacciones del subcontinente en ese entonces, pues se había desmonetizado el oro en 1850.[208] En Francia comenzaba entonces a escasear la plata y Napoleón III vio en México, primer productor de plata a nivel mundial, la oportunidad de conseguir el preciado metal para poder pagar a los productores de algodón en la India y así evitar el descontento social que provocaría la crisis en el sector textil.[209]

¿Pero por qué escaseaba la plata en la Francia de Napoleón III? La respuesta está en la llegada masiva de otro metal precioso: el oro. A mediados del siglo XIX se dio la "fiebre del oro" por el descubrimiento de importantes yacimientos: en 1848 se descubrieron minas de oro en California, en 1850 en Canadá, en 1851 en Australia y en 1853 en Nueva Zelanda.[210] La explotación de las minas de estas regiones, además de las

[207] *Ibid.,* capítulo III.
[208] *Ibid.*
[209] *Ibid.*
[210] Palmade, *op. cit.,* capítulo II.

de Siberia, fue de tal magnitud que la producción mundial de oro de 1850 a 1875 igualó a la que se había producido entre 1493 y 1849.[211] La gran mayoría del oro (80%) proveniente de los yacimientos recién descubiertos se hizo moneda,[212] lo que representó un cierto problema para la economía francesa...

El sistema monetario francés era de carácter bimetálico: una ley de 1803 había hecho del franco de plata la unidad monetaria de Francia, pero también se aceptaban monedas de oro en las transacciones, como mero suplemento.[213] Dicha ley establecía que la moneda de un franco tenía que ser de cinco gramos de plata pura al 90%, y que habría una moneda de 6.45 gramos de oro puro al 90% cuyo valor sería de veinte francos. Con el sistema bimetálico las autoridades monetarias emitieron, pues, monedas con los dos metales. Un kilo de plata generaba 222.2 francos y uno de oro producía 3,445 francos, por lo que una unidad de oro equivalía a 15.5 unidades de plata. Esta relación era la establecida por las autoridades monetarias francesas, que procuraban que se acercara lo más posible a la del mercado, que dependía del valor de mercado de cada uno de estos dos metales. La proporción con base en precios de mercado se mantuvo por encima de 15.5 de 1820 a 1850, pero cayó por debajo de esta cifra durante los años 1850 y hasta 1866, al reducirse el valor del oro debido a su gran producción en esos años.[214] Al suceder esto, la plata cobró un mayor valor en el mercado, lo que hizo atractiva su exportación y esto ocasionó una gran fuga de ese metal de Francia al extranjero. El oro comenzó a remplazar a la plata tanto en el ámbito de la moneda en circulación como en las reservas del Banco de Francia, pues el país importó dos quintas

---

[211] Shirley J. Black, *op. cit.,* capítulo III.

[212] Palmade, *ibid.*

[213] Dickson H. Leavens, *Silver Money,* Principia Press, Inc., Bloomington, Indiana, 1939, capítulo IV, en http://cowles.econ.yale.edu/P/cm/m04/

[214] Angela Redish, "The Persistence of Bimetallism in Nineteenth-Century France", en *The Economic History Review*, New Series, vol. 48, núm. 4 (nov. 1995), pp. 717-736.

partes de la producción total de oro entre 1848 y 1870.[215] Las exportaciones francesas de plata superaron a las importaciones de ese metal de 1852 a 1864, año en que comenzó el experimento del Segundo Imperio en México...[216] Una comisión formada en 1857 a petición del gobierno le había recomendado a éste una medida para frenar la fuga de plata de Francia: establecer impuestos sobre la exportación del metal. El gobierno, en sintonía con el librecambismo sansimoniano de aquel entonces, rechazó esta opción al ser contraria a "los verdaderos principios económicos", lo que dio seguimiento a la sangría de plata.[217]

Hay evidencia para sostener que durante la década de 1840 la situación había sido la contraria: mucha plata en circulación y poco oro. En la década de 1850 y la primera mitad de la de 1860 la situación se revirtió por la llegada masiva de oro, como ya se ha visto. No obstante, la escasez de oro a lo largo de los años 1840 no afectó a la economía francesa como sí lo hizo la carencia de plata después. El economista de Molinari escribió en la revista *Économiste Français*: "la escasez de oro honestamente no causó grandes inconvenientes. Sin duda, las monedas de oro son, para varias transacciones, preferibles a la plata, pero si es necesario, uno puede arreglárselas sin ellas; la plata y las notas bancarias pueden tomar su lugar… La abundancia de oro presenta muchos más inconvenientes que los que causó su escasez."[218] ¿Por qué? La respuesta es sencilla: las monedas de plata eran las más utilizadas en las transacciones de todos los días, pues eran de ese metal las monedas de 20 y 50 centavos, así como las de 1, 2 y 5 francos. Las monedas de oro tenían un valor mayor y, al haber una fuga de

[215] Dickson H. Leavens, *ibid.*
[216] Shirley J. Black, *ibid.*
[217] Angela Redish, *ibid.,* pp. 732-733.
[218] *Ibid.,* p. 732 (la traducción es mía).

plata, hubo falta de "cambio".[219] Esto llegó a ser un serio problema que amenazó con paralizar la economía francesa, pues la falta de "cambio" hizo que varias transacciones no se llevaran a cabo. En 1854 se acuñaron 2,123,887 francos en plata, la menor cantidad desde 1795[220] y de 1858 a 1866 la acuñación de monedas de ese metal en Francia fue insignificante.[221] En 1845 los medios metálicos disponibles eran de 500 millones de francos de oro y 3,000 millones de francos de plata, pero para 1870 eran de 5,000 millones de francos de oro y 2,000 millones de francos de plata.[222] Esta crisis también afectó a la vecina Bélgica, que había adoptado el sistema bimetálico francés en 1832 (un año después de haber declarado su independencia) y que de 1854 a 1865 había pasado a depender de la acuñación francesa de plata. La situación en ese país fue igualmente grave y a causa de eso el ministro belga de finanzas renunció en 1861.[223] De hecho, la creación de la Unión Monetaria Latina en 1865 entre Francia, Bélgica, Suiza e Italia (todos países con sistema bimetálico) puede entenderse como un intento por estabilizar la situación monetaria y, aunque varios pugnaron por el establecimiento de un sistema unimetálico basado exclusivamente en el oro, se salvaguardó el bimetalismo por unos años más (Michel Chevalier era uno de los grandes defensores de la continuidad de la plata como moneda).[224]

En suma, la crisis de la plata afectó a la economía francesa y el gobierno de Napoleón III se vio en la necesidad de conseguir dicho metal por dos razones: para comprar algodón en la India y así aliviar los problemas de la industria textil, y para compensar el gran desequilibrio entre el oro y la plata en las transacciones del país.

---

[219] *Ibid.,* p. 733.
[220] Shirley J. Black, *ibid.*
[221] Angela Redish, *ibid.,* p. 731.
[222] Alain Plessis, *op. cit.,* p. 91.
[223] Shirley J. Black, *ibid.*
[224] Dickson H. Leavens, *ibid.*

México era el mayor productor de plata en el ámbito mundial y parecía una buena oportunidad intervenir en el país para abastecerse del metal precioso. Desde luego, esta razón de la intervención no podía exponerse abierta y públicamente, ya que eso causaría la oposición de Londres y Washington, a quienes París quería convencer de la justicia de su "aventura mexicana". Ahora bien, la creencia en la abundancia y la riqueza de México era exagerada, a menudo alejada de la realidad y hacía especial énfasis en las minas del norte.

C.- *Mythos* Sonora

El estado de Sonora ocupa una gran importancia dentro de los intereses económicos (y geopolíticos) que Francia buscaba satisfacer mediante su intervención en México. Por una parte, su cercanía con California, donde se acababan de descubrir varias minas ricas en metales preciosos, alimentaba la creencia (con una gran dosis de fantasía) de que ese estado guardaba en su suelo grandes yacimientos de riquezas de todo tipo, entre ellas, la plata. Por otra parte, se creía que el norte de México en general se prestaba bien para el desarrollo de cultivos de algodón, acaso por su relativa proximidad con los estados productores de algodón del sur estadounidense. Ahora bien, el intento francés por controlar Sonora también obedeció a una lógica geopolítica aunada a la riqueza de sus minas: se señaló la posibilidad de que Estados Unidos terminase por anexar el territorio sonorense y, de ser así, que Washington se apoderase de sus recursos y terminase por controlar los precios del oro y de la plata en el ámbito mundial, haciendo así vulnerable a la economía francesa y europea en general.[225] En otras palabras, la posible apropiación de Sonora y de sus minas por parte de Estados Unidos consolidaría a ese país como gran

[225] Shirley J. Black, *op. cit.,* introducción.

potencia, subyugando política y económicamente a los países de Europa. De ahí el interés de Napoleón III en controlar la región.

1.- Orígenes de la leyenda europea sobre la riqueza sonorense

Desde que España tuvo acceso a la riqueza proveniente de las minas de la Nueva España, las demás potencias europeas percibieron ese control como una amenaza. La envidia de potencias como Francia e Inglaterra se vio reflejada en el acoso que sufrieron repetidas veces los barcos españoles que transportaban la plata (entre otros metales) de Veracruz a Cádiz.[226] Algunos documentos, como la descripción que hizo el jesuita alemán Pfefferkorn de Sonora, llamaron la atención de varios europeos, pero el interés del viejo continente en los recursos mineros del norte de la Nueva España adquirió un nuevo impulso sobre todo a raíz de la publicación de los escritos de Alexander von Humboldt.[227] Este famoso viajero difundió la leyenda de la riqueza de Sonora y apuntó que las minas que ahí yacían no se habían podido explotar adecuadamente debido a incursiones indias y a la falta de agua.[228] La importancia de los escritos de Humboldt reside en el hecho de que le dio un carácter científico a la creencia en la abundancia de metales preciosos en el estado y ejerció gran influencia en lo que se habría de escribir sobre México durante la primera mitad del siglo XIX.[229]

Otros viajeros al noroeste mexicano fueron los franceses C. Combier, quien visitó México de 1828 a 1831 y publicó *Voyage au Golfe de Californie. Description de la Sonora et de ses richesses minérales,* y Eugène Doflot de Mofras, quien escribió

[226] *Ibid.,* capítulo II.
[227] *Ibid.*
[228] Ana Rosa Suárez Argüello, *Napoleón III y William M. Gwin: el fracaso de sus planes de colonización en el noroeste de México.* Tesis de licenciatura. UNAM, México, 1980.
[229] *Ibid.,* p. 7.

Exploration du territoire de l'Oregon, des Californies, et de la mer Vermeille, exécutée pendant les années 1840, 1841 et 1842. Por lo general, los escritos decimonónicos europeos sobre México y sobre Sonora en particular repetían un mismo patrón: se hacía una descripción exagerada que exaltaba varios elementos como lo afortunado de la posición geográfica, lo privilegiado del clima, la enorme riqueza minera, la fertilidad del suelo y, sobre todo, la idea de que el noroeste era una tierra abundante en minas de oro y plata que había que ocupar, pues el control del gobierno central sobre la región era bastante limitado y las incursiones indias habían impedido una óptima explotación de sus recursos. Además, los viajeros franceses destacaban la probabilidad de que Sonora fuese absorbida por Estados Unidos, por lo que Francia habría de intervenir en cuanto se le presentase la ocasión. El descubrimiento de las minas californianas reforzó esta percepción por la cercanía geográfica de Sonora; los mismos estereotipos se vieron reflejados en las novelas de escritores franceses como Paul Duplessis y Gabriel Ferry y de ahí penetraron en los círculos políticos franceses y en la opinión pública.[230]

Un viajero francés que merece especial atención debido a que se instaló en México a comienzos del mandato de Napoleón III es Hippolyte du Pasquier Dommartin. Viajó al noroeste del país de 1849 a 1850 y obtuvo concesiones de los gobiernos de Chihuahua y Sonora de terrenos baldíos y permisos para poblarlos con colonos franceses. Según él, la colonización francesa de Sonora pondría fin a la expansión estadounidense y protestante. El gobernador sonorense, José de Aguilar, contactó al entonces embajador de Francia, André Levasseur, para promover la inmigración europea y, a cambio de instalarse en el estado, los franceses recibirían pagos con riqueza metálica.[231] No obstante, el gobierno federal derogó las concesiones otorgadas a

[230] *Ibid.,* pp. 11-14.
[231] Shirley J. Black, *op. cit.,* capítulo II.

Dommartin y éste regresó a Francia para publicar en 1852 *Les États-Unis et le Mexique: l'intérêt européen dans l'Amérique du Nord.* Este documento tuvo cierta difusión y en él pugnaba por que sus conciudadanos apoyasen sus proyectos, pues, creía, Estados Unidos tomaría aún más territorio mexicano para construir el ferrocarril transcontinental, lo que le permitiría a Washington controlar el mercado de toda América del Norte y afectaría a los intereses industriales y comerciales europeos.[232]

En suma, a comienzos del Segundo Imperio francés ya habían penetrado en la opinión pública creencias en la riqueza sonorense, en la abundancia en metales preciosos y, sobre todo, en la posibilidad de que Sonora fuera a ser anexada por Estados Unidos, lo que terminaría afectando los intereses europeos. De ahí la necesidad de ocupar el noroeste mexicano, de explotar sus recursos y de instalar colonias europeas...

2.- Las expediciones filibusteras y los diplomáticos franceses

Los escritos de viajeros franceses al norte de México muy probablemente repercutieron en las ideas de la élite del Segundo Imperio, pero las expediciones de filibusteros pocos años antes de la Intervención sentaron un precedente importante, ya que reflejaron la vulnerabilidad de México y los múltiples intereses que estaban en juego en la región.

Tras el descubrimiento de las ricas minas californianas varios franceses se instalaron en el oeste de Estados Unidos con la ilusión de poder hacer fortuna fácilmente. Sin embargo, la mayoría de ellos sufrieron una cierta discriminación por parte de la población anglosajona, también recién instalada. En este contexto, no pocos franceses residentes en California buscaron mejores oportunidades con el fin de enriquecerse y vieron en Sonora esta posibilidad. El territorio de ese estado no sólo carecía de población anglosajona sino además se encontraba muy próximo al de

[232] Ana Rosa Suárez, *op. cit.,* pp. 14-15.

California, por lo que, pensaron, tendría yacimientos igual de ricos. Además, los periódicos en francés que se publicaban en California reproducían la leyenda sonorense.[233]

Los primeros filibusteros que percibieron la falta de control político en Sonora por parte del gobierno federal y que intentaron apoderarse de partes del territorio sonorense fueron Charles de Pindray y Lepine de Segondis, pero ambos fracasaron en 1852.[234] En marzo de ese año llegó a la Ciudad de México el más importante de los filibusteros franceses: el conde Gaston de Raousset-Boulbon. Este viejo oficial del ejército francés había llegado a California en 1850 y, al decepcionarse de la fiebre del oro que lo había llevado hasta la región, decidió probar su suerte en México, apoyado por el cónsul francés en San Francisco, Patrice Dillon. Raousset viajó a la capital para conseguir un convenio que le permitiera colonizar y recibió el apoyo del entonces embajador de Francia, André Levasseur, quien logró que la casa bancaria Jecker-Torre y Cía apoyara sus proyectos. Se constituyó la "Compañía Restauradora de la Mina de Arizona" con el propósito de explotar los yacimientos de las minas sonorenses.[235]

Raousset-Boulbon se comprometió a formar en San Francisco una compañía de ciento cincuenta franceses para explorar la región y tomar posesión de tierras y minas en nombre de sus patrocinadores (Jecker, personaje que se estudiará más adelante, Torres y asociados, quienes obtendrían la mitad de los bienes), siempre dentro de los límites geográficos acordados. Los franceses reunidos por el conde (alrededor de doscientos) desembarcaron en Guaymas en junio de 1852 y el gobierno les impuso ciertas condiciones para adentrarse en territorio sonorense, como el renunciar a la

[233] *Ibid.,* pp. 22-23.
[234] *Ibid.* p. 25.
[235] *Ibid.,* p. 26.

nacionalidad francesa, mismas que los galos rechazaron.[236] Por consiguiente, el gobierno del estado dejó de enviarles víveres y preparó una expedición punitiva. Ante el deterioro de relaciones entre los filibusteros y las autoridades locales, Raousset-Boulbon solicitó hombres y armas a San Francisco, lo que le permitió tomar la ciudad de Hermosillo, pero varios franceses (sin saberlo Raousset, pues se enfermó de disentería) aceptaron la disolución de la compañía y regresaron a California. Ahí, el conde preparó una segunda expedición con la ayuda del cónsul Dillon y varios hombres de negocios se interesaron en el asunto, entre ellos, William M. Gwin.[237]

El embajador de Francia en México, André Levasseur, invitó de nuevo a Raousset-Boulbon, quien llegó a la capital en julio de 1853 y propuso a Santa Anna el emprender planes de colonización y de defensa de la frontera con una legión francesa. El mandatario mexicano se negó y el conde francés regresó a California para planear la conquista de Sonora.[238] Santa Anna advirtió a Alphonse Dano, nuevo *chargé d'affaires* de Francia en México, que todo participante en la expedición filibustera sería tratado como pirata. En abril de 1854 llegaron Raousset y los suyos a Guaymas y, poco después, las fuerzas mexicanas derrotaron a los aventureros franceses y ejecutaron a Raousset.[239]

Lo importante de las expediciones filibusteras, en especial la de Raousset-Boulbon, radica en que llamó la atención de los diplomáticos franceses y del gobierno de Napoleón III. En 1856 el escritor francés Henri de la Madeleine escribió un libro, *Le Comte de Raousset-Boulbon,* cuyo éxito en las librerías llevó a una segunda edición.[240]

---

[236] *Ibid.* pp. 26-27.
[237] *Ibid.* pp. 30.
[238] *Ibid.,* pp. 31-33.
[239] *Ibid.,* pp. 33-35.
[240] Jean Meyer, Jean Tarrade, Annie Rey-Goldzeiguer y Jacques Thobie, *op. cit.,* 481.

Es muy improbable que el gobierno francés diese su apoyo a todas estas aventuras, pues causaron cierta tensión con el gobierno mexicano; más bien consistió en una ayuda personal por parte de algunos diplomáticos quienes pensaban que el control de Sonora por ciudadanos franceses estaría dentro del interés de su país, además de que quizás podrían satisfacer ciertas ambiciones.[241] Ahora bien, eso no quiere decir que en gobierno de Napoleón III no se interesara por sus actividades; de hecho las expediciones aumentaron el interés francés por Sonora, tanto por su riqueza como por la idea geopolítica de poner un alto a la expansión estadounidense. Las expediciones filibusteras evidenciaron la idea de una tierra rica y vulnerable y significaron un precedente importante en el sentido de una presencia de franceses en territorio mexicano antes de la Intervención. Los informes de diplomáticos franceses y su interés en las expediciones hicieron llegar la leyenda sonorense al gobierno del Segundo Imperio, así como el peligro de expansión norteamericana.[242]

3.- Jean Baptiste Jecker y William McKendree Gwin

Como ya se ha visto, Gaston de Raousset-Boulbon obtuvo apoyo financiero por parte de la casa bancaria Jecker-Torres y Cía, quien obtendría la mitad de las minas y terrenos explorados por la "Compañía Restauradora" (a la que pertenecían, entre otros, el presidente Mariano Arista, el embajador Levasseur y el gobernador José de Aguilar).[243] J. B. Jecker era un banquero suizo interesado en las minas sonorenses y, después de muerto Raousset-Boulbon, perseveró, obtuvo más concesiones en Sonora por parte del gobierno mexicano y se le otorgaría un tercio de las tierras que inspeccionara. Sin embargo, el gobernador sonorense, Ignacio Pesqueira, expulsó a los inspeccionistas

[241] Ana Rosa Suárez, *ibid.,* pp. 35-36.
[242] *Ibid.* pp. 41-50.
[243] Shirley J. Black, *op. cit.,* capítulo V.

enviados por el banquero.[244] Poco después, en 1859, hizo un préstamo al presidente conservador, Miguel Miramón, quien necesitaba recursos para combatir a los liberales. Al quedar derrotado el bando conservador en 1860 y al declarar Juárez nulos todos los contratos y concesiones otorgados por sus enemigos, en enero de 1861, Jecker quedó en bancarrota.[245]

Sin embargo, el cuñado del suizo, X. Elesser, obtuvo el apoyo del conde de Morny en Francia, quien era medio hermano de Napoleón III y presidente del Cuerpo Legislativo en aquel entonces. Morny se comprometió a hacer que el gobierno mexicano pagase a Jecker a cambio de un 30% de comisión y, como sostiene Ana Rosa Suárez, "pudo mezclar el negocio de los bonos entre los motivos de la Intervención."[246] El medio hermano del emperador consiguió que se le otorgase a Jecker la nacionalidad francesa de tal manera que los diplomáticos franceses pudiesen exigir el pago de las reclamaciones del banquero a las autoridades mexicanas. Es posible que Morny influyese en el nombramiento de Dubois de Saligny como embajador en 1860 para que éste diera prioridad al asunto. De hecho, este personaje sugirió al gobierno de Napoleón III el intervenir en México para proteger los intereses franceses ante la negativa del gobierno de Juárez a reconocer el valor de los bonos de Jecker, así como por la declaración de la suspensión del pago de la deuda. En palabras de Ana Rosa Suárez, "los bonos Jecker cumplieron su función política: habían proporcionado a Francia un pretexto para intervenir en México."[247]

Jecker, además de la reclamación del pago de unos quince millones por los bonos que otorgó a los conservadores, reclamaba grandes extensiones en Sonora, pues

---

[244] *Ibid.*
[245] Ana Rosa Suárez, *op. cit.,* p. 55.
[246] *Ibid.,* p. 57.
[247] *Ibid.,* pp. 56-58.

en 1854 había obtenido una concesión de Santa Anna para deslindar tierras baldías en el estado a cambio de una porción de las tierras deslindadas. El gobierno de Comonfort había llegado a un acuerdo similar con el banquero suizo, pero el presidente Juárez no lo reconoció y Jecker se trasladó a París, donde ya estaba el conservador Miramón. El suizo propuso a las autoridades francesas el establecimiento de una colonia de norteamericanos confederados en el norte de México bajo protección europea para poder explotar la riqueza sonorense, pero para aquel entonces Napoleón III ya pensaba en intervenir en el país, razón por la que no tenía sentido otorgar concesiones en un territorio que, pensaba el emperador, habría de estar a su alcance. Así terminaron las posibilidades de Jecker, pero el banquero logró atraer aún más la atención del gobierno francés al estado de Sonora...[248]

William McKendree Gwin era un estadounidense que había participado en la conquista del norte de México y fue uno de los primeros senadores del estado de California. Al estallar la Guerra de Secesión se instaló en París, donde se involucró en la vida política y económica del Segundo Imperio. Ahí se entrevistó con Maximiliano, futuro emperador de México, e intentó convencerlo de la necesidad de poblar el norte del país con confederados que se comprometieran a serle leales. No obstante, el archiduque se mostró escéptico, pues el monarquista mexicano José María Gutiérrez de Estrada le había advertido que los confederados, a pesar de poder ser simpatizantes de la monarquía, siempre serían enemigos de los intereses de México.[249]

En febrero de 1864, el nuevo embajador francés en México, el marqués de Montholon, concluyó un convenio con el Consejo Mexicano de Regencia que ponía a Sonora bajo "protección directa y soberana" de Francia por quince años, además de que

[248] *Ibid.,* pp. 58-68.
[249] Shirley J. Black, *op. cit.,* capítulo VI.

ese país tendría derecho a explotar sus metales como medio para que México pagara sus deudas a Francia. Sin embargo, Maximiliano se opuso firmemente a esta medida.[250] A pesar de eso, Gwin insistió a Napoleón III sobre la conveniencia tanto para México como para Francia de explotar los recursos de Sonora mediante el establecimiento de colonias mineras extranjeras, idea a la que se oponían varios conservadores por el precedente de los colonos en Texas. El simpatizante de la Confederación llegó a México en julio de 1864, donde se entrevistó en secreto con el mariscal Bazaine, quien le aseguró que apoyaría sus proyectos a pesar de la oposición de Maximiliano. Gwin presionó a la pareja imperial aduciendo la presencia de juaristas en el norte, pero el emperador mexicano se opuso a toda medida que pudiera terminar perjudicando la integridad territorial de su nuevo país. En 1865, Gwin volvió a Francia, pero a pesar de su fracaso puso en evidencia los intereses franceses en la riqueza de Sonora.[251] Cabe señalar que tanto Gwin como Sonora estuvieron presentes en el intercambio epistolar que mantuvieron Napoleón III y Maximiliano, como muestran estos fragmentos de una carta que el primero escribió al segundo el 16 de noviembre de 1864:

> [...] Yo sé que los proyectos del Sr. Gwyn no han sido puestos en marcha en México y, no obstante, es el hombre que en aquel país puede brindar el mayor servicio. Hace falta, para explotar Sonora, adoptar para las minas la lo... (palabra ilegible) española y para los colonos la de América del Norte.
>
> Se teme en México ver a la Sonora convertirse en una provincia americana [estadounidense], pero créame usted que si no se hace nada, así será por el curso de las cosas. Los colonos y aventureros ya la penetran individualmente y cuando lleguen a ser numerosos, sin organización y sin control por parte del gobierno, se declararán independientes. Cosa que no pasará si el gobierno encabeza la inmigración, planta una bandera y organiza el país.

[250] *Ibid.*
[251] *Ibid.*

> [...] En cuanto al tren que debe unir a México y Vera-Cruz, creo que nada es de mayor importancia.[252]

Otra carta, en esta ocasión de Maximiliano a Napoleón III, seguramente en respuesta a la anterior, escrita el 27 de diciembre de 1864, dice:

> [...] la instalación en Sonora de un gobierno regular bajo la protección simultánea de las banderas francesa y mexicana es el objeto de toda mi solicitud y me permitirá apreciar en un futuro cercano, espero, los recursos de esa interesante porción de mi vasto imperio. (Sólo) a partir de entonces estaré encantado de ver al Sr. Gwyn atraer, por la instalación de ese gobierno, los numerosos colonos [norte]americanos que parecen sólo estar esperando su señal para venir a buscar fortuna, agrupándose alrededor de él.[253]

Por último, puede verse en esta carta que Maximiliano dirigió al emperador francés un año después, el 27 de diciembre de 1865, que hubo cierta presión por parte del gobierno francés hacia el mexicano para que éste cediera ante las reclamaciones de Jecker:

> He demostrado a través de documentos, mismos que le he enviado con el último correo, que en enero de 1865 podríamos haber estado sin déficit y que son sólo las operaciones de guerra las que nos han llevado al estado deplorable de nuestras finanzas. Otras medidas han empeorado el presupuesto y no han sido merecedoras de aprobación, y he ahí el porqué me he visto moralmente obligado a llegar a un desagradable acuerdo con Jecker, arreglo que ingenuamente aprobé sólo porque creí estar haciendo un servicio real a mi mejor amigo, al Emperador Napoleón.[254]

4.- Michel Chevalier y su visión de México

Michel Chevalier merece especial atención al haber sido una de las personas más cercanas al emperador Napoleón III. En su libro "México antiguo y moderno" describe ideas acerca de la riqueza de México en general y de Sonora en particular, y no es

---

[252] Conte Corti, *op. cit.,* pp. 634-635 (la traducción es mía).
[253] *Ibid.,* p. 638 (la traducción es mía).
[254] *Ibid.,* pp. 671-672 (la traducción es mía).

atrevido suponer, debido a su estrecha relación con él, que el mandatario francés compartiese la mayoría de sus ideas. Chevalier, quien fue senador y miembro del Consejo de Estado durante el Segundo Imperio, viajó a México entre 1833 y 1835. En su libro no sólo justificó la Intervención en México ante la opinión pública francesa, sino que además reflejó varios propósitos del emperador.[255]

Chevalier hizo una descripción de México en la que hacía especial énfasis en la abundancia de riquezas, en lo afortunado del clima, la posición geográfica estratégica y demás estereotipos exóticos, siguiendo el patrón de otros visitantes europeos que escribieron sobre el país. Para fines del presente capítulo, es de especial interés reproducir los pasajes en los que Chevalier habla de la plata y de Sonora, entre otras cuestiones económicas:

> [...] las entrañas de la tierra no dejan de encerrar también ricos tesoros, las minas de plata abundan en ella, y el país suministra una cierta cantidad de oro que proviene casi en su totalidad de las primeras [...][256]

Dice que a pesar de que a mediados del siglo XIX la producción mexicana de metales preciosos se viera rebasada por la de California y Australia, tal hecho no se debía a que en México hubiera menos yacimientos, sino a la "influencia de la mala organización política que detiene el progreso en toda materia."[257]

> Aun en el imperio azteca, que estaba más adelantado que todos los restantes, la producción de plata era muy escasa, a pesar de que el suelo mexicano es el más rico en minas de este metal.[258]

> El número de los filones argentíferos que presenta México, es casi ilimitado. Al norte, y principalmente en la parte occidental del país, se ven multiplicarse estos filones, tanto más, cuanto nos aproximemos más al golfo de California [...][259]

---

[255] Ana Rosa Suárez, *op. cit.,* p. 17.
[256] Michel Chevalier, *op. cit.,* p. 344.
[257] *Ibid.*
[258] *Ibid.,* p. 345.

> Lo que distingue los filones argentíferos de México, y por lo demás, los de las otras comarcas de América, es la magnitud de sus dimensiones [...][260]

> Lo que distingue las minas de plata de México de las del Perú y de la mayor parte de las demás comarcas americanas, es el carácter o más bien el clima de los parajes donde se encuentran. El mayor número de las minas mexicanas se presentan en puntos hospitalarios para el género humano.[261]

> Si México adoptase por fin una organización política que restableciera el orden, la seguridad, el respeto a la propiedad; si se construyesen en él buenas carreteras y algunas vías férreas, a fin de disminuir los gastos de transporte, que son exorbitantes; si en la legislación de minas del país se introdujesen las mejoras que los hombres competentes han indicado, la producción de plata sólo con esto adquiriría bien pronto las mayores proporciones.[262]

Después, Chevalier pasa a hablar de las minas de oro, y dice que las minas más notables de este metal son las de Sonora, "que los americanos del norte han codiciado y que han estado a punto de obtener [...]."[263]

> La Sonora parece ser, con relación al oro, la prolongación de la California, de la que es limítrofe: todos los viajeros hablan con admiración de los hermosos lechos de aluviones auríferos que contiene [...] La falta de brazos, causa y efecto al mismo tiempo del abandono en que se encuentra la Sonora, impide que estos hermosos lechos de oro sean utilizados. Pero este es el caso de repetir lo que acabamos de decir respecto a las minas de plata de México: o los mexicanos se apresuran a sacar mejor partido de estos elementos de riqueza pública y privada, o pierden hasta la misma provincia como han perdido la California.[264]

---

[259] *Ibid.*. p. 346.
[260] *Ibid.,* p. 347.
[261] *Ibid.,* pp. 347-348.
[262] *Ibid.,* p. 351.
[263] *Ibid.,* p. 352.
[264] *Ibid.,* p. 353.

Más adelante, después de sugerir que la falta de mano de obra mexicana podría compensarse mediante la inmigración china, Chevalier toca el tema del clima y del algodón:

> Como el país presenta la reunión de todos los climas, no hay semilla que no se pueda recolectar en él, y suponiendo que hubiese en el mundo una comarca tan favorecida por la naturaleza que pudiera bastarse a sí misma, sería esta.[265]

> El algodón, sobre el que está fija la atención de todo el mundo desde que ha estallado la guerra civil de los Estados Unidos, podría México suministrarle en gran cantidad a las fábricas de Europa, lo que no sería ninguna novedad, pues México no ha cesado de producir algodón para sus propias necesidades, y enviarle en mayor o menor cantidad a los mercados europeos. Una parte muy considerable de su territorio es admirablemente apropiada a este cultivo.[266]

Como puede verse, los temas de la crisis de los textiles, el algodón, la plata y Sonora están presentes en el libro que Chevalier dedica a México. El estrecho contacto entre él y el emperador dejan suponer que ambos compartían una visión de intereses franceses en México, como ya se ha visto en el capítulo anterior. Chevalier da cuenta de las oportunidades que ofrecía México para la consecución de dichos intereses y subraya la necesidad de emprender cambios en el ámbito político para poder aprovechar las riquezas del país.

Incluso si Francia no llegó a controlar de manera efectiva el territorio sonorense, el hecho de ocupar México y de instalar ahí el Segundo Imperio mexicano le dio un cierto acceso al territorio dominado por el gobierno de Maximiliano. Se calcula que

---

[265] *Ibid.,* p. 380.
[266] *Ibid.,* p. 383.

Francia extrajo de México una cantidad aproximada de 373,019 libras esterlinas de plata, lo que le permitió paliar tanto el problema monetario como el de la hambruna del algodón. Las importaciones francesas de plata superaron en 1864 el nivel de 1849, cosa que no hubiera sido posible de no haberse ocupado del metal precioso el mariscal Bazaine. Desde esta óptica, la "aventura mexicana" no fue un fracaso total, sino un éxito financiero.[267] Esto contrasta con la enorme discreción con que se llevó el tema de extraer plata de México, por evidentes razones: se suponía que Francia iba a reclamar el pago de la deuda y a apoyar a los conservadores, no a saquear las minas. De haberse hecho público el asunto, Estados Unidos e Inglaterra se habrían opuesto tajantemente.

III.- UN MERCADO PARA FRANCIA

Anteriormente se han analizado dos necesidades muy concretas de la economía francesa en los albores de la intervención que Napoleón III emprendió en México: el algodón y la plata (tanto para comprar algodón como por razones monetarias). A continuación se estudia otro factor que pudo haber sido un motivo económico de peso para la "aventura mexicana": el hacer de México un mercado que no sólo proveyese a Francia de materias primas, sino además que fuese un destino importante de productos industrializados franceses. No se trata de una necesidad tan inmediata como la de los insumos a los que ya se ha hecho referencia, sino de un objetivo que se cumpliría más bien a mediano plazo. No obstante, esto no le quita relevancia al argumento y hay cierta evidencia para sostener que fue una causa significativa de la Intervención francesa en México. Es inevitable asociar este propósito con la experiencia imperial europea que se intensificó a

[267] Jean Meyer, Jean Tarrade, Annie Rey-Goldzeiguer y Jacques Thobie, *op. cit,* pp. 480-484.

finales de siglo XIX, de la cual puede ser un precedente importante, aunque con diferencias también considerables.

A.- La Guerra de Secesión, la crisis del algodón y el inicio de una nueva experiencia imperial

La "hambruna del algodón" no sólo significó un serio problema para la industria textil de Francia, sino además se tradujo en un cambio en el naciente sistema económico capitalista. Según el historiador estadounidense Sven Beckert, la Guerra de Secesión y la consiguiente abolición de la esclavitud en las plantaciones del sur de Estados Unidos indujeron una restructuración de la red mundial de producción de algodón, pero no sólo de ese insumo, sino del capitalismo en general. Sostiene que esa guerra fue el elemento clave que hizo que la economía política mundial pasara de la producción de algodón basada en la esclavitud a un sistema colonial en el que las potencias europeas industrializadas buscaron abastecerse de materias primas en otras latitudes sin recurrir a la servidumbre como la que había habido hasta entonces en las plantaciones del sur de Estados Unidos.[268]

¿Cómo se explica que paradójicamente la Guerra de Secesión y la emancipación de los esclavos del sur favoreciera el desarrollo de un imperialismo económico en el cual las principales potencias industriales de Europa se disputaran el control de otras regiones del mundo? ¿Es posible ver en la "aventura mexicana" de Napoleón III una de las primeras experiencias del imperialismo europeo que habría de acentuarse con el transcurso del siglo XIX hasta el estallido de la Gran Guerra en 1914? Para responder a

[268] Sven Beckert, "Emancipation and Empire: Reconstructing the Worldwide Web of Cotton Production in the Age of the American Civil War", en *American Historical Review*, núm. 109 (diciembre), 2004, pp. 1405-1438.

estas interrogantes es preciso primero dar cuenta de la importancia de la industria algodonera dentro del capitalismo a mediados de siglo y estudiar la reacción de algunas potencias industriales ante el corte en el abastecimiento del "oro blanco".

Ya se ha visto en la sección anterior la importancia de la industria textil en la economía francesa; no obstante, este sector estaba en el corazón del capitalismo mundial de aquel entonces. Para 1861, año en que estalló la guerra civil en Estados Unidos, el algodón se había vuelto, por mucho, el insumo principal de las industrias manufactureras más dinámicas del mundo en términos de beneficios.[269] Regiones enteras como Massachusetts, Alsacia, Sajonia, Moscú y Lancashire dependían del abastecimiento barato de esta materia prima. La industria algodonera situó a Estados Unidos en el centro de la economía mundial, pues a finales de la década de 1850 el 77% del consumo británico de algodón, el 90% del francés, el 60% del Zollverein alemán[270] y el 92% del moscovita provenía del sur de ese país.[271] Al depender en aquel entonces la producción algodonera de la esclavitud, el estallido de la Guerra de Secesión no sólo involucró la integridad territorial de Estados Unidos, sino que también estaban en juego la servidumbre como fuerza de trabajo y la prosperidad de la industria que más dependía de ella, la textil.

La importancia del algodón era tal que la Confederación confió en que podía usar la prohibición de la exportación del insumo como carta para presionar a otras potencias, en especial a Londres, con el fin de que se le reconociera diplomáticamente,[272] cosa que al final no sucedió. La Unión terminó imponiendo un bloqueo al comercio del sur, lo que hizo que para 1862 las exportaciones de algodón

[269] *Ibid.,* p. 1408.
[270] Es decir, la unión aduanera (1834) de los países de la Confederación germánica, establecida en 1815.
[271] *Ibid.,* pp. 1408-1409.
[272] *Ibid.,* p. 1409.

fueran prácticamente nulas, a pesar del esfuerzo de varios por violar ese bloqueo.[273] La llamada "hambruna del algodón" cambió entonces las relaciones comerciales mundiales: las tremendas pérdidas que sufrieron los manufactureros europeos empujaron a los gobiernos a encontrar nuevas maneras para asegurar el abastecimiento de ese cultivo, pues era central para el funcionamiento de la economía de sus países (y, por lo tanto, para la estabilidad social y política). El algodón se había convertido en un asunto de Estado y su carencia favoreció la eclosión de un nuevo tipo de imperialismo. El primer país en el que esto se hizo evidente fue la India, donde comerciantes, cultivadores locales y burócratas británicos se propusieron plantar algodón para satisfacer la demanda de los principales mercados del mundo (en la parte anterior se vio que una de las razones por las que Francia necesitaba plata era para comprar algodón a los productores de la India, quienes exigían un pago con ese metal). Las autoridades británicas pusieron gran empeño en este objetivo e invirtieron a gran escala en infraestructuras en la India. Además, los inversores tuvieron legalmente el poder sobre aquellos cultivos a los que asignaban su dinero. Esto, junto con el aumento del precio del algodón, hizo que la India tuviera un auge económico, de tal manera que para 1862 el país contribuía con el 75% del suministro a Gran Bretaña y con el 70% a Francia.[274]

Lo importante es que las potencias europeas buscaron abastecerse de algodón mediante una nueva política imperialista. El caso de la India es el más importante, pero se repitieron experiencias similares en otras partes del mundo, como en Egipto,[275] en la costa nororiental de Brasil, en Argentina, en China, en Asia Central, en otras partes de África (en la zona del Golfo de Guinea). Los casos de mayor éxito fueron los de la India, Egipto y Brasil, pues adquirieron una notable presencia en los mercados

[273] *Ibid.,* p. 1410.
[274] *Ibid.,* pp. 1410-1413.
[275] Para un estudio sobre el caso egipcio véase David S. Landes, *op. cit.*

europeos. Es de suma importancia destacar un rasgo característico de este nuevo imperialismo: el papel central que jugó el Estado. Los esfuerzos de los manufactureros antes de la guerra se habían centrado en inversiones privadas, pero la "hambruna del algodón" puso en evidencia y profundizó la dependencia de los capitalistas textileros del Estado, pues éste habría de estar al frente de la nueva experiencia imperial en otras regiones del mundo para asegurar el acceso a ciertas materias primas, en este caso el algodón.[276]

La Guerra de Secesión y la crisis del algodón hicieron que una parte muy importante de comerciantes, manufactureros y trabajadores, muy especialmente ingleses y franceses, presionara a sus gobiernos a favor de la causa confederada, para así asegurar el abastecimiento de algodón. No se reconoció diplomáticamente a la Confederación, pero fue una posibilidad y varios actores vinculados al mundo textil abogaron por llevarla a cabo. El gobierno de la Unión sabía que la cuestión del algodón preocupaba a varios gobiernos europeos y, con el objetivo de que éstos no se inclinaran diplomáticamente a favor del Sur, se convirtió en un promotor importante de la producción de algodón en otras partes del mundo. Así, irónicamente el mayor productor de algodón del mundo impulsó el cultivo de esta materia prima en otras latitudes como estrategia para destensar las relaciones entre Washington y los países europeos.[277]

La consecuencia de lo anterior es que varios capitalistas de Europa que al comienzo de la crisis del algodón pugnaban por la causa de la Confederación del Sur comenzaron hacia 1863 a tomar en serio la posibilidad de erigir un gran imperio algodonero que no involucrara una mano de obra esclavizada.[278] La Guerra de Secesión puso fin a la servidumbre que había estado a la base de la prosperidad de comerciantes y

[276] *Ibid.,* pp. 1413-1415.
[277] *Ibid.,* p. 1417.
[278] *Ibid.,* p. 1418.

manufactureros de varias ciudades europeas. Desde luego, una vez acabada la guerra, estos capitalistas descartaron la posibilidad de reconstruir una red algodonera basada en la esclavitud. Estaba gestándose una nueva combinación de tierra, trabajo, capital y poder estatal: el imperialismo económico que había surgido con la hambruna del algodón y que habría de cobrar gran fuerza con el pasar de los años hasta 1914. Empresarios y burócratas imperiales se dedicaron a establecer una nueva red de producción algodonera basada en las experiencias de la India, Egipto Brasil y otros países, durante la guerra. Un pilar del nuevo imperio algodonero fue la expansión geográfica para integrar a la economía mundial regiones donde abundara el trabajo, como en la India.[279] Otro bastión fue una nueva forma de trabajo caracterizada por la ausencia de esclavitud, pero en la cual comerciantes poderosos controlaban amplias zonas rurales donde se plantó el "oro blanco". Los campesinos, aunque a menudo eran propietarios de la tierra que cultivaban, eran pobres por lo general y los caciques locales se encargaron de endeudarlos continuamente para mantenerlos en las plantaciones (los campesinos tuvieron que comprometerse a pagar sus deudas con altas tasas de interés ofreciendo el algodón, varios meses antes del tiempo de la colecta). Es necesario subrayar una cuestión de suma importancia: el papel de los Estados europeos en el nacimiento del nuevo sistema imperial. Éstos recurrieron a su poder coercitivo para asegurar el acceso a territorios, fuerza laboral y mercados; las potencias europeas construyeron un imperialismo económico e instalaron en los territorios que ocuparon varias infraestructuras (como el ferrocarril) para facilitar el transporte del algodón, y más tarde el de otras materias primas.[280]

[279] *Ibid.*, pp. 1419-1421.
[280] *Ibid.,* pp. 1422-1429.

Sven Beckert asegura, como se ha visto, que la Guerra de Secesión en Estados Unidos fue un acontecimiento que llevó a los Estados europeos a buscar abastecerse de algodón en otras partes del mundo, lo que dio lugar al establecimiento de un sistema imperialista que duraría hasta el estallido de la Gran Guerra en 1914. Lo que aquí se propone es que la Intervención francesa en México puede verse como un suceso temprano en el contexto del imperialismo económico en cuestión, aunque con importantes diferencias que hacen de la "aventura mexicana" una experiencia muy original en esta búsqueda de algodón y nuevos mercados por parte de las potencias industrializadas, en este caso Francia. Antes de aportar la evidencia que hay para sostener lo anterior, cabe brevemente hacer reparos en torno a un tema: ¿qué entendemos por imperialismo? No hace falta repasar todas las discusiones académicas que ha habido respecto a este término,[281] pero no está de más precisar algunas de las características del imperialismo de aquel entonces. Para Ronald J. Horvath, el imperialismo es una forma de dominación (control ejercido sobre el territorio y/o comportamiento de otros) de un grupo sobre otro, siendo ambos grupos de cultura distinta; además, se distingue del colonialismo en que no hay un número significativo de personas que se establecen de manera permanente en el territorio de los dominados (en el caso del colonialismo se asienta una *colonia*, en el imperialismo no).[282] En cuanto al sistema de dominación europea sobre otras latitudes para asegurar el abastecimiento de algodón y otras materias primas (1861-1914) se trató, de acuerdo con la definición anterior, de imperialismo económico y no de colonialismo. Durante ese período la

[281] Para un estudio sobre el uso del término "imperialismo" en la historia y las diversas interpretaciones que se han hecho de él, desde mediados del siglo XIX hasta los años noventa del siglo XX, véase Patrick Wolfe, "History and Imperialism: A Century of Theory, from Marx to Postcolonialism", en *The American Historical Review*, vol. 102, núm. 2, Oxford University Press, 1997, pp. 388-420.

[282] Ronald J. Horvath, "A Definition of Colonialism", en *Current Anthropology,* vol. 13, núm. 1, The University of Chicago Press, 1972, pp. 45-57.

relación económica entre las potencias imperiales y las regiones controladas por ellas era totalmente asimétrica, ya que los Estados europeos buscaban abastecerse de materias primas, de bajo valor agregado, y a la vez hacer de los territorios controlados un mercado para sus productos industrializados finales, de alto valor agregado.[283]

En la dimensión económica de la Intervención francesa en México hay cierta evidencia para sostener que Francia quería hacer de México no sólo un espacio en el cual pudiera proveerse de materias primas, sino también un mercado en el cual vender sus productos industrializados. Una de las características del imperialismo decimonónico que acaba de describirse es el activo papel del Estado en la búsqueda de territorios donde las potencias europeas pudieran abastecerse de las materias necesarias para sus industrias. Esto puede verse en la conocida carta que Napoleón III dirige en octubre de 1861 al conde de Flahaut, su embajador en Londres, en la que habla de México:

> […] ese país [México], dotado de todas las ventajas de la naturaleza […] ofrecería una salida importante al comercio inglés, español y francés explotando sus propias riquezas, al fin brindaría grandes servicios a nuestras fábricas extendiendo sus cultivos de algodón.[284]

El mismo interés del emperador en la prosperidad de la industria de su país puede verse en un fragmento de la carta que escribe al general Forey explicándole sus motivos para justificar la intervención:

---

[283] Este hecho ocupa un lugar importante en la Teoría de la dependencia, cuyas propuestas tuvieron especial resonancia en América Latina en los años sesenta y setenta del siglo XX. De acuerdo con las ideas de esta corriente, la asimetría económica que hubo durante el imperialismo económico (materias primas vs. productos finales) era característica del capitalismo. Éste se organizó *grosso modo* en un centro industrializado (las potencias europeas) y una periferia subdesarrollada, cuyas posibilidades de crecimiento económico se vieron limitadas a causa de su papel de proveedora de materias primas y de la competencia con un centro que ya tenía una amplia ventaja industrial. Véase Patrick Wolfe, *op. cit.,* pp. 393-397.

[284] Carta citada de Egon Caesar Conte Corti, *op. cit.,* p. 601 (la traducción es mía).

> […] habremos establecido nuestra influencia bienhechora en el centro de la América, y esta influencia […] creará salidas inmensas para nuestro comercio y proporcionará las materias indispensables a nuestra industria.[285]

La "regeneración de México" de la que se habló en el capítulo anterior desde la perspectiva del establecimiento de una barrera infranqueable para salvar al "mundo latino" en América también tiene sentido si se le ve desde una óptica económica: hacer de México un país que produjera más materias primas para la industria francesa. De hecho, para los historiadores Jean Meyer, Jean Tarrade, Annie Rey-Goldzeiguer y Jacques Thobie, ambas cosas iban de la mano. Según ellos, el establecimiento de un gobierno fuerte en México tendría para Napoleón III la doble ventaja de obstaculizar futuras incursiones estadounidenses en América Central y de ofrecer un mercado interesante para las exportaciones de la industria francesa y para la compra de materias primas.[286] En este sentido pueden interpretarse varios pasajes de *México antiguo y moderno* de Michel Chevalier, como el siguiente:

> [...] México bien gobernado podría ofrecer a nuestras fábricas europeas recursos ilimitados para proveerse de este precioso textil [el algodón], así como también le sería posible expedir para Europa lana, seda, lino y cáñamo, pues todas estas producciones son fáciles de naturalizar allí [...]. Agréguese a todo esto la explotación de las minas de plata, que no necesita más que fomento, y se verá que México ofrece un campo indefinido a la actividad del hombre, y por consiguiente que puede alimentar una gran población consagrándose únicamente a producir primeras materias [...].[287]

---

[285] Carta de Napoleón III al gereral Élie Forey, Fontainebleau, 3 de julio de 1862, citada de Erika Pani, *op. cit.,* p. 39.

[286] **Jean Meyer, Jean Tarrade, Annie Rey-Goldzeiguer y Jacques Thobie, *op. cit.,* p. 483.**

[287] Michel Chevalier, *op. cit.,* pp. 383-384. Cabe decir que además de los productos que Chevalier menciona, Francia ya importaba en cantidades considerables grana cochinilla, vainilla, añil, cacao y madera de México. Véase Jean Meyer, *Francia y América. Del siglo XVI al siglo XX*, Madrid, Editorial MAPFRE, 1992, p. 202.

Después de decir que las "necesidades de la industria" habían acercado a Europa de Asia, Chevalier dice:

> Así la civilización occidental, ya resida en México o en la Unión americana, ya tenga su asiento en los estados cuyas florecientes capitales son Londres, París, Berlín, Viena y San Petersburgo, ve ante sí espacios infinitos que llaman a su comercio y a sus hombres emprendedores.

Cabe brevemente señalar que la "aventura mexicana", vista desde esta perspectiva, presentó importantes diferencias con el imperialismo europeo de finales de siglo XIX. Una de ellas es que Napoleón III apoyó la instauración de un gobierno que, él esperaba, estuviera dispuesto a concederle beneficios económicos, sin que los franceses se encargasen de administrar directamente cualquier tipo de actividad económica, mientras que en el período imperial las potencias europeas intervendrían directamente en explotaciones agrícolas y de otra índole con el fin de extraer materias primas. Si Francia logró en efecto extraer plata del suelo mexicano, esto no lo logró sino mediante una estricta discreción. El gobierno de Maximiliano, aunque dependía del ejército galo, pretendía conservar la soberanía de México y el emperador francés quería de hacer del país un área de influencia que conservara su independencia. En contraste, durante la experiencia imperial que iniciaría pocos años más tarde, las potencias europeas industrializadas ocuparían amplias zonas geográficas en África y Asia instaurando en ellas administraciones coloniales bajo su autoridad. Además, durante la Intervención francesa en México no hubo coerción ni endeudamiento de campesinos u otros trabajadores para forzar su permanencia en el lugar del trabajo, como sí sucedería con el imperialismo decimonónico. Quizás Napoleón III creía que sería natural que Maximiliano no sólo satisficiese las demandas francesas que en teoría habían dado pie a la intervención, sino que además su gobierno le cediera concesiones y privilegios

económicos. En otras palabras, el flujo de materias primas hacia Francia y la consolidación de México como mercado de los productos franceses dependerían de la buena relación entre ambos imperios, y no de la voluntad y coerción francesas.

En suma, puede verse en la Intervención francesa un antecedente importante para el imperialismo de finales del siglo XIX, aunque fue una experiencia original, muy *sui generis* en el contexto de la búsqueda de un nuevo sistema que remplazara la servidumbre. Este episodio histórico concuerda con algunas de las características de ese imperialismo: el activo papel del Estado (francés) en la búsqueda de acceso a nuevas latitudes con el fin de satisfacer necesidades económicas y la pretensión de establecer una relación económica asimétrica con México ("la periferia", de acuerdo con la teoría de la dependencia), es decir, extraer del país materias primas, de bajo valor, y hacer de él un mercado para los productos industriales finales, con alto valor agregado, de Francia ("el centro"). El Segundo Imperio mexicano, al depender militarmente del ejército francés, iba a tener que fungir como un régimen en teoría independiente pero afín a los intereses de Francia, entre ellos los económicos. El hecho de que Maximiliano se mostrara reticente a satisfacer esos intereses ya es harina de otro costal.

B.- Un mercado para Burdeos y la costa atlántica francesa

Esta última sección del capítulo quiere proponer que la aventura mexicana, en sintonía con lo que se ha dicho en torno al imperialismo, iba a tener una consecuencia económica todavía más específica: reactivar la economía .de la costa atlántica y en particular del puerto de Burdeos, en decadencia desde varias décadas atrás. En el primer capítulo se vio que uno de los ambiciosos proyectos del emperador francés era establecer una dominación paralela sobre el mundo mediterráneo, con el canal de Suez,

y sobre el continente americano, con el canal que quería abrir en el Istmo de Tehuantepec o en América Central. El puerto que más se estaba beneficiando de la expansión francesa en la cuenca mediterránea era Marsella, que tuvo un auge económico durante los años del Segundo Imperio. La "aventura mexicana" iba a establecer una expansión imperial, de las características antes descritas, en el continente americano, y sus principales beneficiarios iban a ser franceses de los puertos de la costa atlántica, sobre todo bordeleses.

El puerto de Burdeos había comenzado a perder influencia a mediados de siglo XVIII, cuando la Guerra de los Siete Años (1756-1763) había hecho que el Canadá francés (incluida Acadia) pasara totalmente bajo control británico. No obstante, la revuelta de los esclavos haitianos y la posterior independencia de Santo Domingo (1804) significaron un duro golpe para la economía del puerto aquitano, que entró en franco declive, junto con el oeste de Francia en general. Napoleón I había intentado reconquistar la isla y Luisiana para rehacer un imperio francés en el nuevo continente pero, al fracasar, tuvo que resignarse a conservar en América sólo las Antillas que le quedaban (Martinica y Guadalupe), la Guayana francesa y San Pedro y Miquelón. Además de la pérdida de colonias con las cuales comerciar, Burdeos comenzó a decaer porque a lo largo del siglo XIX perderían importancia varios productos que habían sido centrales en el comercio atlántico, como el azúcar, el café y el vino, ante el aumento del valor de otros productos necesarios para la industrialización, como el carbón y el acero.[288] De hecho, durante el Primer Imperio francés la economía del país se volcó hacia los países del continente europeo y el centro de gravedad de la actividad económica de Francia pasó del suroeste al noreste.

[288] Jean Meyer, *op. cit.,* pp. 167-183.

Otro factor que contribuyó en gran medida al declive de Burdeos fue el proteccionismo que se impuso sobre las Antillas francesas. Los enormes aranceles sobre el azúcar y el café no franceses en realidad no hicieron más que aumentar el precio de esos productos para los consumidores franceses, y el café y azúcar de Cuba, Brasil, Colombia, islas británicas caribeñas y América Central ganaron competitividad en el mercado europeo. Eso quiere decir que Burdeos dejó de ser el principal puerto proveedor de esos productos en Europa. Además, la "ley del pabellón" gravaba todas las importaciones con altísimos impuestos si eran transportadas en barcos no franceses. Esto dio en la práctica un monopolio a la marina mercante francesa con respecto al mercado francés, pero los países de América Central y del Sur respondieron imponiendo muy altas barreras arancelarias a los productos franceses, siendo el vino (especialidad de Burdeos) la mayor víctima.[289] El Havre remplazó en importancia a Burdeos y a Nantes en la costa atlántica francesa, sobre todo en relación con el comercio colonial con las islas azucareras.[290] Así, la región que más decayó de la costa atlántica de Francia fue la del suroeste, la del Golfo de Vizcaya.

La situación en Marsella, el puerto colonial rival de Burdeos, era la contraria a comienzos del Segundo Imperio. Durante el siglo XVIII había sido un puerto próspero que comerciaba con las costas africanas, América y el lejano oriente (con Cantón). Marsella también perdió dinamismo con el advenimiento de la Revolución francesa, pero durante la Restauración buscó nuevos horizontes, como Madagascar y la costa occidental de África, donde los marselleses llegaron a competir con comerciantes ingleses. No obstante, lo que había generado la prosperidad del puerto, notable en los albores del Segundo Imperio, había sido la conquista de Argelia, emprendida a

[289] *Ibid.,* pp. 186-189.

[290] **Jean Meyer, Jean Tarrade, Annie Rey-Goldzeiguer y Jacques Thobie, *op. cit,* p. 374.**

comienzos de la Monarquía de Julio. La cámara de comercio marsellesa había hecho un gran esfuerzo de cabildeo a favor de la aventura colonial francesa en Argelia, misma que permitió al comercio colonial del puerto llegar a representar entre un 20% y un 25% del comercio colonial total de Francia. Esa actividad comercial permitió el crecimiento y la industrialización de la ciudad y, para finales de la Monarquía de Julio, Marsella era el primer puerto de Francia y el quinto a nivel mundial. Desde luego, la colonización de Argelia se había vuelto una necesidad económica para los marselleses, pues de ella dependía la prosperidad de su ciudad.[291]

La "política mediterránea" de Napoleón III (entendida ésta como la continuación de la asimilación de Argelia al territorio francés, así como la presencia empresarial y política en Túnez, Egipto, el Levante, la construcción del canal de Suez, etc.) favoreció el proseguimiento del dinamismo de Marsella. El canal de Suez estaba abriendo a los marselleses la posibilidad de expandir su comercio hacia la costa oriental de África y hacia el Lejano Oriente (contando con la Isla de la Reunión como punto estratégico). Durante los años 1850 el emperador concedió al general Randon la dirección de Argelia. El gobierno militar de este personaje (1851-1858) fomentó la construcción de obras de infraestructura, entre ellas el ferrocarril, con el fin de desarrollar la industria y el comercio°.[292] Desde luego, dada la cercanía geográfica, la gran mayoría del comercio entre la colonia y la Francia continental se llevó a cabo entre Argel y Orán por una parte, y Marsella por otra. Fueron varios los empresarios y comerciantes marselleses que se lanzaron a hacer negocios en el Mediterráneo; entre ellos, Édouard Dervieu, quien fungió como banquero del virrey egipcio Ismail con su entidad financiera Dervieu

[291] *Ibid.,* pp. 371-374.
[292] *Ibid.,* pp. 421-423.

et Cie, los Charles-Roux, o la familia Pastré.[293] En suma, la idea de Napoleón III de hacer del Mediterráneo un mar dominado por Francia, con gran presencia de empresarios y negociantes galos en los distintos países de la cuenca, favoreció principalmente la prosperidad de Marsella y de sus hijos.

Burdeos había visto frustradas sus aspiraciones de recuperar su dinamismo bajo la Monarquía de Julio, sobre todo porque las viejas colonias americanas estaban en pleno declive. Los bordeleses se oponían a la abolición de la trata de negros, ya que la esclavitud era un pilar de la economía de las Antillas francesas y Guayana (y, por consiguiente, de la suya), pero Inglaterra vigilaba cuidadosamente que ya no hubieran barcos que transportaran esclavos de África a América. Además, la esclavitud quedó definitivamente abolida en las colonias francesas bajo la Segunda República (el 4 de marzo de 1848).[294]

El Segundo Imperio fue para Burdeos un régimen bajo el cual se abrió un nuevo abanico de oportunidades y, al estar las posesiones en América en franco retroceso económico, los bordeleses (junto con otros franceses oriundos de la costa atlántica) buscaron enriquecerse en la costa occidental de África. El gobierno de Napoleón III intentó implantar en Senegal una economía colonial, una administración y un proyecto imperial coherente. Ahí, los bordeleses comenzaron a hacer fortuna con el comercio de cacahuate (por su aceite), lo que estimuló la economía del suroeste francés. En 1854 se nombró a Louis Léon César Faidherbe gobernador de Senegal para satisfacer las ambiciones de hombres de negocios de Burdeos (Maurel, Prom, Peyrissac, Tesseire, Buhan, entre otros) que fueron llamados "el clan de los bordeleses", hartos de lo que llamaron "el teatro mediterráneo", es decir, la prosperidad de su ciudad rival, Marsella,

[293] Véase David S. Landes, *op. cit.*

[294] **Jean Meyer, Jean Tarrade, Annie Rey-Goldzeiguer y Jacques Thobie, *ibid.*, pp. 369-411.**

a raíz de la colonización de Argelia. Estos personajes pedían que se ampliara el territorio bajo soberanía francesa en la región de Senegal, y para ello contaron con el apoyo de grupos de presión. Su objetivo no era sino recuperar la prosperidad que Burdeos había tenido en el siglo XVIII, haciendo de Senegal una nueva Argelia pero dominada por ellos, ya que Argelia estaba claramente controlada por sus rivales marselleses. A lo largo de los años 1850 la presencia bordelesa fue ampliándose, no sólo en el litoral del oeste Africano, sino también tierra adentro, expandiéndose por el río Senegal. François Héricé, bordelés, se convirtió en alcalde de Saint-Louis en 1865. El gobernador Faidherbe hizo suyas las ambiciones de los aquitanos y procuró conquistar territorio para que ellos pudieran controlar el comercio de la región. Así, el Senegal francés ("Senegambia") creció bajo su mandato unos diez mil kilómetros cuadrados.[295]

Faidherbe y los bordeleses, no obstante, no justificaron la expansión ante el gobierno de Napoleón III con lo del comercio de cacahuate, sino aduciendo a la supuesta abundancia de yacimientos de metales preciosos en el Bambouk, región al interior de Senegal. Esta idea de un "El Dorado" en Senegal llevó a organizar expediciones al Bambouk (nótese el paralelismo con las creencias de riqueza ilimitada en Sonora), pero al final no se encontraron los metales preciosos, lo que trajo desilusión a los bordeleses y a la opinión francesa en general, terminando el asunto en 1860. Ese año Faidherbe emprendió una expansión territorial hacia varios ríos más al sur, hasta llegar a Sierra Leona. El gobernador empezó a soñar con una unión de Senegambia con Argelia a través del Sahara, pero los bordeleses no estaban convencidos, acaso por la desilusión del Bambouk,[296] pero también quizás también por no querer que sus

[295] *Ibid.,* pp. 431-435.
[296] *Ibid.,* pp. 435-437.

dominios se unieran a los de los marselleses. Se remplazó a Faidherbe por el bayonés Jean Jauréguiberry en 1861, pero el primero regresaría en mayo de 1863 por voluntad de los bordeleses.[297] Prosiguió con sus planes de expandirse hacia el este y en plena crisis del sector textil en Francia puso en práctica la plantación de algodón, como se estaba haciendo en Argelia, para dar un nuevo impulso a Senegal y las posesiones de la región. Sin embargo, en agosto de 1864 el gobierno de Napoleón III decidió poner fin a la expansión francesa en África occidental. Esto no incomodó a los hombres de negocios de Burdeos, ya que ellos eran partidarios de un imperialismo reducido y eficiente. Al año siguiente, además, Faidherbe tuvo que enviar a sus hombres a México y pidió regresar a Francia.[298]

No hay evidencia suficiente para sostener que la reactivación de la economía del suroeste de Francia, en especial de la costa y de Burdeos, fuera una clara causa de la intervención francesa. De hecho, sería descabellado plantear que Napoleón III envió tropas al otro lado del Atlántico e instaló un régimen en México sólo para satisfacer los intereses comerciales de Burdeos. Ahora bien, la Intervención francesa en México llevaba implícito el que los bordeleses y la costa atlántica de Francia en general fueran a ser los principales beneficiarios del imperialismo económico que se quería establecer. La prosperidad del puerto aquitano iba a ser una consecuencia natural a raíz de su posición geográfica: si Burdeos había sido el principal puerto que traficaba con las posesiones francesas en América, ¿por qué no iba a ser el puerto más privilegiado en la relación económica que se estaba planteando establecer con México? Después de todo, si Napoleón III quería instaurar una dominación simétrica en el Mediterráneo y en el Atlántico (y ambas rutas llegarían y se encontrarían en Asia mediante los canales), y si

[297] *Ibid.,* pp. 437-438.
[298] *Ibid.,* pp. 484-487.

Marsella ya estaba gozando de los frutos del imperialismo en la cuenca mediterránea, lo evidente era que los bordeleses se beneficiaran de la ruta comercial que geográficamente les correspondía (y en menor medida también los oriundos de otros puertos atlánticos franceses, como Bayona, La Rochelle, Nantes, los puertos bretones y los normandos).

Si bien Marsella fue el puerto que más prosperó bajo el Segundo Imperio francés, como consecuencia de la "política mediterránea", Napoleón III no descuidó la costa atlántica, como muestran las continuas estancias de la pareja imperial en el puerto vascofrancés de Biarritz, perteneciente a la región de Aquitania, al igual que Burdeos. Quizás pueda decirse lo mismo del Primer Imperio francés: Napoleón I hizo que la economía francesa se volcara hacia el este, hacia el resto del continente europeo, haciendo que el centro de la actividad comercial francesa pasara del suroeste al noreste. Sin embargo, fue él quien inauguró las estancias vacacionales y los baños de mar en Biarritz en junio de 1808[299] y siempre anheló el restablecimiento de un imperio francés en América.

En cualquier caso, esta sub-sección del capítulo quiere proponer que se aporte al estudio de la Intervención francesa en México esta óptica, la de la dualidad Marsella/Burdeos o Mediterráneo/Atlántico. Ambas partes de esta dualidad no son en realidad más que dos caras de la misma moneda: el proyecto de dominación simétrica de gran sello sansimoniano que se estudió en el capítulo primero, con la diferencia de que el proyecto marsellés-mediterráneo fue un éxito, mientras que el bordelés-atlántico fracasó debido a la frustración de la "aventura mexicana". No sería insensato suponer que la Cámara de comercio de Burdeos presionara al gobierno imperial a favor de la

[299] Jon Juaristi, *op. cit.,* p. 247.

intervención en México, como lo hizo defendiendo la experiencia imperial del "clan de los bordeleses" en Senegambia.

No puede ignorarse el hecho de que durante la Intervención francesa en México fuera *chef de cabinet* de Napoleón III el bordelés Jean-François Mocquard (de 1848 a 1864). Este personaje sin duda estaría consciente de la decadencia de su ciudad y del suroeste francés, pues provenía de una vieja familia de negociantes de Santo Domingo que habría tenido que regresar a Francia después de la independencia de la isla. Tuvo una relación muy cercana con el emperador, ya que había promovido la elección de Luis Napoleón como presidente de la Asamblea en 1848, además de que su puesto suponía una cercanía con él, pues equivalía al de consejero personal. Asimismo, cabe tener en cuenta que varios hombres de la élite del régimen eran oriundos de puertos del Golfo de Vizcaya: Pierre Jules Baroche (ministro presidente del Consejo de Estado de 1852 a 1863, ministro interino del exterior, senador y ministro de justicia) era de La Rochelle, a 187 kilómetros al norte de Burdeos, y Adolphe Billaut (ministro del interior y de Estado) de Vannes.[300] Fue Ministro de la Marina y de las Colonias el armador bordelés Théodore Ducos, quien, incluso si no vivió en tiempos de la intervención en México al haber muerto en 1855, recibió al príncipe Luis Napoleón el 7 de octubre de 1852 en Burdeos, menos de un mes antes de la proclamación del imperio. Dos días después, el futuro emperador dijo ante la cámara de comercio de la ciudad: "Pronto habréis reconquistado esa preponderancia que hacía el siglo pasado la fortuna y el esplendor de vuestra ciudad".[301]

[300] Para un análisis de la élite política del Segundo Imperio, véase Alain Plessis, *op. cit.,* pp. 37-52.

[301] Yves Péhaut, *Le réseau d'influence bordelais: la "doyenne" Maurel & Prom jusqu'en 1914,* en **espritimperial.free.fr/documents/PEHAUT_3_JUILLET.doc (traducción mía).**

Tampoco puede pasarse por alto que los dos hermanos Pereire, Émile e Isaac, eran ambos hijos de la ciudad de Burdeos. Quizás la mayor evidencia de su interés por México y los nexos con el continente americano en general fue la creación de la Compañía general marítima en 1855, establecida en Granville, Normandía, y con astilleros en Saint-Nazaire, al sur de Bretaña (habría de convertirse en la Compañía general transatlántica, existente hasta nuestros días). Desde luego, los capitales que financiaron dicha empresa provenían de Crédit Mobilier, la entidad financiera de los Pereire. La Compañía general marítima transportaba a la vez pasajeros y correo, desde varios puntos de la costa atlántica francesa hacia Nueva York, México, el Istmo de Panamá, las Antillas, Guayana y América del Sur, haciendo a veces escala en Dakar, ciudad fundada por bordeleses en Senegal.[302] Puede suponerse que los Pereire estaban interesados en el proyecto de un canal transoceánico en América Central, como años más tarde lo estaría su compañero sansimoniano Ferdinand de Lesseps.

Hay evidencia de que los bordeleses y otros franceses de la costa atlántica se habían interesado en el comercio con México desde comienzos del siglo XIX, acaso por el declive de las colonias francesas con las que traficaban. Por ejemplo, en 1826 llegaron a las costas mexicanas 54 navíos franceses, de los cuales 25 eran de Burdeos, 13 de El Havre, 11 de Marsella, 2 de Nantes, 2 de Bayona y 1 de Sète (es decir, 42 de los 54 provenían de la costa atlántica).[303] Quizás un estudio sobre el origen de los franceses que arribaron a California atraídos por la fiebre del oro (varios de los cuales participarían después en las expediciones filibusteras en México), así como el de la

---

302 http://www.culture.gouv.fr/documentation/joconde/fr/decouvrir/expositions/paquebots/paquebots-compagnies.htm

303 **Jacques Penot, "L'expansion commerciale française au Mexique et les causes du conflit franco-mexicain de 1838-1839", en *Bulletin Hispanique*, tomo 75, núm. 1-2, 1973. pp. 169-201.**

colonia francesa que había en México al momento de la intervención, serviría para ver en qué medida la emigración francesa a América era proveniente de las costas atlánticas y en especial del suroeste. Dicho análisis permitiría saber si los bordeleses habían buscado en Estados Unidos y en México las oportunidades que ya no podía brindarles el comercio con las posesiones francesas en el Nuevo Mundo. También haría falta estudiar si los bordeleses ligados a la experiencia en Senegal mostraron algún entusiasmo por la "aventura mexicana". Como mera curiosidad, resulta interesante constatar que durante el porfiriato, cuando las relaciones entre México y Francia volvieron a ser cordiales y amistosas dada la francofilia del régimen, además de los *barcelonettes* de los Alpes llegaron a México varios franceses provenientes del suroeste de Francia, varios de ellos oriundos de Aquitania y de la Vasconia francesa.

CAPÍTULO IV: EL CONTEXTO INTERNACIONAL DE LA INTERVENCIÓN

Además de los proyectos ideológicos de las élites del Segundo Imperio y de los intereses de carácter económico, es indispensable estudiar a fondo el contexto internacional en el cual se desarrolló la Intervención y, posteriormente, el Imperio de Maximiliano. Este tercer capítulo tiene como propósito dar cuenta del sistema internacional a mediados del siglo XIX y analizar con detenimiento las especificidades del orden europeo, norteamericano y mundial. Destacan dos características principales: la erosión del sistema impuesto por el Congreso de Viena de 1815 a causa de la ola revolucionaria de 1848, y la Guerra de Secesión como una oportunidad para hacer caso omiso de la famosa Doctrina Monroe.

El sistema internacional es un nivel de análisis fundamental sin el cual el estudio de la Intervención francesa en México y el establecimiento del Segundo Imperio estaría incompleto. En efecto, el movimiento revolucionario de 1848, conocido como "la primavera de los pueblos", puso fin al sistema de Metternich e inauguró un período de reajustes en el equilibrio europeo que le permitió a Francia erigirse como una potencia capaz de influir en gran medida en el Concierto de las naciones. No obstante, todavía no había llegado el orden que inaugurarían las unificaciones alemana e italiana; la competencia imperialista entre las potencias europeas, propiciada por la *pax teutonica* de Bismarck y cuyo origen puede rastrearse hasta la "hambruna del algodón", como se ha visto, aún no alcanzaba el vigor que tendría a finales de siglo. En ese sentido, la época durante la cual se desarrolló el Segundo Imperio francés, y en especial la década

de 1860, puede verse como un período de reordenamiento, de experimentación y de transición entre dos equilibrios de poder en el que, a diferencia de la previa Europa de Metternich y la posterior Europa de Bismarck, Francia tuvo un amplio margen de acción. Fue en este contexto en el que Napoleón III intentó llevar a cabo sus proyectos y establecer un nuevo orden mundial encabezado por su país.

Ahora bien, el suceso internacional que más claramente incidió a favor de la Intervención francesa en México fue la Guerra de Secesión (1861-1865). El intento de los estados del sur de Estados Unidos por constituir una Confederación independiente de Washington sumergió a aquél país en una guerra violenta que le impediría por un tiempo hacer valer sus intereses regionales y mundiales. En ese contexto, la Guerra Civil dio lugar a un nuevo marco de oportunidades para las potencias europeas, pues, al no poder Estados Unidos hacer respetar la Doctrina Monroe, el viejo continente pudo influir en el acontecer político del continente americano. Francia no dejó pasar la ocasión y procuró hacer del Caribe y de América Central su área de influencia (como una de las partes del proyecto de dominación paralela del Atlántico y del Mediterráneo, como ya se ha visto). De ahí la necesidad de intervenir en México, el país al sur de Estados Unidos, fortalecerlo y hacer de él un baluarte de resistencia a la expansión estadounidense.

A partir de este planteamiento surgen varias interrogantes: ¿cómo convergió el orden europeo desde el Congreso de Viena hasta el golpe de Estado que daría inicio al Segundo Imperio? ¿Cómo aprovechó el emperador francés la Guerra de Secesión a su favor? ¿Cuáles fueron los rasgos y principios más importantes de la política exterior de Napoleón III? Y, por último, ¿en qué medida se inscribe la Intervención francesa en México dentro de estos principios?

I.- El contexto europeo: la erosión del orden del Congreso de Viena

Es de suma importancia tener en cuenta que tanto la Europa de Metternich (1815-1848) como la de Bismarck (a partir de 1871) establecieron equilibrios que tuvieron como propósito limitar el papel de Francia en la configuración de Europa. Por supuesto, fueron períodos muy diferentes, con orígenes, actores y arreglos muy distintos, pero ambos surgieron con un sello de origen común: la derrota de Francia ante otras potencias europeas (Waterloo en el primer caso, Sedán en el segundo). La primera parte de este capítulo estudiará las transformaciones del equilibrio europeo de 1815 hasta el establecimiento del Segundo Imperio, así como los rasgos que caracterizaron la política exterior de Napoleón III. El propósito es dar cuenta del contexto que permitió a París tener un peso significativo en los asuntos europeos y un margen amplio para procurar establecer un nuevo orden mundial con Francia en su cúspide. Es importante analizar esto, pues el hecho de que la Intervención en México comenzara incluyendo a otras dos potencias refleja un cierto éxito francés en su política europea, cosa que pocos años antes hubiera sido impensable.

Después de la derrota del primer imperio napoleónico en Waterloo, las potencias europeas se reunieron en el conocido Congreso de Viena de 1815 para dar lugar a un nuevo orden o equilibrio de poder, mismo que habría de dar estabilidad a Europa después de la agitación revolucionaria y de las guerras napoleónicas hasta 1848. Este orden, conocido también como "sistema Metternich", se basó en un conjunto de conferencias diplomáticas cuyo propósito fue el restablecimiento del balance de poder pre-napoleónico mediante la "autolimitación". En otras palabras, las potencias europeas (incluida la Francia de la Restauración, a la que se integró en el Congreso para

neutralizarla) se comprometieron a respetar una nueva norma, base de la nueva estabilidad europea: cada Estado renunciaría a las anexiones territoriales.

Los artífices del orden que puso fin a la violencia revolucionaria y a las ambiciones napoleónicas fueron Lord Castlereagh, ministro británico del Exterior y, sobre todo, el canciller austriaco, Klemens von Metternich.[304] Así, Gran Bretaña y Austria se convirtieron en las potencias centrales de la Europa Restaurada. El mapa político al que dio lugar el Congreso, que reflejó cambios territoriales y la distribución del poder, fue el siguiente: Francia recuperó sus fronteras pre-imperiales, la Confederación germánica sustituyó a la Confederación del Rin, desapareció el Ducado de Varsovia (Polonia quedaría bajo el control del zar) y el Imperio austriaco y el Reino de Prusia asegurarían, de momento, la estabilidad en el centro del continente (ambos Estados estaban dentro de la Confederación germánica, pero no todas las posesiones de Viena y de Berlín formaron parte de esta asociación) . Más al este, Moscú extendería su influencia e iría poco a poco rivalizando con el Imperio otomano.

En Francia la restauración borbónica puso en el trono a Carlos X, cuyo régimen procuró marcar la diferencia con la Francia revolucionaria y napoleónica. No obstante, el monarca "otorgó" una Carta constitucional y mantuvo ciertas medidas liberales emanadas de la Revolución, como el bicameralismo, el voto (eso sí, censatario) y una cierta libertad de prensa. Es decir, Francia volvió a tener una forma monárquica de gobierno, pero no pudo dar la espalda tan fácilmente a las experiencias previas, por lo que sería un país profundamente cambiado. Además, la opinión pública permanecería

[304] Henry Kissinger, *Un mundo restaurado. La política del conservadurismo en una época revolucionaria,* México, Fondo de Cultura Económica, 1973.

como una fuerza cuya autoridad no haría más que crecer conforme fueron pasando los años.[305]

El equilibrio de poder, entonces, parecía ser el siguiente: una Francia restaurada, limitada y relativamente débil en el continente; una Inglaterra fuerte e interesada en la estabilidad europea pero volcada al comercio con sus posesiones coloniales; una Rusia expandida hacia el oeste y una Prusia y Austria unidas en una confederación económica que parecía por el momento asegurar la estabilidad en el centro del continente (también unidas a Rusia en la "Santa Alianza", cuyo deber era intervenir en caso de que movimientos liberales pusieran en peligro a gobiernos monárquicos). En el sur de Europa no habían grandes potencias: España estaba intentando paliar las independencias americanas, la península italiana estaba dividida y los Balcanes seguían bajo dominación otomana.[306]

Este orden habría de asegurar la estabilidad hasta 1848, con muy pocos cambios territoriales. El primero de ellos fue la independencia de Grecia del Imperio otomano, cuya lucha inició en 1821, y el segundo fue la separación de Bélgica de los Países Bajos en 1831. El movimiento revolucionario que comenzó en Francia en 1830 causó un cierto contagio en otros países europeos y puede verse como un desafío liberal y burgués al sistema Metternich, pero la inestabilidad interna que propició en los países afectados no se tradujo en guerras ni en una redistribución de poder que alterase significativamente el equilibrio entre potencias, mismo que perduraría por casi dos décadas más.

---

[305] Guy Palmade, *op. cit.*

[306] Louis Bergeron, François Furet y Reinhart Koselleck, *La época de las revoluciones europeas, 1780-1848,* México, Siglo veintiuno editores, 2006, capítulo VII.

Carlos X cayó debido a sus intentos por establecer la primacía del ejecutivo sobre el legislativo y por procurar limitar la libertad de la prensa, lo que causó la reacción de diputados liberales, entre ellos Guizot. La revolución parisina dio lugar al establecimiento de la Monarquía de Julio, encabezada por Luis Felipe de Orleáns. Esto causó movimientos que agitarían Suiza (democratización de las constituciones cantonales), ciudades alemanas (cambio de varios soberanos), Polonia, el centro de Italia (movimientos sofocados) e incluso una reforma electoral en Inglaterra. Ahora bien, las potencias relativamente liberales del oeste parecían distanciarse de las potencias contrarrevolucionarias del este: en 1833, Rusia, Prusia y Austria firmaron un acuerdo de ayuda mutua y al año siguiente el gobierno *whig* de Inglaterra selló la "Cuádruple Alianza" entre Londres, París, Lisboa y Madrid.[307] En suma, la agitación burguesa y liberal de 1830 tuvo como consecuencia cambios gubernamentales al interior de varios países sin causar, no obstante, conflictos mayores entre potencias. El nuevo país, Bélgica, sería una monarquía bicameral caracterizada por su neutralidad. Sin embargo, las nuevas alianzas diplomáticas parecían alterar el orden impuesto quince años antes, en especial en lo que se refiere a un tímido acercamiento entre Inglaterra y Francia.

Las revoluciones de 1848, conocidas como "la primavera de los pueblos", terminaron por erosionar el orden surgido del Congreso de Viena, como bien lo refleja la caída de Metternich en Austria. Al igual que en 1830, esta ola revolucionaria comenzó en París y se extendió por Europa, desestabilizando e induciendo cambios en varias potencias. No obstante, el movimiento no se planteó de la misma manera en todas partes: en Francia tuvo una dimensión social importante debido a la represión de una manifestación que culminó en un motín. El apaciguamiento se hizo imposible, Luis

[307] *Ibid.,* capítulo IX.

Felipe abdicó y los republicanos proclamaron un gobierno provisional, que terminaría proclamando la efímera Segunda República.[308] En otros países europeos la revolución tuvo un cariz más bien nacionalista, como fue en los Estados alemanes y Prusia, en Hungría, en Praga, en Piamonte y en otros puntos de Italia.

El emperador austriaco Fernando I abdicó a favor de su sobrino, Francisco José, y Schwarzenberg (quien se hizo cargo del gobierno tras la caída de Metternich) pudo mantener la unidad política del imperio, no sólo tras vencer a los movimientos húngaro y checo, sino también al detener la agitación al norte de Italia, donde Joseph Radetzky logró poner un alto a las pretensiones del Piamonte. En Fráncfort se reunió una asamblea que, además de tener demandas constitucionalistas, dio un cierto impulso al nacionalismo alemán.[309] La Segunda República francesa, tras los gobiernos de Lamartine y de Cavaignac, no lograba consolidarse como un régimen estable, así que Luís Napoleón, presidente desde diciembre de 1848, organizó un golpe de Estado para el 2 de diciembre de 1851 (no tenía mayoría en la asamblea) y en 1852 proclamó el Segundo Imperio.[310]

La "primavera de los pueblos" terminó, pues, erosionando la estabilidad del orden de Metternich iniciado en 1815. Nuevas ideas ganaron terreno en Europa para resolver conflictos sociales y nacionales: el socialismo (en 1848 se publicó el Manifiesto del Partido Comunista de Marx), el nacionalismo, el liberalismo burgués, el republicanismo, el pangermanismo, el paneslavismo y un largo etcétera. En cuanto a la distribución de poder, el Imperio austriaco sufrió un terremoto social y nacionalista en

---

[308] Guy Palmade, *op. cit.*, capítulo I.

[309] *Ibid.*

[310] William Herbert Cecil Smith, *op. cit.,* capítulo 1. No se pretende aquí estudiar en detalle los cambios gubernamentales que indujeron las revoluciones de 1848, sino sencillamente mostrar la agitación que causaron en Europa después de años de estabilidad relativa.

casi todo su territorio, por lo que terminaría siendo más susceptible ante los movimientos nacionalistas, aunque Rusia sería aún su aliada, pues había contribuido al sofocamiento del movimiento húngaro.[311] Por el contrario, Prusia, a pesar de haber tenido que enfrentar demandas distintas, tenía un mayor margen que Austria para encabezar el proyecto pangermanista. El reino de Piamonte mostró su interés en liderar la unificación de la península italiana, lo que causaría que Viena fuera su adversario principal.

Con base en lo anterior puede decirse entonces que la primera condicionante internacional que hizo que la Intervención francesa en México pudiera llevarse a cabo fue el desgaste o la erosión del orden europeo inaugurado en 1815, uno de cuyos propósitos había sido limitar el poder de Francia y mantener a París en un bajo perfil en las relaciones internacionales. Los acontecimientos de 1830 lograron desestabilizar internamente a varios países pero no cambiaron significativamente el equilibrio de poder europeo (el cambio más relevante en este aspecto fue quizás la independencia de Bélgica). En contraste, las revoluciones de 1848 fueron un terremoto político que sacudió a buena parte de Europa y terminó por dar fin al orden inaugurado por el Congreso de Viena. La prueba es que ya no se respetaría el principio fundamental de dicho arreglo, el de la autolimitación y la renuncia a anexiones territoriales. Lo importante es que el Segundo Imperio abarcó un período (1852-1870) de reajustes que dieron a Francia un mayor margen de acción y Napoleón III no dejó de aprovechar la oportunidad para hacer de su país una potencia que pudiera tener más peso en la cambiante Europa y en el mundo, como lo muestra su política exterior. Antes de estudiar los principales rasgos de ésta es preciso, no obstante, estudiar primero la

[311] Guy Palmade, *ibid.*

segunda condicionante *sine qua non* del ámbito internacional que representó una ocasión que el emperador supo explotar para emprender sus proyectos en América.

II.- La Guerra de Secesión: una oportunidad para Europa en América

La guerra civil en Estados Unidos que opuso a la Unión del Norte y a la Confederación del Sur llamó mucho la atención de los observadores europeos. La república que parecía convertirse en hegemonía regional y que era adversa a la presencia europea en el continente americano entraba en un conflicto interno que duraría de 1861 a 1865. Se pensó que una guerra de tal magnitud podría modificar los equilibrios geopolíticos regionales y transatlánticos.

El acontecimiento no dejó indiferente al emperador de los franceses, quien desde su estancia en la prisión de Ham había reflexionado sobre América Central como una zona bajo influencia francesa y sobre la posibilidad de llevar a cabo la unión transoceánica mediante un canal. Esto, aunado a los proyectos en torno a México, le hizo pensar que quizás la guerra civil estadounidense sería la oportunidad ideal para poner un alto a la expansiva influencia de Washington en América, pues esta creciente potencia no iba a poder hacer respetar la Doctina Monroe por el momento.[312] Napoleón III pensó entonces aprovechar la situación para intervenir y reforzar al vecino débil de Estados Unidos con el propósito de contener a la república norteamericana y afectar el equilibrio de poder regional a favor de los intereses franceses.

A Napoleón III le sedujo la idea de reconocer diplomáticamente a la Confederación, pues ésta podría haber fungido como un "estado colchón" entre Washington y el imperio que implantó en México, pero no lo hizo por varias razones,

[312] William Herbert Cecil Smith, *op. cit.,* capítulo III.

entre ellas la prudencia de sus distintos ministros de relaciones exteriores y la actitud igualmente prudente de Inglaterra, con cuyo apoyo el emperador esperaba contar para todo lo que tuviera que ver con América. A pesar de eso, Napoleón III llevó una política que, si bien no se aventuraba a reconocer oficialmente al Sur, incluía gestos que dejaban ver su simpatía hacia los confederados. Los conservadores mexicanos que intentaban en Europa convencer al emperador francés de intervenir en México también insistieron en la necesidad de aprovechar la guerra para poner un alto a Estados Unidos.[313] Ante los éxitos de los confederados en batallas a inicios de la guerra, Napoleón III y Eugenia creyeron que la victoria del Sur podría ser posible y de hecho ambos la ansiaban para asegurar el éxito de la aventura mexicana.[314]

Entre las razones que expuso Michel Chevalier en su libro sobre México para llevar a cabo una intervención destaca precisamente la idea de aprovechar la Guerra de Secesión para poner un alto a la Doctrina Monroe y hacer prosperar los intereses europeos en la región.[315] No obstante, a diferencia de Napoleón III, Chevalier creyó que la interpretación antieuropea de la Doctrina Monroe se debía a una tergiversación de ésta por parte de los sureños, quienes anhelaban, dice, una expansión hacia el sur de América. Según él, el propósito original de dicha doctrina había sido simple y sencillamente asegurar la independencia de las ex colonias de España y de Portugal, pero se había reinterpretado "transformándosela en una prohibición hecha a la Europa de intervenir en los asuntos de América."[316]

Chevalier vio las ventajas de la guerra civil, pero creyó entonces que Europa debía apoyar al Norte en contra del Sur: "Lo que las circunstancias actuales presentan

[313] Egon Caesar Conte Corti, *op. cit.,* p. 28.
[314] *Ibid.,* p. 74.
[315] Michel Chevalier, *op. cit.,* p. 391.
[316] *Ibid.,* p. 398.

de ventajoso para la intervención de los gabinetes europeos en los negocios de la América, no es precisamente el hecho de que por haberse dividido en dos campos, ambos profundamente enemigos, los Estados Unidos hayan llegado a ser mucho menos temibles [...]; no, el caso es bien diferente, porque el norte tiene aquí el mismo interés que la Europa. El objeto del norte, que ha repudiado la esclavitud, quiere al menos impedir que se extienda, queda satisfecho si bajo el patronato temporal de algunas potencias europeas aliadas o bajo el de Francia sola, llega México a resolver el difícil problema de constituirse de un modo estable, pues los agitadores del sur, sabiendo la acogida que recibirían sus agresiones por México regenerado, renunciarían a su proyecto de desmembrarle, para hacer de sus retazos nuevos estados de esclavos."[317]

Sin embargo, la interpretación de Napoleón III resultaría muy distinta a la de su consejero, pues en no pocas ocasiones repetiría gestos diplomáticos a favor de la Confederación. Stève Sainlaude ha estudiado precisamente la actitud del Segundo Imperio ante la Guerra de Secesión y sostiene que ésta se presentó al emperador como una oportunidad inesperada que le permitió ejercer su influencia en el Nuevo Mundo, después de haber llevado expediciones en otras partes del mundo.[318]

Hubo un dilema para la posición de la diplomacia francesa: por una parte, los estados del Sur debían poder abandonar una unión a la que se adhirieron libremente y, por otra parte, estaban sublevándose en contra de una elección democrática para preservar la esclavitud, lo que hizo que la situación fuese más compleja y delicada. El reconocer al gobierno confederado habría significado intervenir en los asuntos estadounidenses. Otro problema para la diplomacia fue la falta de certidumbre acerca de

[317] *Ibid.,* pp. 400-401.

[318] Stève Sainlaude, *Le gouvernement impérial et la guerre de Sécession (1861-1865). L'action diplomatique,* L'Hartmann, París, 2011.

los acontecimientos, derivado de la falta de información y de los cambios de tendencia en la propia guerra.[319]

Al inicio del conflicto Édouard Thouvenel estaba al frente del Quai d'Orsay (sede del Ministerio de Asuntos Exteriores) y confió en que las partes llegarían a un compromiso, pero ante la caída de Fort Sumter y el anuncio de un bloqueo a los puertos de los estados rebeldes por parte del presidente Lincoln (abril 1861) pronto se hizo evidente que sí habría guerra.[320] El Reino Unido reconoció al Sur el derecho de beligerancia y después se declaró neutral. Thouvenel haría lo mismo y Francia se declararía neutral en junio de 1861. Esta equidistancia para con las dos partes era en realidad tomar cierta posición en contra del gobierno federal, que negaba toda legitimidad de combate al Sur. Pero, a pesar de reconocer el derecho de beligerancia al Sur, el poder legal siguió siendo el de Washington: Francia reconoció a la Confederación pero sólo como combatiente, no como Estado soberano.[321]

No obstante, el reconocimiento del derecho de beligerancia al Sur se interpretó desde Washington como una injerencia directa y el secretario de Estado, Seward, intentó que el gobierno imperial diera marcha atrás mediante su representante en París, W. L. Dayton. Al no conseguirlo, el tema enturbiaría las relaciones París-Washington a lo largo del conflicto y Thouvenel arguyó que el bloqueo al Sur por parte del Norte ya contenía en sí un cierto reconocimiento por parte de éste del derecho de beligerancia. El contacto entre Francia y la Confederación no tuvo carácter oficial pero Thouvenel recibió a representantes de ambas partes en nombre de la neutralidad. Así, se entrevistaría con el enviado confederado, John Slidell, en febrero de 1862.[322]

---

[319] *Ibid.,* introducción.
[320] *Ibid.,* pp. 13-14.
[321] *Ibid.,* pp. 15-18.
[322] *Ibid.,* pp. 18-22.

La Declaración de París de abril de 1856 había modificado el derecho internacional marítimo al intentar proteger el comercio en tiempos de guerra, pero la diplomacia de las potencias neutras fracasó y ni el Norte ni el Sur se adhirieron a dicha declaración, por lo que el conflicto afectaría también al comercio (cuestión que preocupó a Francia por el asunto del algodón). Lincoln declaró en abril de 1861 el bloqueo a los puertos desde Carolina del Sur hasta Texas y Thouvenel y el primer ministro británico, Lord Russell, hicieron saber a Seward su desaprobación. Además, dicho bloqueo comenzó siendo muy poroso e inefectivo (y, por lo tanto, ilegal según el derecho de la Declaración de París). Slidell insistiría en que el reconocimiento del bloqueo rompía con la neutralidad europea y afectaba también al comercio del viejo continente. El gobierno francés intentó convencer en dos ocasiones a Inglaterra de declarar de manera conjunta la oposición al bloqueo, lo que no sucedió (al negarse Londres, Napoleón III daba marcha atrás para no actuar en solitario).[323]

Napoleón III sugirió a Slidell, el enviado confederado en París, que utilizase los puertos franceses para construir una flota para el Sur. Así, Slidell se reunió a comienzos de 1863 con Lucien Arman, director del campo naval más importante de Burdeos, y le propuso construir acorazados a cambio de algodón (en 1863 Gran Bretaña prohibió la construcción de barcos para el Sur, así que Francia sería la única esperanza de los confederados). El emperador insistió en la discreción, pero la legación estadounidense se enteró y denunció el asunto. El ministro de exteriores de entonces, Drouyn de Lhuys, al saber que había sido una iniciativa de Napoleón III, no hizo nada por detener la construcción de barcos pero se aseguró de que no estuvieran armados. A final de cuentas dichos barcos se vendieron a otros países, pero es importante notar las iniciativas del emperador a favor del Sur sin que informara a su propio ministro, que al

[323] *Ibid.,* pp. 26-44.

conocer los hechos se inclinó por defender la neutralidad francesa. Además, Drouyn de Lhuys no podía esperar reciprocidad diplomática de Seward, es decir la no intervención de Washington en los asuntos franceses en México, si no se defendía al pie de la letra dicha neutralidad en el contexto de la Guerra de Secesión.[324]

La guerra civil afectó duramente al comercio francés (y europeo en general) tanto por los problemas en el abastecimiento de algodón como por un acceso más difícil al mercado estadounidense. El embajador francés en Washington, Mercier, tomó entonces la iniciativa de convencer a ambos bandos el aceptar una mediación franco-británica, pero para Seward no había nada que negociar excepto la rendición. Mercier se trasladó a Richmond, capital confederada, en abril de 1862, donde se entrevistó con el secretario de Estado confederado, Judah P. Benjamin, quien no aceptó su propuesta por querer seguir con el combate. Más adelante, en octubre de 1862, Napoleón III buscó proponer un armisticio de seis meses, rechazado por el Norte y aceptado por el Sur; esta iniciativa fracasó en parte porque Inglaterra (y Rusia) declinaron a la oferta de una mediación conjunta. Al año siguiente, ante una victoria de los demócratas en las elecciones, surgió otra iniciativa francesa de mediación (pero el Congreso seguía siendo de mayoría republicana). En diciembre de 1862 los confederados habían ganado la batalla de Fredericksburg y el emperador creyó oportuno emprender un segundo intento de mediación, mismo que tampoco prosperó. Estas iniciativas francesas correspondieron con los momentos más críticos de la "hambruna del algodón" pero hay que tomar en cuenta, como sugiere el historiador Stève Sainlaude, que Napoleón III buscó también un éxito diplomático que asegurara su "aventura mexicana."[325]

[324] *Ibid.,* pp. 48-59.
[325] *Ibid.,* pp. 68-88.

Entre los partidarios de la causa confederada destacó el emperador, ferviente defensor de la secesión. En verano de 1861, después de algunos éxitos bélicos del Sur, Napoleón III deseó el reconocimiento diplomático a Richmond, pero Francia terminó reafirmando su neutralidad. Sucedió lo mismo durante la primavera de 1862, cuando la cuestión del reconocimiento opuso al emperador y a su entonces ministro Thouvenel. El emperador se reunió en julio de ese año con los confederados Mason y Slidell en Vichy y les aseguró que él mismo era favorable a reconocer a Richmond, pero que poco podía hacer sin el apoyo de Inglaterra. Eso mismo le confirmó Thouvenel a Slidell: sin Londres, París no podía dar ese paso. Napoleón III autorizó en junio de 1863 a un miembro del Parlamento británico, John A. Roebuck, a decir que era favorable al reconocimiento del Sur, lo que causó un cierto escándalo diplomático, pero dejó ver las intenciones del soberano, decepcionado por la estricta neutralidad británica.[326]

Stève Sainlaude subraya, pues, la importancia de la diplomacia personal del emperador a favor de la Confederación. Fue su deseo reconocer al Sur pero la prudencia de sus ministros le hizo retroceder en sus iniciativas, además de la importancia que otorgaba a proceder con apoyo inglés. Sainlaude cree que la cuestión mexicana fue decisiva, determinante, como explicación al hecho de que Napoleón III se decantara por el Sur: al emperador le pareció que el éxito de *la grande pensée du règne* dependía del éxito de la secesión norteamericana. La Unión sin los estados sureños iba a tener mucho menor peso para hacer respetar la Doctrina Monroe y, por ende, también iba a tener mayores dificultades para hacer de América Latina su zona de influencia. Por consiguiente, sugiere el historiador, el asunto mexicano fue la clave central de la política imperial hacia la Confederación: se vio la posibilidad de que un "Estado

[326] *Ibid.,* pp. 91-115. Esta neutralidad británica tiene una explicación geopolítica: Londres temía que si se mostraba abiertamente a favor de la causa confederada el Norte fuera a tomar represalias intentando anexar el territorio británico de Canadá.

colchón" frenara la expansión meridional estadounidense y asegurase la supervivencia del gobierno del emperador Maximiliano. Francia ya estaba sola en México (la Unión era favorable a Juárez e Inglaterra y España ya se habían retirado del asunto) y Richmond pudo haber sido un apoyo importante. Dicho de otro modo, Napoleón III creyó en una posible alianza México-Estados Confederados de América, en una coalición entre estos países que fuera a ser francófila y que favoreciera en un futuro los intereses de París. El Sur también fue una carta de negociación con Washington, para que no peligrara el proyecto mexicano.[327]

No queda claro si Napoleón III trató con Maximiliano el tema del reconocimiento diplomático a la Confederación, si llegó a incitarlo en ese sentido en algún momento. Quizás si no lo hizo fue porque se impuso la prudencia: si en Francia todo gesto del emperador a favor de la causa confederada iba seguida de una reacción por parte de sus ministros para refrendar la neutralidad francesa, hubiera sido arriesgado que el gobierno de Maximiliano se decantara abiertamente a favor del Sur, siendo que su imperio podría haber sido objeto de represalias por parte de Washington. Primero había que esperar a que la situación de la guerra favoreciera definitivamente a la Confederación, y sólo entonces tal vez el emperador francés se hubiera atrevido a presionar a Maximiliano, pero mientras el resultado de la Guerra de Secesión fuera incierto, cualquier gesto por parte del México imperial a favor de Richmond habría sido poco sensato. Ahora bien, Maximiliano tenía muy presente que la prosperidad de la causa confederada le convenía. Así lo muestra una carta que dirigió a Napoleón III a finales de abril de 1865, pues en ella le expresa al emperador francés su profunda inquietud en torno al resultado de la guerra y le llama a emprender una alianza de

[327] *Ibid.,* pp. 115-124.

potencias europeas para combatir "las ideas invasoras que germinan en Estados Unidos".[328]

III.- ASPECTOS DE LA POLÍTICA EXTERIOR DE NAPOLEÓN III

Las dos partes anteriores del capítulo han tenido como propósito dar importancia a dos factores del entorno internacional, uno en el ámbito europeo y el otro en el americano, que fungieron como condicionantes sin los cuales la Intervención francesa en México habría resultado por lo menos improbable. La convergencia de los cambios en Europa por una parte y de la Guerra de Secesión por la otra resultó en una ocasión única para la Francia del Segundo Imperio. Napoleón III vio entonces venir la oportunidad de oro para poner en marcha sus ambiciones en el continente americano y no la dejó pasar. Ahora bien, las condiciones internacionales *permitieron* que la "aventura mexicana" de Francia fuera posible, pero no bastan por sí solas para explicar el acontecimiento. Para esto, es necesario, además de todos los temas que se han abordado a lo largo de la tesis, tener presentes los principios y las características principales de la política exterior del Segundo Imperio francés. ¿En qué medida y cómo encaja la intervención en México dentro de los rasgos generales de la política internacional de Napoleón III?

Puede verse una cierta continuidad en la política exterior francesa desde 1815 hasta el Segundo Imperio en el sentido en que Francia procuró recuperar poder en las relaciones internacionales a pesar del orden emanado del Congreso de Viena. Por ejemplo, en 1829 el ministro de Carlos X, Polignac, intentó un acercamiento diplomático con Rusia. Asimismo, Luís Felipe intentó aprovechar la independencia de

[328] Véase Egon Caesar Conte Corti, *op. cit.,* p. 660.

Bélgica para hacer de ese pequeño país un área de influencia, aunque no lo logró.[329] La diferencia al llegar el Segundo Imperio fue que el contexto internacional permitió a Francia un mayor margen de acción para cambiar el equilibrio de poder, a pesar de la todavía presente desconfianza de potencias como Inglaterra, Austria, Prusia y Rusia. A continuación se estudiarán brevemente las principales características de la política internacional de Napoleón III.

A.- Un eje franco-británico: alcances y límites

> Hoy, cuando Francia puede juntarse a Inglaterra para constituirse en el apoyo de los principios liberales, sólo falta que unan sus fuerzas y actúen para que Europa se reorganice. [...] Inglaterra y Francia unidas son más fuertes que el resto de Europa. [...] Si Francia e Inglaterra siguen siendo rivales, de sus rivalidades procederán los mayores males para ellas y para Europa; si se unen por intereses, como ya lo están por principios políticos, por el paralelismo de sus gobiernos, vivirán tranquilas y dichosas y Europa podrá esperar la paz.[330]
>
> Claude-Henri de Saint-Simon

Si hubo un principio de política exterior que se mantuvo vigente durante todo el Segundo Imperio, éste fue probablemente el de formar una alianza París-Londres para actuar en el ámbito internacional. Inglaterra vio con gran escepticismo y desconfianza la política de grandeza y de prestigio que Francia puso en práctica, y la opinión pública francesa se caracterizó hasta entonces por su anglofobia, debida en gran medida al mal recuerdo de 1815. No obstante, Napoleón III procuró convencer a los ingleses de que un

[329] William Herbert Cecil Smith, *ibid.*

[330] Cita de *De la reorganización de la sociedad europea,* incluido en Ionescu, *op. cit.,* p. 95.

eventual ascenso de Francia no se haría a costa suya sino que, al contrario, los intereses de ambos países coincidían en varios ámbitos, como el político y el económico.[331]

En eso estaba de acuerdo Michel Chevalier, por cierto negociante francés del tratado franco-británico de 1860: "La concordia de las dos naciones más poderosas del globo es, en la actualidad, la condición misma de la paz del mundo y del progreso de la civilización."[332] A mediados del siglo XIX, Francia era precisamente la segunda potencia económica mundial, detrás del Reino Unido,[333] y hacía falta aliarse a ella para que Francia prosperara económica y políticamente. Si bien Londres no siempre secundó la política europea e internacional de París, en varios casos sí lo hizo y en varios otros no se opuso, lo que de todos modos era ganancia para el emperador francés. Era vital aliarse a Inglaterra para que Francia no quedase aislada en Europa y el mundo, además de la ventaja que supondría el apoyo de la entonces primera potencia política, comercial y financiera del mundo.

El primer gran éxito de la diplomacia francesa en su intento por actuar de manera conjunta con la Gran Bretaña fue la Guerra de Crimea (1853-1856). El zar Nicolás I había ocupado las provincias rumanas de Moldavia y Valaquia, entonces bajo dominio otomano, so pretexto de defender a los cristianos ortodoxos sometidos a la influencia del Sultán, y Napoleón III organizó un ultimátum apoyado por Londres (e inicialmente también por Viena y Berlín). Ante las provocaciones del Sultán, el zar atacó a la flota otomana en el Mar Negro y Francia, Inglaterra, el reino de Piamonte-Cerdeña y el Imperio otomano se aliaron para ocupar el puerto de Sebastopol en la península de Crimea. Quizás esta fue la mayor evidencia del ya consumado desmantelamiento del orden de 1815: Francia mostró actuar con aliados, entre ellos

[331] William Herbert Cecil Smith, *ibid.,* capítulo III.
[332] Michel Chevalier, *op. cit.,* p. 406.
[333] Guy Palmade, *op. cit.,* capítulo II.

Inglaterra, mientras que Rusia fue en esta ocasión la potencia aislada diplomáticamente.[334] Cuando Maximiliano viajó a París en mayo de 1856, el emperador francés le confesó su gran satisfacción por la alianza franco-británica y la derrota rusa, además de exponerle otras impresiones, como la simpatía que sentía hacia el Piamonte y el interés en Italia...[335]

Además de la Guerra de Crimea, Francia e Inglaterra actuaron de la mano en contra del Imperio chino: en el contexto de la Segunda Guerra del Opio (1856-1860), en 1857 una expedición franco-británica tomó el puerto de Cantón, operación a cargo de los almirantes Michael Seymour y Rigault de Genouilly.[336] Más adelante se llevó a cabo una expedición de veintitrés mil hombres europeos hacia el norte de China, entre ellos unos ocho mil franceses. El emperador chino no tuvo remedio más que aceptar la apertura comercial que Inglaterra y Francia le exigían, y firmar los tratados de Pekín en octubre de 1859, donde también se exigía mayor tolerancia para con las misiones cristianas.[337] Este fue otro éxito militar franco-británico, esta vez fuera de Europa.

Otro gran éxito que demostró el acercamiento entre París y Londres fue la firma del tratado comercial de 1860, del que ya se ha hablado. El hecho de que la negociación del tratado fuese secreta y de que Napoleón III lo impusiera a pesar de la anglofobia de la opinión francesa, del proteccionismo imperante y de la oposición de la mayoría de los diputados muestra hasta qué punto formó parte del interés personal del emperador. Fue un gesto que reflejó la importancia que le otorgaba al acercamiento con la Gran Bretaña.

El inicio de la Intervención tripartita en México también simbolizó el éxito de la diplomacia francesa en su afán por actuar en el mundo con el apoyo de Inglaterra. Sin

---

[334] William Herbert Cecil Smith, *ibid.*

[335] Egon Caesar conte Corti, *op. cit.,* pp. 39-43.

[336] Jean Meyer, Jean Tarrade, Annie Rey-Goldzeiguer y Jacques Thobie, *op. cit.* p. 440.

[337] *Ibid.,* pp. 440-441.

embargo, el desarrollo de la Intervención y el retiro de Londres (y de Madrid) del asunto reflejó lo contrario, a saber, la debilidad y los límites del eje franco-británico que Napoleón III procuró forjar. En otoño de 1858 el emperador habló con el monarquista mexicano José Manuel Hidalgo y Esnaurrízar sobre el proyecto mexicano y le advirtió que en asuntos americanos no podía hacer nada sin Inglaterra, acaso para tener mayor peso ante Estados Unidos.[338] Egon Caesar Conte Corti sostiene que, en efecto, a eso se debía: "Napoleón III tenía muchas dudas; sobre todo el poderío de la República de Estados Unidos le movía siempre a declarar que sin Inglaterra no se podía hacer nada. Por el contrario, con el apoyo de ésta, Napoleón se hubiese quizás atrevido a una acción, incluso contra la voluntad de la Unión."[339]

En Inglaterra también habían opiniones en el gobierno favorables a la Confederación, como la de Lord Palmerston, quien no se mostraba contrario a los proyectos del emperador francés. Napoleón III llegó a solicitar al rey de Bélgica, tío de la reina Victoria, que intercediera ante la corte inglesa para conseguir apoyo a la Intervención. No obstante, a pesar de que Londres secundó la convención tripartita, las diferencias se hicieron visibles desde el desembarco en Veracruz: Inglaterra no apoyaba el proyecto francés de intervenir en la vida política de México y llegó a negociar en secreto con el gobierno de Juárez. Cuando las intenciones de Francia acerca del futuro de México se hicieron evidentes, sobre todo ante el exagerado monto de la deuda que el embajador francés en México, Saligny, reclamaba para que fuese impagable y diera pie a una mayor intervención francesa en los asuntos del país, Inglaterra decidió retirarse del asunto a comienzos de 1862. El escepticismo británico puede explicarse sobre todo por los acontecimientos de la Guerra de Secesión: la diplomacia inglesa era la mejor

[338] Egon Caesar conte Corti, *op. cit.,* p. 61.
[339] *Ibid.,* p. 72.

informada acerca de la evolución de la guerra civil y Lord Russell (entonces ministro británico del Exterior) tenía serias dudas en torno a una victoria del Sur. De hecho, desde el comienzo de la Guerra de Secesión (abril de 1861) hasta la firma de la Convención de Londres (31 de octubre de 1861) el Sur había ganado importantes batallas, pero después el Norte iría ganando terreno (como en la batalla la Mill Springs en enero de 1962), lo que alimentó el escepticismo y las reservas de Londres hacia el asunto mexicano. A pesar de una cierta simpatía hacia la Confederación, Inglaterra no podía permitirse el lujo de tomar partido en contra de la Unión, en parte debido a un factor geopolítico: el riesgo de que el Norte fuera a tomar represalias invadiendo Canadá.[340]

La "aventura mexicana" refleja a la vez los alcances y los límites del acercamiento franco-británico. Por una parte, ante la insistencia de los conservadores mexicanos por que Napoleón III se decidiera a emprender la intervención para instalar en México un imperio, el emperador en varias ocasiones mostró sus dudas debido a que aún no contaba con el apoyo de Londres, lo que muestra cuan importante era para él actuar con su vecino del norte en el ámbito internacional. La expedición tripartita con el apoyo de Gran Bretaña y de España significó un éxito de la diplomacia francesa en su afán de hacer de Londres un aliado (como había sido poco tiempo atrás con la Guerra de Crimea). Por otra parte, cuando se hizo evidente que Francia buscaba pretextos para involucrarse el la vida política interna de México, en lugar de limitarse a buscar el pago de las reclamaciones de los franceses, Londres y Madrid se retiraron de la expedición y Francia quedó sola en esta empresa. En suma, Napoleón III logró a lo largo de su mandato algunas acciones diplomáticas conjuntas con la Gran Bretaña, lo que muestra en sí que el orden europeo había cambiado. No obstante, París no logró hacer de

[340] *ibid.,* capítulos III y IV.

Londres un claro aliado, pues éste veía con escepticismo gran parte de la actividad francesa en el mundo y desconfiaba de su vecino al no ver con buenos ojos la posibilidad de que Francia volviera a ser una gran potencia. Además del asunto mexicano, la debilidad del acercamiento franco-británico se hizo evidente ante la falta de apoyo a la política europea de Napoleón III por parte de Inglaterra...

B.- "La Europa de las naciones"

Como ya se ha planteado, Napoleón III aprovechó el nuevo contexto internacional para intervenir en la configuración del orden europeo. Son varios los autores que coinciden en que la política exterior de Francia durante el Segundo Imperio siguió en gran medida el principio de construir la Europa del futuro con base en las naciones. No era una idea descabellada dada la reciente experiencia de "la primavera de los pueblos" y el hecho de que Francia se percibía a sí misma como la Gran Nación, lo que le facilitaría, pensaba el emperador, orquestar el surgimiento de una nueva Europa a su favor.[341]

La "política italiana" del emperador (en sintonía con la idea de latinidad ya expuesta) refleja su política de hacer surgir a las "naciones" en Europa: después del fallido atentado de Orsini (enero de 1858), Napoleón III se interesó en llevar a cabo la unificación italiana y contactó en secreto al ministro de Piamonte-Cerdeña, Cavour, para proponerle su apoyo en dicha empresa a cambio de los territorios de Niza y Saboya y del mantenimiento del poder temporal del Papa. En 1859, el Imperio austriaco (que controlaba el Reino lombardo-véneto) lanzó un ultimátum a Cavour para desarmar a su ejército y ese mismo año Francia se alió a los piamonteses para hacer frente a Austria, ganando importantes batallas (como las de Magenta y Solferino). En noviembre de

[341] Alain Plessis, *op. cit.,* p. 18.

1859, Napoleón III y Francisco José concluyeron un tratado de paz: Austria cedía Lombardía pero conservaría el Véneto. Insatisfecho, Cavour continuó su actividad italianista y, tras lograr la anexión de las Dos Sicilias, proclamó en 1861 el Reino de Italia con Víctor Emmanuel, rey de Piamonte-Cerdeña, como soberano.[342] Al final, a pesar de la falta de reconocimiento por parte de los personajes del *Risorgimento* por la anexión de Saboya y Niza y por la aceptación de la soberanía austriaca sobre el Véneto, Napoleón III contribuyó de manera decisiva al proceso de unificación italiana, mismo que terminaría en 1870.

Pero la "política italiana" no fue la única que parecía corresponder con el principio de la Europa de las naciones. Destacan también los deseos de Napoleón III de hacer surgir políticamente un país rumano y otro polaco, así como el intento fallido de brindar apoyo a Dinamarca ante su conflicto con Prusia en 1864 por Jutlandia-Holstein. El emperador había escrito en *Ideas napoleónicas*: "Polonia, esa hermana de Francia siempre tan devota, tan magnánima, puede esperar una resurrección que no habrá de tardar mucho tiempo, pues el Emperador [Napoleón I] erigió el ducado de Varsovia como núcleo para una nacionalidad completa."[343] Interpretando el imperio de su tío a su manera, Napoleón III deja en realidad ver su propia idea de Europa. Por ejemplo, al hablar de los objetivos de la política exterior del Primer Imperio francés, dice: "Napoleón había desplazado a los reyes por los intereses temporales de las naciones; en 1815, las naciones fueron desplazadas por los intereses particulares de los soberanos."[344]

Y concluye: "El período del [Primer] Imperio fue una guerra de vida o muerte contra el viejo sistema europeo. El viejo sistema ha triunfado, pero a despecho de la

[342] William Herbert Cecil Smith, *ibid.*
[343] Napoleón III, *op. cit.,* p. 123.
[344] *Ibid.,* p. 131.

caída de Napoleón, las ideas napoleónicas han germinado en todas partes. Los victoriosos han adoptado, hasta ellos, las ideas del vencido, y los pueblos se agotan en esfuerzos por reconstruir lo que Napoleón estableció. [...] Italia y Polonia han logrado recobrar la organización nacional que Napoleón les diera. [...] Ya no hay necesidad de reconstruir el sistema del Emperador porque se reconstruirá por sí solo. Soberanos y naciones concurrirán a su restablecimiento porque cada cual verá en él una garantía de orden, de paz y de prosperidad."[345]

A final de cuentas, Napoleón III no tuvo éxito en su configuración de Europa, pues no logró, por ejemplo, brindar un apoyo real a los polacos sublevados en 1863 y 1864 contra las autoridades rusas, ni consiguió apoyo británico a sus proyectos continentales (excepto en el caso de Crimea). No fue tampoco él quien lograría completar la unificación italiana y su régimen caería por el surgimiento del Imperio alemán, quizás en sintonía con la idea de Europa de las naciones. No obstante, a pesar del fracaso de esta política, lo importante es constatar que sus iniciativas también reflejaron el cambio en el contexto internacional: Francia fue, durante el Segundo Imperio, una potencia que, aunque siguió causando escepticismo, logró influir en asuntos europeos, configurar alianzas, hacer la guerra a otras potencias (Rusia y Austria), etcétera.

¿Puede verse en la Intervención francesa en México una política exterior en sintonía con el principio de las naciones soberanas? Lo primero que hay que tener en cuenta es que ese era un principio pensado sobre todo para reconfigurar el equilibrio de poder europeo e inaugurar un orden basado en las "naciones", en lugar de los grandes imperios multinacionales como el austrohúngaro. Quizá puede verse a primera vista en la "aventura mexicana" una violación a la soberanía nacional de otro país y una

[345] *Ibid.,* pp. 147-149.

injerencia en la política interna de México. No obstante, cabe tener en cuenta que el imperio de Maximiliano fue un régimen instaurado a petición de mexicanos en un contexto de polarización política y de guerra civil. Además, se hablaba de "regenerar México"; en este sentido, se trataba de fortalecer al país para asegurar su supervivencia y la de la macro-nación imaginada a la que pertenecía, es decir, el "mundo latino". Se dirá que esto no fue sino parte de una retórica elaborada con el fin de encubrir otros intereses, pero ya se ha dado evidencia para sostener que las ideas en torno al mundo latino y al deber francés de encabezarlo y de defenderlo habían surgido varios años antes de que el proyecto en México siquiera se planteara. Así, el panlatinismo y la defensa de las naciones fueron dos principios que encajaban bien para Napoleón III. Después de todo, se trataba de defender un "pan…ismo" más, lo que tenía sentido en el contexto histórico, ya que la "primavera de los pueblos" de 1848 había dado impulso a ideas como el pangermanismo. Desde luego, el emperador francés era en buena medida un idealista y no se imaginaba que el surgimiento de un Estado alemán, en sintonía con su idea de la "Europa de las naciones", fuera a volverse en contra suya e incluso le quitaría a Francia parte de su territorio. Pero volviendo a México, la intervención iba bien con su idea de las naciones, pues se quería asegurar la supervivencia de una nación amenazada por el expansionismo de otra.

C.- La política colonial

El contexto internacional permitió a Francia tener un margen de acción para reacomodarse en el concierto de las naciones. Napoleón III quiso mostrar a Europa y al mundo su ascenso, en parte mediante una política de prestigio en la que se transmitiese la idea de grandeza nacional. En este sentido pueden interpretarse, por ejemplo, las

cuatro exposiciones universales que Francia organizó durante el Segundo Imperio. Ahora bien, esta política también puede verse en el aumento de actividades fuera del continente Europeo por parte de París. El propósito fue extender la presencia francesa a todos los mares, océanos y continentes, lo que llegó a preocupar a Inglaterra, la gran potencia colonial de aquel entonces.

En 1830-1831 había comenzado una nueva etapa en la historia colonial de Francia con la ocupación de Argelia y la expansión francesa fuera de Europa no haría más que acelerarse a lo largo de las décadas siguientes, en el contexto de la industrialización francesa (especialmente importante durante el Segundo Imperio, como ya se vio). Con la Monarquía de Julio, las posesiones coloniales tuvieron un lugar secundario: Francia no podía permitirse emprender una aventura colonial demasiado importante, pues el orden impuesto en 1815 seguía vigente. La conquista de Argelia jugó un papel importante en el orgullo nacional francés, ya que permitió a la opinión poner entre paréntesis el fracaso de la política en Europa, considerada como una humillación. También se pretendía paliar el retraso económico *vis-à-vis* de Inglaterra, pero sin rivalizar con ella en el resto del mundo. Francia intentó abrirse vías comerciales sin pasar ciertos límites que Londres pudiese interpretar como una amenaza a su hegemonía colonial en el mundo. Así, Guizot formuló su doctrina de "puntos de apoyo": Francia llevaría a cabo una política mercantilista pacífica y mantendría centros de comercio y de apoyo militar en distintas partes del mundo, sin pretender una estrategia de expansión colonial que rivalizara con la Gran Bretaña.[346] Durante la Monarquía de Julio, Francia fue "introvertida" y vio lo colonial como un peón

[346] Jean Meyer, Jean Tarrade, Annie Rey-Goldzeiguer y Jacques Thobie, *op. cit.,* pp. 347-350.

secundario en las relaciones internacionales.[347] Destacaron la importante conquista de Argelia, donde el ejército francés (llamado "de África") tuvo que hacer frente a resistencias de tribus beduinas y a los civiles franceses ahí instalados,[348] así como exploraciones en Polinesia, en África y en Indochina. Pero cuando hubo enfrentamientos con los Ingleses, Luis Felipe y Guizot prefirieron mantener la paz y salvaguardar los logros diplomáticos con Londres, en lugar de aferrarse a las cuestiones coloniales.[349]

La Segunda República francesa, debido a su corta duración, no pudo tampoco aventurarse en una gran política colonial. A principios de 1848 se decretó la abolición de la esclavitud, misma que puso en libertad a 262,564 esclavos. Esto causó ciertos problemas en los sistemas económicos de las Antillas y de Guyana, pero se impuso en la opinión pública la imagen de una Francia colonial humanitaria y liberadora.[350]

La política colonial del Segundo Imperio, que también refleja en cambio en el contexto internacional, puede dividirse en dos: durante la década de 1850 el emperador francés otorgó un lugar secundario a las aventuras coloniales, acaso por los grandes cambios económicos por los pasaba el país, pero emprendió actividades que también procuraron dar continuidad a la política de prestigio nacional y mantener la presencia de Francia en el mundo. A lo largo de la década de 1860 se intensificó la actividad imperial y las exploraciones y expediciones fuera del continente europeo (en México, por ejemplo). En este período Napoleón III procuró instaurar el nuevo orden internacional que se estudió en el primer capítulo, es decir, la construcción de una "economía-

[347] *Ibid.,* p. 352.
[348] *Ibid.,* pp. 359-361.
[349] *Ibid.,* p. 378.
[350] *Ibid.,* pp. 411-418.

mundo"[351] a partir de la expansión mediterránea y atlántica y con base en la articulación de las zonas productivas de las distintas regiones para el desarrollo de la industria. En ese sentido, la política exterior enfocada al resto del mundo pasó a ser un instrumento de suma importancia.

La primer mitad del régimen se caracterizó, pues, por dar un lugar secundario a las aventuras coloniales, por dos razones principales: la prioridad del emperador fue la expansión interior de la economía (de la industria, de los ferrocarriles, del mercado, etcétera), y la política exterior hizo énfasis en terminar de erosionar el arreglo de 1815, por lo que Europa fue la prioridad para Napoleón III (Italia, Crimea...).[352] Durante este período se intentó dar una buena administración a las colonias, en especial a Argelia y Senegal, y el emperador procuró poner ahí en marcha la "colonización capitalista" mediante el otorgamiento de grandes concesiones a empresas que efectuaran inversiones masivas, lo que daría empleo y sacaría adelante a la economía e industria del norte de África (idea sansimoniana).[353] Además, la marina francesa pretendió afirmar su fuerza, sus intereses y su presencia mundial, como lo muestra la actividad en China en conjunto con Inglaterra, pero también en Indochina y el Líbano.[354] Fue también durante este período cuando hubo un mayor interés por el proyecto del canal de Suez, con el esfuerzo conjunto de Ferdinand de Lesseps y del emperador mismo ante las reticencias por parte del Imperio otomano, de Egipto y de Inglaterra. En 1855 se estableció el proyecto de la Compañía Universal del Canal de Suez. A pesar de toda esta actividad colonial, instrumento de la política de prestigio para llevar la gloria

[351] *Ibid.,* capítulo XVI.
[352] *Ibid.,* p.421.
[353] *Ibid.,* p. 423-424.
[354] *Ibid.,* pp. 440-444.

napoleónica más allá de los confines europeos, no hubo una gran política colonial debido a la importancia de cambiar primero el equilibrio europeo.[355]

La política colonial habría de cobrar mayor importancia a partir de la década de 1860, en la que se llevó a cabo la Intervención en México. Francia ya había conseguido un nuevo lugar en Europa, así que podía proceder a una mayor expansión por el mundo. Se quiso establecer nuevos nexos con las colonias y establecer áreas de influencia para instaurar una gran economía mundial articulada cuyo centro fuera París, una gran ambición personal del emperador.[356] Napoleón III viajó en 1860 y en 1865 a Argelia con el afán de desarrollar ahí la industria, el ferrocarril, las carreteras y los altos hornos.[357] El Segundo Imperio también procuró devolver a Francia su dinamismo en todo el Mediterráneo, no sólo mediante el impulso económico de Argelia, sino intentando hacer retroceder la soberanía otomana en el mundo árabe, como muestran los esfuerzos diplomáticos por hacer de Túnez y de Egipto (por el Suez) áreas de influencia francesas a pesar de la oposición de Inglaterra, que apoyaba al Sultán turco en el Mediterráneo oriental.[358] De hecho, Napoleón III logró prácticamente imponer la independencia de Egipto *vis-à-vis* del Imperio otomano para concretar los proyectos del canal, cuya realización intentaron entonces impedir los ingleses. Además de esa actividad colonial y de la Intervención en México, la Francia del Segundo Imperio emprendió la expansión de la colonia de Senegambia en África, el dominio francés de Indochina para tener mayor acceso al mercado chino (se estableció un protectorado en

[355] *Ibid.,* pp. 444-448.
[356] *Ibid.,* p. 455.
[357] *Ibid.,* p. 456.
[358] *Ibid.,* pp. 474-477.

Camboya para controlar el río Mekong y llegar así al mercado de la provincia china de Yunnan), y cierta presencia en Madagascar, dirigida desde la isla de la Reunión.[359]

Por último cabe señalar que si el imperialismo del Segundo Imperio cobró mayor vigor a lo largo de la década de 1860, esto se debió en gran medida a lo que señala el historiador Sven Beckert, es decir, a la expansión de las potencias europeas por el mundo con el propósito de abastecerse de algodón y de otras materias primas. Este cambio, como ya se ha visto, fue inducido por la "hambruna del algodón" causada por la Guerra de Secesión. La extracción de plata de México y el propósito de abastecerse de otras materias primas ahí, y a la vez hacer del país un mercado para los productos industriales franceses, está en la misma línea que la experiencia imperial de Francia en otras latitudes: el querer penetrar en el mercado del extremo oriente o extraer recursos minerales o productos agrícolas del norte de África. En la "aventura mexicana", como en el resto de la política exterior francesa hacia zonas extra-europeas, se conjugaron, pues, la ambición de emprender una política de grandeza o de prestigio (lo que no es descabellado dado que el emperador era heredero de la leyenda napoleónica de su tío) y la vertiente económica del nuevo imperialismo, mismo que se aceleraría conforme fueron pasando los años del siglo XIX.

[359] *Ibid.,* pp. 484-494.

CONCLUSIONES

Esta tesis ha tenido como propósito analizar las diferentes causas o motivaciones que llevaron a Napoleón III a emprender la Intervención francesa en México y a instaurar el Segundo Imperio mexicano encabezado por Maximiliano y Carlota. Cada capítulo ha estudiado intereses de distinta naturaleza –el proyecto de articular una economía-mundo mediante la apertura de canales navegables, la idea de *regenerar* México para salvaguardar la supervivencia del mundo latino (y católico) en América, la extracción de plata para aliviar la "hambruna del algodón" y la crisis monetaria, hacer de México un mercado para Francia (y más específicamente para Burdeos y el suroeste) siendo la Intervención un precedente para el imperialismo de finales de siglo y, por último, aprovechar los cambios en los órdenes europeo y americano para ejercer un equilibrio de poder a Estados Unidos y así establecer una zona de influencia francesa en América. Varias de estas causas están presentes implícita o explícitamente en la literatura que ha estudiado la política exterior del emperador francés y los orígenes del establecimiento del Segundo Imperio mexicano, y otras no tanto. En cualquier caso, en cada capítulo de este trabajo se ha procurado aportar suficiente evidencia para sostener las distintas propuestas, haciendo énfasis en las fuentes primarias, es decir, en los escritos de aquellos que estuvieron involucrados en la Intervención francesa en México y en el establecimiento del imperio de Maximiliano.

¿Qué es precisamente lo que ha aportado esta tesis? Varias cosas. Una de ellas, como ya se ha dicho, ha sido el constante interés en sostener cada hipótesis con base en

documentos históricos, en fuentes primarias. No obstante, también se ha procurado aportar una interpretación original a cada una de estas hipótesis: si bien no es nueva la interpretación según la cual Napoleón III intentó dar lugar a una "economía-mundo" estableciendo una dominación paralela en el Mediterráneo y en el Atlántico, sí es original de esta tesis el haber hecho énfasis en la influencia que tuvo el pensamiento sansimoniano sobre el emperador en la conformación de su *gran idea*, así como el haber situado la ambición de construir un canal transoceánico en América Central o México dentro de un gran proyecto de política exterior de Napoleón III. Esta tesis ha sostenido que la idea de *regenerar* México para defender al mundo latino en el continente americano no era un mero recurso discursivo para encubrir otros intereses, sino que era una idea que había ganado terreno en el espacio público francés desde comienzos del siglo XIX y que se había reforzado con el imaginario surgido a partir de las experiencias coloniales. En cuanto a la economía, las ambiciones en torno a la plata y a Sonora ya han sido ampliamente estudiadas; no obstante, esta tesis aporta al estudio la inserción de la Intervención francesa en México dentro de la rivalidad económica entre Marsella y Burdeos, así como la propuesta de ver a los empresarios como una herramienta a la cual recurrió el emperador para emprender sus aventuras en otras latitudes. Así, aunque con diferencias considerables, esta intervención puede verse como una experiencia original que representó un precedente interesante para el imperialismo de finales del siglo XIX. Este trabajo ha pretendido enriquecer el estudio del contexto internacional de la intervención y del proyecto de ejercer un equilibrio de poder a Washington en América con un análisis de los principios de política exterior de Napoleón III. Por último, y como se enfatizará más adelante, esta tesis ha tenido la intención de aportar las causas más importantes de la *aventura mexicana* y estudiar la importancia de cada una de ellas. Se llega a la conclusión de que cada causa fue importante y que fue la articulación de

todas ellas fue la que dio como resultado la intervención. Se articularon elementos internacionales, económicos, ideológicos y personales, siendo cada uno un ámbito distinto sin el cual el estudio de los orígenes de la Intervención francesa en México estaría incompleto.

Los múltiples enfoques existentes en la disciplina de relaciones internacionales sirven para comprender y explicar acontecimientos que tienen lugar en el ámbito internacional. Desde luego, cada uno de estos enfoques tiende a hacer énfasis en ciertos actores y a poner entre paréntesis la relevancia de otros factores. Así, por ejemplo, un análisis de la Intervención francesa en México basado en el enfoque realista muy probablemente daría la mayor importancia al hecho de que Francia (el país en su conjunto, considerado como un actor racional unificado) aprovechó la Guerra de Secesión para ejercer un equilibrio de poder sobre la que había sido (y seguiría siendo) la hegemonía regional en América, es decir, Estados Unidos. Según Hans Morgenthau, el concepto del interés de los Estados definido en términos de poder da un orden racional a la política, ya que la política exterior aparece como consistente consigo misma, independientemente de los motivos, las preferencias, las afinidades filosóficas y las intenciones del estadista, que para él son fútiles.[360] Así, el analista tiene que

[360] Hans J. Morgenthau, *Politics Among Nations. The Struggle for Power and Peace,* 7ª ed. revisada por Kenneth W. Thompson y W. David Clinton, Boston, MacGraw-Hill, 2006.

preguntarse: "¿Cómo afecta esta política al poder del país en cuestión?".[361] Desde esta perspectiva, la Guerra de Secesión abrió un desequilibrio en el orden regional americano y, al no poder Washington hacer cumplir su política antieuropea en la región (la Doctrina Monroe), Francia puso en marcha una política de equilibrio de poder a la hegemonía estadounidense, procurando hacer de México una zona de influencia que le permitiera extender su poder por la región. Cuestiones ideológicas o asuntos como la defensa de la "civilización latina" quedan, desde la óptica del realismo, en un segundo lugar muy lejano.

Por el contrario, el enfoque constructivista de relaciones internacionales haría énfasis en el asunto del mundo de la latinidad para explicar la intervención. El constructivismo, al ser un enfoque de inspiración sociológica, sugiere que para explicar un acontecimiento en el ámbito internacional es necesario tomar en cuenta la construcción social de los intereses (que no son objetivos), la relación entre el agente y la estructura, y los significados.[362] Un supuesto fundamental en que se basa esta perspectiva es que la gente actúa ante coyunturas, objetos y actores con base en los significados que les den (por ejemplo, en contraste con el realismo, no era evidente que la Guerra de Secesión tuviera que implicar un equilibrio de poder; es necesario tener en cuenta el significado que se le daba a Washington: el de una potencia rival). Algunos conceptos analíticos clave del constructivismo son las ideas compartidas e institucionalizadas, las prácticas, las identidades, las creencias, las memorias colectivas, la manera de proceder de los gobiernos, la retórica, las convicciones, las

[361] *ibid.,* capítulo 1. **Define "poder" como una relación psicológica entre quienes lo ejercen y sobre quienes es ejercido; los primeros tienen control sobre ciertas acciones de los segundos.**

[362] Ian Hurd, "Constructivism", en Christian Reus-Smit y Duncan Snidal, *ibid.* pp. 298-316.

interpretaciones históricas y las expectativas que resultan de todas ellas. Este enfoque se ha propuesto poner en evidencia que los intereses de los Estados, los "intereses nacionales", no son objetivos sino que se producen a partir de un proceso con amplio contenido social, de dónde la importancia de estudiar su construcción histórica con énfasis en influencias sociales.[363] Los "intereses nacionales" también serían el producto de identidades: las relaciones internacionales son relaciones sociales en las que la socialización, las interacciones entre los Estados y su entorno, crean significados colectivos e identidades. Por lo tanto, el sentido de amistad o de enemistad entre Estados, así como la presencia o la ausencia de un sentido de comunidad, dan a cada país un entendimiento específico de su rol en el ámbito internacional y una cierta noción sobre las expectativas de sí mismo (esto es, una identidad).

Es por lo anterior que, entre todos los intereses que se abordaron a lo largo de la tesis, el enfoque constructivista daría mayor importancia a la defensa de la latinidad, ya que este concepto conlleva un sentido de identidad compartida y de comunidad. Puede rastrearse el origen histórico de la presencia de la "latinidad" de Francia en el espacio público francés, acaso desde el Congreso de Viena, cuyos principales protagonistas fueron potencias "no latinas": el Reino Unido y el Imperio austrohúngaro. La idea de latinidad dio a Francia una identidad y expectativas de sí misma, pues suponía que Francia debería encabezar un grupo de naciones latinas que serían, dadas las afinidades culturales, sus aliadas. El pensar en un Imperio latino conformado por la América hispana y lusitana, por los países de la península ibérica, por una Italia unida y, por supuesto, Francia, habla de la identidad del país bajo el gobierno de Napoleón III, pues denota la frontera imaginaria entre un *nosotros* y un *ellos.* El *nosotros* lo conformarían las zonas geográficas mencionadas, caracterizadas en su mayoría no sólo

[363] *Ibid.*

por una lengua latina predominante, sino también por una religión en común (la católica) y el no haber aún un apoyo arraigado hacia la forma republicana de gobierno (de dónde el apoyo a los conservadores mexicanos). El *ellos* sería el resto de países, pero el enemigo en el contexto americano sería más bien el mundo anglosajón, protestante y republicano en expansión, es decir, los Estados Unidos. La idea de latinidad permitió al gobierno francés distinguir entre países "amigos" y "enemigos" y ver en Estados Unidos un país rival; no obstante, debido a la importancia que tenía Inglaterra para el gobierno del Segundo Imperio, el mundo latino no podía ser un grupo cerrado sino que tendría que contar con Londres, como escribió Chevalier.

Por último, un estudio de la Intervención francesa basado en el enfoque liberal de relaciones internacionales haría énfasis en los actores no estatales, como los empresarios y, por consiguiente, daría mayor relevancia a la satisfacción de los intereses económicos como explicación. Los enfoques liberales tienen un denominador común: el supuesto de que las variables que explican la acción internacional de los Estados tienen que ver con el ámbito interno.[364] Para algunos liberales no hay una clara distinción entre la política interna y la política exterior;[365] podría decirse que la segunda es de alguna manera la continuación de la primera. Así, para comprender los acontecimientos en el ámbito internacional, tiene que hacerse un análisis "de abajo hacia arriba" (o de adentro hacia afuera): cuando los actores sociales internos tienen intereses en juego pueden organizarse para intentar influir en la construcción de los intereses de los Estados. Desde esta perspectiva, la Intervención francesa en México podría explicarse

[364] Diana Panke y Thomas Risse, "Liberalism", en Tim Dunne, Milja Kurki y Steve Smith (editores), *International Relations Theories. Discipline and Diversity,* Oxford University Press, 2007, pp. 89-108. No puede hablarse de una sola teoría liberal de relaciones internacionales, ya que dentro de los académicos que se sitúan dentro de esta corriente, los hay con diferentes enfoques epistemológicos y ontológicos.

[365] *Ibid.*

como la consecuencia del descontento que causaba la "hambruna del algodón" en la industria textil. Los capitalistas vinculados a este sector habrían presionado al gobierno francés para que se satisficiesen sus intereses particulares y se asegurase el dinamismo de la producción textil. Lo mismo puede decirse sobre los empresarios del suroeste francés: probablemente las cámaras de comercio de las ciudades de esa región presionaron para que el gobierno encontrara mercados para dinamizar la economía de la zona.

Podrá decirse que el Segundo Imperio fue un régimen autoritario y que, por lo tanto, poco importaban las presiones de actores no estatales. No obstante, esta crítica no le quita al enfoque su validez, ya que puede hacerse un análisis liberal de regímenes no democráticos si uno se centra en los vínculos entre los círculos dirigentes y otros actores, como los empresarios. En otras palabras, la ausencia de un sistema democrático no implica automáticamente una indiferencia del gobierno hacia las presiones y demandas de grupos internos no estatales. En el caso del Segundo Imperio esto es tanto más evidente cuanto que los empresarios ocupaban un lugar privilegiado dentro de los proyectos industriales de Napoleón III.

Como se ha visto, a la hora de emprender un estudio para explicar algún acontecimiento internacional determinado, los diferentes enfoques de relaciones internacionales tienden a dar mayor peso a ciertos factores y a restárselo a otros. En esta tesis se sostiene que cada uno de los intereses estudiados en los capítulos tuvo cierto peso en la decisión de Napoleón III de lanzarse en su "aventura mexicana". Desde luego, no se trata afirmar que todos los intereses tuvieron el mismo peso o que todos explican de la misma

manera la Intervención francesa en México. Asegurar tal cosa sería lo mismo que decir que ninguno de los factores explica realmente el fenómeno de la intervención (o, dicho de otra manera, si se da a todos los elementos el mismo valor explicativo, entonces no se está aclarando gran cosa). No obstante, es el propósito de este estudio defender que la empresa mexicana del emperador francés y el subsiguiente establecimiento del imperio de Maximiliano y Carlota fue un fenómeno de causalidad múltiple, uno que dependió de la combinación de distintos elementos.

Los intereses abordados pertenecen a esferas de diferente complejidad, a ámbitos que no solamente son diferentes, sino además se articulan unos con otros. Estas esferas, como deja entrever el capitulado en sí, corresponden con la escala internacional, con la economía y con proyectos de carácter más bien político e ideológico. Lo importante es subrayar que los factores estudiados no bastan por sí solos (esto es, por separado) para dar cuenta de la intervención, sino que es necesario encontrar sus nexos con los demás elementos causales (por ejemplo, ver si un factor causal depende de otro, si uno permite o favorece el desarrollo de otros, etcétera). Es por esto que se ha hecho un análisis inspirado en las "imágenes" de Kenneth Waltz, aunque con adaptaciones pertinentes para el caso estudiado. ¿Qué nos dice, entonces, este estudio acerca de las causas de la Intervención francesa en México y el establecimiento de un imperio?

Uno debería de empezar por lo que se estudió en el último capítulo, es decir, el ámbito internacional, ya que representó una condición *sine qua non* de toda la "aventura mexicana". Los cambios en el orden europeo y, sobre todo, la Guerra de Secesión representaron una oportunidad sin la cual, haciendo un ejercicio de historia contra-factual, la intervención francesa habría resultado por lo menos muy improbable, por más que la economía francesa necesitara de la plata mexicana o que Napoleón III quisiera abrir un canal transoceánico en América Central o salvar a la "civilización

latina" en el Nuevo Mundo. Muy pocos años atrás, Estados Unidos había conquistado la mitad norte del territorio mexicano y después de esto se proponía consolidarse como la gran potencia regional de América, haciendo de toda la cuenca caribeña su área de influencia. Hubo incluso quienes abogaron por absorber aún más porciones del ya mermado territorio mexicano. El hecho de que Francia instalase en México a parte de su ejército y que instaurase ahí un imperio no puede explicarse sin tomar en cuenta la incapacidad temporal por parte de Washington de hacer valer sus intereses regionales, ya que el país no sólo se había opuesto a la presencia europea en el continente americano, sino además mostraba desafecto hacia la forma monárquica de Estado. El estallido de la Guerra de Secesión permitió a Francia intervenir y llevar una diplomacia ambigua hacia la Confederación del Sur, siendo Napoleón III personalmente partidario de reconocerla para consolidar la división de la potencia antieuropea en América y el nacimiento de un "Estado-colchón" que le permitiera hacer de México su nuevo feudo en la región.

También es importante tomar en cuenta el hecho de que la intervención en México comenzase siendo tripartita, con el apoyo de Londres y de Madrid, ya que eso refleja también que el orden europeo había cambiado y Francia ya no estaba tan aislada diplomáticamente como lo había estado durante el orden de Viena. Si bien se siguió viendo a Francia con una cierta desconfianza en otras partes de Europa y España e Inglaterra se retiraron de la expedición en México, por lo menos ya no era la amenaza que había sido durante la Revolución francesa y el Primer Imperio. Quizás estos países no apoyaron activamente la acción de Francia en México, pero por lo menos tampoco se opusieron a ella, lo cual ya era un cierto logro por parte de la diplomacia francesa.

La suma de los cambios en el orden europeo con los del orden americano constituye lo más importante del contexto internacional en que se desarrolló la

Intervención francesa en México. Se tradujo en una oportunidad que Napoleón III no dejó pasar para poner un alto a la expansión estadounidense en la región. La escala internacional tiene entonces que verse como una condición o una ocasión que *permitió* a Francia embarcarse en su "aventura mexicana". Sin embargo, este factor no explica por sí sólo la intervención. El emperador francés procuró ejercer un equilibrio de poder a Estados Unidos en la región, pero el *porqué* tiene que buscarse en los demás factores estudiados. Dicho de otra manera, el contexto internacional fue una condición necesaria pero no suficiente para explicar la política de Napoleón III hacia México.

A menudo se han opuesto dos causas de la intervención francesa: el reclamo del pago de la deuda y de las reclamaciones de empresarios franceses, por una parte, y los ambiciosos proyectos personales de Napoleón III, por otra. En este trabajo se ha visto que el asunto de la plata y de Sonora estaba discretamente ligado a las exigencias del gobierno francés mediante la cuestión de los bonos de Jecker. En los términos en que se planteó este trabajo, esta oposición podría ser entre los proyectos del emperador estudiados al comienzo y las necesidades económicas de Francia. ¿Cuál de estos intereses pesó más en la decisión del emperador de intervenir en México y establecer ahí un imperio? En realidad, si se piensa con detenimiento, esta es una dicotomía falsa en varios aspectos. El Segundo Imperio francés fue un régimen cuya preocupación principal fue la economía o, por lo menos, fue el medio escogido por Napoleón III para satisfacer otros propósitos, desde el bienestar de los franceses hasta la "grandeza nacional". Se ha visto que la prioridad del emperador fue la industrialización de Francia, para lo cual impulsó la construcción de una amplia red ferroviaria. Otra de las medidas

fue favorecer la proliferación de grandes entidades bancarias con el fin de favorecer las inversiones, el desarrollo del capitalismo, la construcción de grandes obras de infraestructura, lo que se llamó "el gasto productivo". Esto se tradujo en una ausencia de fricción entre los sectores empresariales y el gobierno de Napoleón III. De hecho hubo una cierta retroalimentación entre ambas partes: el gobierno otorgaba concesiones a los empresarios y éstos se encargaban de construir grandes obras y de industrializar el país.

No es aventurado decir que la complicidad entre el emperador y los hombres de negocios se reprodujo en el ámbito internacional. Antes del Segundo Imperio francés habían sido dos las instituciones relevantes al servicio de las experiencias coloniales de Francia: el ejército y los misioneros católicos.[366] A partir del gobierno de Napoleón III hubo, además, un nuevo sector con amplia presencia en la política exterior: los empresarios. En este ámbito también hubo retroalimentación o un *quid pro quo*: el emperador y el Quai d'Orsay (el ministerio de relaciones exteriores) presionaban diplomáticamente a otros gobiernos para que dieran concesiones a los empresarios franceses y a cambio éstos aseguraban la presencia de Francia en diversas partes del mundo a la vez que contribuían a la ejecución de los proyectos imperiales. Quizá el mejor ejemplo de esto sea el caso de Egipto: Napoleón III quería abrir el canal de Suez, así que presionó a los virreyes egipcios para que otorgaran las concesiones a Ferdinand de Lesseps y las respetaran. El empresario, a cambio del apoyo diplomático brindado, abrió uno de los dos canales codiciados por el gobierno (y años más tarde intentaría involucrarse en el de América Central). El entendimiento entre gobierno y empresarios está estrechamente ligado a las ideas sansimonianas que no sólo veían en el desarrollo

[366] Véase Jean Meyer, Jean Tarrade, Annie Rey-Goldzeiguer y Jacques Thobie, *op. cit.*

de la economía (de la industria concretamente) un medio para satisfacer otros fines, sino que propugnaban una industrialización dirigida del mundo (no se trataba de un *laissez faire,* sino que la organización industrial del mundo tenía que basarse precisamente en el constante acuerdo entre políticos y emprendedores). Luis Napoleón había leído durante su estancia en Ham la *Colonisation d'Algérie*, un texto del sansimoniano Prosper Enfantin, de donde adoptó justamente la idea de un imperialismo impulsado por el Estado pero cuyos actores principales fueran los hombres de negocios.[367] Así, durante el Segundo Imperio los empresarios se unieron al ejército (incluida la marina) y a los misioneros como instrumento de la política imperial francesa en el mundo. Quizás Argelia y Egipto sean los casos más paradigmáticos de esto, pero la protección de intereses de hombres de negocios franceses por el Estado también se dio en Senegambia, China, Indochina, Túnez, Madagascar… y México.

Es necesario tener en cuenta que la "aventura mexicana" tuvo lugar en la década de 1860. En esa década, estando ya muy avanzada la industrialización interior y la reconfiguración europea, Francia se volcó hacia el resto del mundo. El primer síntoma de esto fue el tratado comercial Chevalier-Cobden, entre Francia y Gran Bretaña. Fue a comienzos de esa década que tuvo lugar la "hambruna del algodón" y el consiguiente nacimiento del imperialismo que se acentuaría a finales del siglo XIX. Una de las características principales que se ha estudiado de esta nueva experiencia imperial es el activo papel del Estado en asegurar la apertura comercial de las regiones sobre las cuales de ejercía dicho imperialismo, mediante una gran presión diplomática hacia los gobiernos locales, o bien intervenciones. Aquí, una vez más, se reproduce la complicidad entre el Estado y los sectores empresariales. La razón que dio el gobierno francés a su intervención en México fue precisamente la suspensión del pago de la

[367] *Ibid.,* p. 418.

deuda decretada por Juárez y la protección de los intereses de los hombres de negocios franceses, entre ellos los de Jecker. Ahora bien, la exigencia de ese pago y del respeto de los intereses ciertamente dio un motivo para intervenir, pero pronto se hizo evidente que el aferre del emperador a sus proyectos en México trascendía esta cuestión. La búsqueda de plata mexicana para aliviar la crisis monetaria y del sector textil fue un asunto de Estado con fines económicos (volver a facilitar las transacciones con monedas de plata y comprar algodón para el sector) y políticos (paliar la posible inestabilidad social y política de la crisis textil). No obstante, se ha dado evidencia de que otro fin económico a mediano y largo plazo fue hacer de México un territorio donde la economía francesa pudiera abastecerse de materias primas baratas y a la vez un mercado que comprara los productos industrializados franceses de alto valor agregado.

El proyecto de dominación paralela mediterránea y atlántica, ambición personal del emperador de gran inspiración sansimoniana, también iba de la mano con la economía. Se trataba de abrir rutas que facilitaran el comercio, el flujo de materias primas y de productos finales; de tener acceso a mercados por el mundo entero. Ese era un proyecto para la humanidad entera, pues era una creencia sansimoniana que las vías que facilitaran el transporte y la comunicación darían lugar a una economía-mundo, es decir, a un mundo articulado por la industria y el comercio (desde luego, los sansimonianos no pensaban aún en la asimetría que generaría esa economía mundo, es decir, las desigualdades que surgirían entre las potencias europeas industrializadas y las zonas proveedoras de materias primas, pues ellas no se industrializarían precisamente a causa de su lugar en la economía-mundo: el proveer materias primas, no productos industrializados). El surgimiento de la economía-mundo era a la vez un proyecto económico y político, pues el emperador pensaba en orquestar el mundo industrial inaugurando y controlando los canales navegables. Las vías mediterránea y atlántica

permitirían a los hombres de negocios llegar a nuevas latitudes, lo que a su vez aseguraría la presencia francesa en el mundo (el deber de proteger a empresarios franceses daría pie a un involucramiento político de Francia en diversas partes del mundo). Aquí se conjugan bien la política de prestigio o de grandeza nacional de Napoleón III con los intereses económicos de los emprendedores franceses.

Cabe, por último, destacar la simetría del proyecto de la dominación mediterránea y atlántica. Se parte de un puerto (Marsella y, como se propone en este trabajo, Burdeos), cada uno con una zona de influencia económica en África (Argelia y Senegambia), y se abre una vía para cruzar un mar o un océano (el Mediterráneo y el Atlántico). Del otro lado, hay un gobierno bajo influencia francesa, al menos en teoría (el egipcio y el imperio de Maximiliano), en un país cuya soberanía está amenazada por otra potencia (el imperio otomano y los Estados Unidos).[368] En cada región el emperador impulsó la apertura de un canal navegable (el de Suez y alguno en un punto de América Central) para tener acceso a otro océano (el Índico y el Pacífico). Ahí, Francia contaría con una pequeña isla como punto de apoyo (la Reunión y la isla de la Pasión, hoy en día Clipperton, reclamada para Francia en tiempos de Napoleón III). A partir de ahí, ambas vías se encontrarían en el extremo oriente. Esto concuerda con las ideas sansimonianas de la unión entre el oriente y el occidente y del establecimiento de una economía-mundo.

En suma, los proyectos geopolíticos de Napoleón III y la satisfacción de intereses económicos fueron de la mano. No sólo el Segundo Imperio francés fue el régimen de los sansimonianos, de la industrialización y del apoyo a empresarios para

[368] En el caso de Egipto, el país de hecho pertenecía al Imperio otomano, por eso sus gobernantes eran virreyes sometidos al Sultán de Constantinopla. No obstante, la injerencia de Francia logró dar a Egipto un amplio margen de maniobra, precisamente debido a la ambición imperial del canal de Suez, proyecto al que se oponía el poder otomano por evidentes cuestiones geopolíticas y estratégicas.

dar un impulso capitalista a Francia, sino además los hombres de negocios fueron un nuevo actor, un nuevo pilar, de la política exterior del régimen. Preguntarse si en la Intervención francesa en México primaron los intereses económicos o los proyectos geopolíticos del emperador puede parecer lógico a primera vista, pero si se analiza lo anterior con detenimiento uno cae en la cuenta de que se trata de una falsa dicotomía y de que no puede entenderse una cosa sin la otra.

La cuestión de la latinidad en América, a menudo conjugada con la defensa del mundo católico, también tuvo su peso como motivo de la intervención. Como ya se vio, Michel Chevalier habla de este interés como una de las principales razones de la "aventura mexicana" en su libro *México antiguo y moderno.* La idea de defender la "civilización latina" y el catolicismo en el mundo puede parecer un disparate o un componente del discurso para justificar ante la opinión francesa la intervención, pero en realidad cobra sentido si se toma en cuenta que era una idea que ya llevaba tiempo gestándose, años antes de que siquiera se planteara la posibilidad de establecer en México un imperio en teoría francófilo. Quizás la imagen de una Francia en la cúspide de un grupo de naciones culturalmente afines a ella sea parte del imaginario y los sueños de grandeza que produjo el nacionalismo francés a partir de la derrota de 1815.

La derrota de Francia al término de las guerras napoleónicas y el establecimiento de un nuevo arreglo en el Congreso de Viena se interpretó como una humillación nacional, lo que dio pie a un nuevo nacionalismo francés que introdujo, precisamente, la idea de la latinidad de Francia. La imagen de una Francia heredera de una antigua civilización romana y, además, hija de Roma (esto es, del catolicismo) permitió al

nacionalismo francés oponerse imaginariamente a otros países, es decir, a aquellos que la sometieron en 1815.[369] Esto no es descabellado, ya que toda humillación o derrota da lugar a un nacionalismo que busca la grandeza de la nación en las esencias, en los orígenes, en la historia. Este nacionalismo escogió hacer de la latinidad y del catolicismo sus banderas y por consiguiente surgió la idea de que Francia tendría que liderar al grupo de países latinos y católicos, un conjunto que sería, de acuerdo con esta lógica, amistoso con Francia por las simples afinidades culturales.

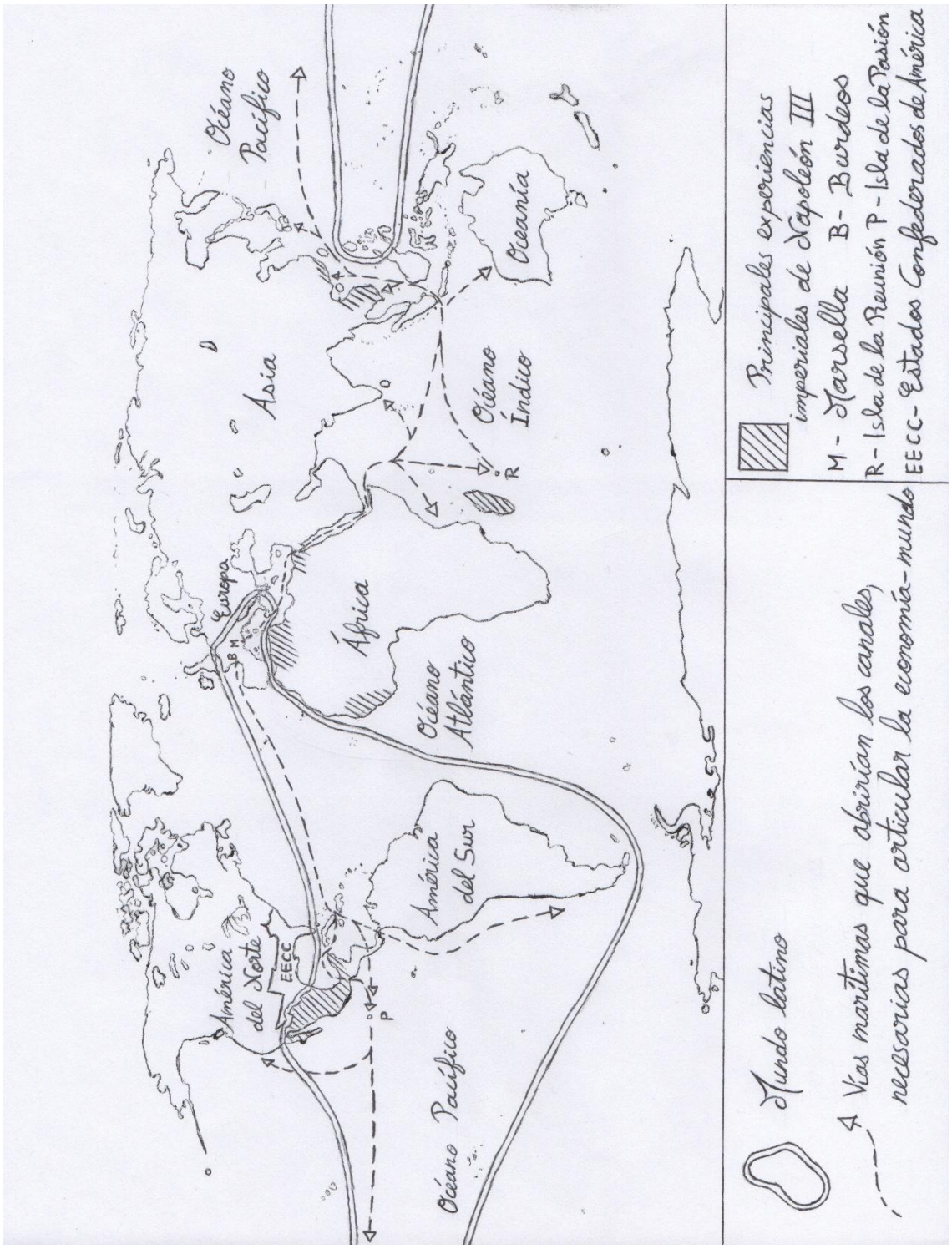
Este imaginario salió reforzado con la conquista de Argelia (a partir de 1830), ya que en el espacio público francés se impuso la idea de una Francia portadora de civilización, como ya se estudió. No hay que menospreciar el asunto de la defensa del catolicismo, sobre todo porque uno de los tres actores en las aventuras imperialistas de Francia eran precisamente los misioneros (los otros eran el ejército y, a partir del Segundo Imperio, los empresarios). La defensa del catolicismo dio pie a intervenciones francesas en el Líbano otomano, en el Lejano Oriente y en ciertas islas del Pacífico. Además, la razón principal de los conservadores mexicanos para pedir a Napoleón III su intervención fue la derogación de las leyes de Reforma y todo el liberalismo mexicano.

En cualquier caso, fue muy astuto por parte de Hidalgo y Esnaurrízar hablar a Eugenia en sus entrevistas de la defensa de la *raza latina* (y no sólo española) y del catolicismo en América ante el inminente expansionismo de Estados Unidos a costas de México. No sólo porque logró que a Eugenia, española devota, le interesara enormemente la propuesta y le hablara del tema a su marido, sino sobre todo porque sabía que ya había una cierta sensibilidad en Francia hacia esos asuntos. Al movilizar los temas de latinidad y de catolicismo, Hidalgo y Esnaurrízar estaba sembrando su

[369] A pesar de la admiración de los sansimonianos y del mismo emperador hacia Inglaterra, no puede obviarse la gran anglofobia presente en Francia, como demostró cierta aversión al tratado comercial de 1860.

semilla en un terreno sumamente fértil. La prueba sea quizás que Chevalier habla de eso como un interés primordial de Francia en su intervención en México. Seguramente Napoleón III y él discutieron del contenido de *México antiguo y moderno* antes de publicarlo, lo que muestra hasta qué punto esa fue una motivación para el emperador para intervenir.

En conclusión, no pueden entenderse las causas de la Intervención francesa en México sin tomar en cuenta los intereses que se han estudiado a lo largo de la tesis. Éstos pueden clasificarse en torno a tres dimensiones: la escala internacional, los intereses económicos de Napoleón III y, por último, el ámbito de los proyectos geopolíticos y las cuestiones ideológicas o culturales que hablan de la identidad nacional de Francia en tiempos de la intervención. Estas tres categorías (todas y cada una de ellas) son necesarias para explicar el lugar de México dentro de la política exterior del Segundo Imperio francés. Quizás nunca sepamos a ciencia cierta en qué consistía la "gran idea" de Napoleón III, pero con base en este trabajo se puede asegurar que sin duda se asemejaría a algo así:



Mapa III: México dentro de la política exterior del Segundo Imperio francés. Este mapa permite ver la "aventura mexicana" dentro de un contexto más amplio. Se muestran aquí aspiraciones, como un mundo latino compuesto de naciones amistosas entre sí, las rutas marítimas que permitiría la construcción de un canal en América Central, o bien la consolidación de la Confederación del Sur como un "Estado-colchón" entre Estados Unidos y América Latina. También aparecen proyectos que sí llegaron a concretarse bajo el gobierno de Napoleón III, como la vía oriental inaugurada por el canal de Suez o las zonas en donde Francia ejerció un imperialismo en buena medida de carácter económico.

Los proyectos del Segundo Imperio francés en México tuvieron que hacer frente al muro de la realidad. La Guerra de Secesión acabó en 1865 con la derrota de la Confederación del Sur. Así se disipó la posibilidad de un "Estado-colchón" en América del Norte que permitiera contener a Washington y establecer una zona de influencia para Francia, con todo lo que eso conllevaba. Estados Unidos no hizo sino acrecentar su presencia en la cuenca caribeña y en el resto de América conforme fueron transcurriendo los años del siglo XIX. Las pruebas que mejor demuestran esto son, primero, la guerra de 1898 en la cual Estados Unidos arrebató a España las islas de Cuba, Puerto Rico y las Filipinas y, segundo, la influencia de Estados Unidos en la separación de Panamá del resto de Colombia con el fin de dirigir la construcción del canal de Panamá, inaugurado en 1814.

En contraste con la política mediterránea, la política atlántica-americana del emperador acabó fracasando con la derrota del imperio de Maximiliano y el triunfo de los liberales en México. Este país conservó su independencia ante el expansionismo estadounidense, pero no fue la zona de influencia francesa que se planteaba. El único éxito fue acaso la extracción de plata que permitió paliar los problemas monetarios y la hambruna del algodón. Quizá lo que quedó de esta política fue la Isla de la Pasión, cuya pertenencia a Francia se decidiría décadas más tarde, y tal vez la francofilia del porfiriato, con el establecimiento de una nueva colonia francesa en México.

La defensa de la latinidad y del catolicismo no podía estar más lejos de lo que sucedió, es decir el cuestionamiento de los franceses acerca de compartir una identidad con los mexicanos. No se diga ya de la enorme hispanofobia de los franceses en México y, sobre todo, de Maximiliano y Carlota (culpaban a los españoles de las desigualdades

y de la situación del país). La pareja imperial terminó adoptando varias medidas liberales que afectaban a la iglesia y se burlaba del ultramontanismo del clero y de los "cangrejos" conservadores, quienes originalmente habían pugnado por su imperio. Después de la derrota de Francia en Sedán, volvió a ganar importancia en el espacio público francés (y también español) el mito de la decadencia de la raza latina…

Visto desde esta perspectiva, el Segundo Imperio francés representó un paréntesis entre dos órdenes internacionales: el orden de Viena (1815) y la *pax teutonica* (1870). Ambos arreglos surgieron a partir de una derrota francesa. Así, el imperio de Napoleón III fue un período en el cual el emperador intentó inaugurar un nuevo orden y dar un lugar importante a Francia en las relaciones internacionales. La política atlántica fracasó y la Intervención francesa en México fue quizás la última gran aventura del país en América, que pasaría a ser área de influencia estadounidense. No obstante, Francia participó de la competencia imperialista entre potencias europeas por controlar territorios en Asia y África, imperialismo que se había originado con la "hambruna del algodón".

Aunque este estudio propugna la importancia de tomar en cuenta cada uno de los intereses analizados, el trabajo propone un nuevo paradigma para acercarse a la investigación en torno a las causas de la intervención: México como mercado natural para el suroeste francés (en especial para Burdeos), en el contexto de la bicefalia atlántico-mediterránea de la expansión imperial de Francia. Quizás un estudio detallado de las cámaras de comercio y de los empresarios de los puertos de todo el suroeste francés (de Hendaya a Nantes) aclararía hasta qué punto la "aventura mexicana" causaba ilusiones en la región.

Por último, como mera curiosidad, resulta interesante constatar la importancia que se ha dado hasta la fecha al canal de América Central como un proyecto geopolítico

y económico. Un siglo después de la inauguración del canal de Panamá, Nicaragua está buscando capitales para construir su propio canal y en México se habla de un "corredor del Istmo de Tehuantepec" y de dinamizar el puerto de Nanchital, cerca de Coatzacoalcos, construyendo ahí grandes astilleros. Se plantea la posibilidad de construir un ferrocarril que atraviese el istmo, como había propuesto ciento cincuenta años atrás Michel Chevalier, con la publicación de *Le Mexicque ancien et moderne*. En Panamá se emprenden obras para ampliar el canal centroamericano y en Egipto se habla de construir un canal paralelo al del Suez. Posiblemente varios de estos proyectos no se lleven a cabo, pero lo relevante no es eso, sino tomar nota de cuán importante sigue siendo el tema de los pasos transoceánicos como proyectos geopolíticos y de grandeza nacional.

BIBLIOGRAFÍA

Asselain, Jean-Charles, *Histoire économique de la France du XVIIIe siècle à nos jours. 1. De l'Ancien Régime à la Première Guerre Mondiale*, París, Éditions du Seuil, 1984.

Beckert, Sven, "Emancipation and Empire: Reconstructing the Worldwide Web of Cotton Production in the Age of the American Civil War", en *American Historical Review*, núm. 109 (diciembre), 2004.

Bergeron, Louis, François Furet y Reinhart Koselleck, *La época de las revoluciones europeas, 1780-1848,* México, Siglo veintiuno editores, 2006.

Black, Shirley J., *Napoleon III and Mexican Silver,* Silverton, Colorado, Ferrell Publications, 2000.

Bliss, Santiago Rex, (compilador), *La Revolución Industrial: perspectivas actuales*, México, Instituto Mora, 1997.

Bonaparte, Carlos Luis Napoleón, *Ideas napoleónicas,* Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1947.

Chevalier, Michel, *México antiguo y moderno*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983.

Conte Corti, Egon Caesar, *Maximiliano y Carlota,* México, Fondo de Cultura Económica, 2004.

Dunham, Arthur Louis, *The anglo-French Treaty of Commerce of 1860 and the Progress of the Industrial Revolution in France*, Nueva York, Octagon Books, 1971.

González Avelar, Miguel, *Clipperton, isla mexicana,* México, Fondo de Cultura Económica, 1992.

Guérard, Albert, *Napoleon III*, Cambridge, Massachussetts, Harvard University Press, 1943.

Horvath, Ronald J., "A Definition of Colonialism", en *Current Anthropology,* vol. 13, núm. 1, The University of Chicago Press, 1972.

Hurd, Ian, "Constructivism", en Christian Reus-Smit y Duncan Snidal (editores), *The Oxford Handbook of International Relations,* Oxford, Oxford University Press, 2008.

Ionescu, Ghita, *El pensamiento político de Saint-Simon,* México, Fondo de Cultura Económica, 1983.

Juaristi, Jon, *Historia mínima del País Vasco,* Madrid, El Colegio de México/Turner Publicaciones, 2013.

Kissinger, Henry, *Un mundo restaurado. La política del conservadurismo en una época revolucionaria,* México, Fondo de Cultura Económica, 1973.

Morgenthau, Hans J., *Politics Among Nations. The Struggle for Power and Peace,* 7ª ed. revisada por Kenneth W. Thompson y W. David Clinton, Boston, MacGraw-Hill, 2006.

Landes, David S., *Bankers and Pashas. International Finance and Economic Imperialism in Egypt,* Nueva York, Harper Torchbooks, 1969.

Meyer, Jean, Jean Tarrade, Annie Rey-Goldzeiguer y Jacques Thobie, *Histoire de la France coloniale. Des origines à 1914,* París, Armand Colin Éditeur, 1991.

Meyer, Jean, *Francia y América. Del siglo XVI al siglo XX,* Madrid, Editorial MAPFRE, 1992.

de Pablo Hammeken, Luis, *Las razones de la sinrazón. Una explicación de política interna de la Intervención Francesa en México* (Tesis de licenciatura), México, El Colegio de México, 2003.

Palmade, Guy, *La época de la burguesía,* México, Siglo Veintiuno Editores, 2006.

Pani, Erika, *El Segundo Imperio. Pasados de usos múltiples,* México, Centro de Investigación y Docencia Económicas/Fondo de Cultura Económica, 2004.

Panke, Diana y Thomas Risse, "Liberalism", en Tim Dunne, Milja Kurki y Steve Smith (editores), *International Relations Theories. Discipline and Diversity,* Oxford, Oxford University Press, 2007.

Penot, Jacques, "L'expansion commerciale française au Mexique et les causes du conflit franco-mexicain de 1838-1839", en *Bulletin Hispanique*, tomo 75, núm. 1-2, 1973.

Plessis, Alain, *De la fête impériale au mur des fédérés, 1852-1871*, Éditions du Seuil, 1979.

Ratz, Konrad, *Correspondencia inédita entre Maximiliano y Carlota,* México, Fondo de Cultura Económica, 2004.

Redish, Angela, "The Persistence of Bimetallism in Nineteenth-Century France", en *The Economic History Review*, New Series, vol. 48, núm. 4 (nov. 1995).

Sainlaude, Stève, *Le gouvernement impérial et la guerre de Sécession (1861-1865). L'action diplomatique,* París, L'Hartmann, 2011.

Schefer, Christian, *La gran idea de Napoleón III. Los orígenes de la Intervención francesa en México (1858-1862),* México, Secretaría de Educación Pública del Estado de Puebla/El Colegio de Puebla, 2012.

Smith, William Herbert Cecil, *Second Empire and Commune: France 1848-1871,* Nueva York, Longman Inc., 1985.

Suárez Argüello, Ana Rosa, *Napoleón III y William M. Gwin: el fracaso de sus planes de colonización en el noroeste de México* (Tesis de licenciatura), México, UNAM, 1980.

-----, *La batalla por Tehuantepec: el peso de los intereses privados en la relación México-Estados Unidos, 1848-1854,* México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 2003.

Vázquez, Josefina Zoraida y Lorenzo Meyer, *México frente a Estados Unidos. Un ensayo histórico, 1776-2000*, México, Fondo de Cultura Económica, 2006.

Waltz, Kenneth, *Man, the State and War,* Nueva York, Columbia University Press, 1959.

Wolfe, Patrick, "History and Imperialism: A Century of Theory, from Marx to Postcolonialism", en *The American Historical Review*, vol. 102, núm. 2, Oxford University Press, 1997.

Zuleta Álvarez, Enrique, "Napoleón III y sus pretensiones imperialistas en América. Ambiciones francesas en el Río de la Plata" en Patricia Galeana (coordinadora), *Imperio napoleónico y monarquía en México,* México, Senado de la República/ Gobierno del Estado de Puebla/ Siglo XXI Editores, 2012.

SITIOS DE INTERNET

Bonaparte, Carlos Luis Napoleón, *Extinction du paupérisme,* en http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k201037b/f1.image

Chevalier, Michel, *Des intérêts matériels en France. Routes, canaux et chemins de fer,* en http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k85819f/f20.image

-----, *L'Isthme de Panama, suivi d'un aperçu sur l'isthme de Suez,* en http://fliiby.com/file/234966/i57rhaytx3.html

Leavens, Dickson H., *Silver Money,* Principia Press, Inc., Bloomington, Indiana, 1939, en http://cowles.econ.yale.edu/P/cm/m04/

Péhaut, Yves, *Le réseau d'influence bordelais: la "doyenne" Maurel & Prom jusqu'en 1914,* en espritimperial.free.fr/documents/PEHAUT_3_JUILLET.doc

http://www.cancilleria.gob.ni/leyes/ordenes/ojm_b1.shtml

http://www.culture.gouv.fr/documentation/joconde/fr/decouvrir/expositions/paquebots/paquebots-compagnies.htm

http://musee.sitemestre.fr/6001/html/histoire/texte_lettre_a_forey.html

http://www.napoleontrois.fr/dotclear/index.php?post/2006/03/25/8-napoleon-iii-et-les-saint-simoniens